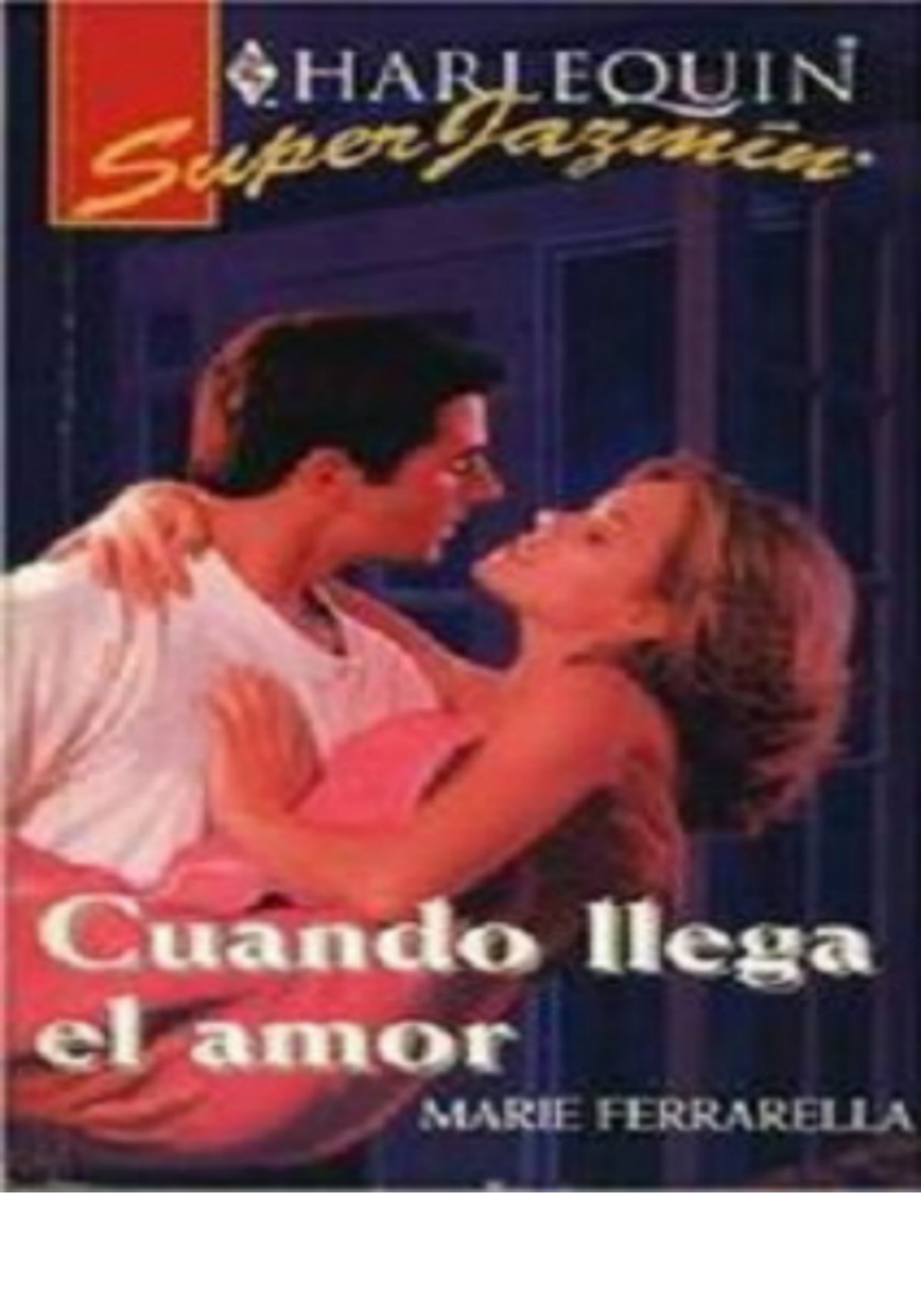

HARLEQUIN
Super Jazmín
Cuando llega el amor
MARIE FERRARELLA

Cuando llega el amor

Para Mary Clancy, Alex Mitchell lo había sido todo… Se había enamorado de sus ojos oscuros y melancólicos, de su sentido del honor y de su carácter seductor. Era todo lo que podía soñar. Y era suyo. Hasta que algo o alguien lo apartó de ella…

Mitch sabía que Mary era la única mujer capaz de traspasar los muros que había erigido a su alrededor. La única mujer que le había hecho pensar en los sentimientos eternos, Jamás había olvidado su dulzura, ni la pasión que habían compartido. Pero no pudo quedarse junto a ella… Ahora que el destino había vuelto a reunirlos, ¿podrían encontrar sus corazones heridos el camino a casa?

Capítulo 1

EL SONIDO, al ser tan personal, parecía disminuir los ruidos estridentes de la ciudad al otro lado de la ventanilla del coche, empujándolos a un segundo plano. La tripa estaba aullándole como un gato hambriento, anhelando atrapar alguna presa confiada que le sirviera de almuerzo.

En este caso, la presa confiada consistía en una hamburguesa con patatas fritas que su compañero debía haberle llevado hacía un buen rato. No era comida sana precisamente, pero no disponía de tiempo para andarse con delicadezas. Además, suponía una considerable mejora respecto al desayuno que había tomado, un café humeante y negro como la tinta con garantía de espabilar al más soñoliento de los hombres. En aquellos días, un policía de Los Ángeles no podía permitirse el lujo de no estar alerta.

Impaciente, el agente Alexander Mitchell se frotó el estómago en un gesto inconsciente, deseando que McAffee regresara cuanto antes.

¿Cuánto tiempo se necesitaba para hacer un pedido de dos hamburguesas grasientas? Se suponía que era comida rápida, ¿no? Mitch se inclinó hacia delante y estiró el cuello, asomando la cabeza por la ventanilla del coche patrulla, en busca de algún indicio de la presencia de su compañero entre la multitud que abarrotaba la calle. Allí podía verse el cóctel habitual de pobladores de la ciudad. Vagos sin rumbo y genuinos sin techo entremezclados con ejecutivos que entraban y salían de los rascacielos para comer a toda prisa en el breve tiempo que les concedían para tal necesidad.

En su campo visual, no había el menor rastro de su larguirucho compañero de patrulla, el cual poseía una veteranía de dos años en el cuerpo.

Maldita sea, ¿qué estaría haciendo, matando a la vaca quizás?

Lanzando un bufido, Mitch se recostó contra el vinilo de respaldo empapado en sudor. Con el movimiento, le crujieron los huesos del cuello tres veces en rápida sucesión. Los crujidos precedieron a otro sonoro rugido del estómago.

Mitch movió los hombros, intentando ponerse cómodo en aquel confinamiento incómodo por naturaleza. Estaba demasiado tenso, pensó. Tal vez se había pasado al hacer el café tan fuerte. Probablemente, estaría agujereándole el estómago en aquel mismo momento.

Con aire distraído, miró su reloj de pulsera. La una en punto. Dos horas más y acabaría su turno.

Y entonces, ¿qué?

En casa, no le esperaba nada ni nadie, pero eso se debía a su

propia voluntad. Se conformaba con las compañías que disfrutaba y, manteniendo cierta distancia con el resto del mundo, se ahorraba un montón de problemas. Si dabas demasiadas confianzas, la gente comenzaba a hacer preguntas. McAffee había intentado al principio intimar con él, pero no tardó mucho en dejarle las cosas bien claras. Existía una frontera que no permitía traspasar a nadie. Para Mitch, el mundo se dividía en dos islas. En una estaba él y en la otra todos los demás.

Y así era como le gustaban las cosas.

Ya había rechazado una invitación de McAffe a tomar unas cervezas aquella noche. Sentado en el coche patrulla, viendo la vida pasar sin rumbo a su lado, Mitch se preguntó si habría hecho bien.

Tal vez...

No. Se llevaba bien con McAffee, igual que con todo el mundo, pero no existía ningún motivo para alentar mayores confianzas. Mitch, como cualquier policía, necesitaba un margen de independencia, e intimar implicaría poner en riesgo la suya. Una vez casi la perdió. De buena gana. Pero después recobró la sensatez y se echó atrás.

Por supuesto, si el condenado estúpido no regresaba enseguida con el almuerzo, aquella noche no habría cervezas, porque le retorcería el pescuezo, pensó Mitch, tamborileando con los dedos sobre el salpicadero.

Maldita sea, ¿dónde estaba?

Daba la impresión de que el calor salía del asfalto en ráfagas sofocantes. Según el titular del periódico, el sur de California se hallaba en medio de una de las peores olas de calor de todos los tiempos. A Mitch no solía molestarle el calor y, puestos en ello, tampoco el frío. Pero comenzaba a resultar difícil ignorar aquel clima agobiante. Parecía que la nube de calor se había quedado atrapada en la ciudad, prisionera junto a los demás desventurados que la habitaban.

Mitch torció los labios. Filosofía ciento uno. O lo que se imaginaba que dirían en una clase de ese tipo. Nunca tuvo la oportunidad de ir a la universidad. Conseguir un título universitario nunca había entrado dentro de sus planes.

Sobrevivir y poner todo su empeño en pagar ante la sociedad por los crímenes que había cometido su padre: eso era todo lo que se planteaba. Los pecados del padre, meditó con cinismo. Pagar las deudas era sagrado para Mitch.

Nunca se habría imaginado que acabaría en el cuerpo de policía, pero así eran las cosas. Le gustaba la noción de los buenos y los malos. Le gustaba el hecho de que, algunas veces, sólo algunas veces, podía

marcar la diferencia, equilibrar las cosas.

Al menos un poco.

Observó a un vagabundo viejo y ajado por los años que, al doblar la esquina, dio un trago a algo que llevaba en una bolsa de papel sucia y arrugada. Se planteó si debía salir del coche para recriminarle por beber. Respecto a lo que llevaba en la bolsa que aferraba con fuerza, cabían pocas dudas. Sabía que Rafferty no sólo habría recriminado al borrachín, sino que además lo habría empujado sin demasiados miramientos para que se largara de allí.

Pero Mitch no era el sargento, y dudaba que el viejo necesitara ninguna advertencia. Parecía muy consciente de los palos que le tenía reservados la vida en el futuro.

Mitch percibió que el viejo estaba mirándolo y le hizo una seña para que se acercara. Por un segundo, le dio la impresión de que iba a echar a correr, pero entonces hizo gala de un poco de sentido común y se encaminó hacia el coche con pasos vacilantes. O quizás el miedo le empujó hacia delante en lugar de hacia atrás. El mendigo andrajoso se aproximó al coche patrulla a tropezones, ocultando la bolsa de papel en la espalda como un crío, convencido de que podría olvidarse algo que no estuviera a la vista.

—No estaba haciendo nada malo, agente.

El pobre viejo temblaba como una hoja. ¿En qué proporción se debería al temor y al efecto de la bebida?, se preguntó Mitch, sacando del bolsillo un billete de cinco dólares.

—Toma, cómprate algo de comer.

El viejo agarró el billete y lo miró como si fuera maná caído del cielo.

—Dios le bendiga, agente.

—Déjate de bendiciones. Y asegúrate de utilizar el dinero para comer, no para beber —le advirtió Mitch, lanzándole una mirada penetrante, muy seria—. Si no lo haces, lo sabré.

El mendigo observó a Mitch con su mirada de borracho, y se echó hacia atrás al hacer una imitación de la reverencia de un sirviente en retirada ante la presencia de un monarca.

—Comida —murmuró el viejo—. Sí, señor, ahora mismo. Puede estar tranquilo, agente. Comida.

Mitch dudaba que utilizara el dinero para comer, pero siempre quedaba la esperanza. Nadie merecía estar tan sucio, tan hambriento.

Se acordó de su propio almuerzo y volvió a observar la calle con cierta ansiedad. Y en ese preciso instante, distinguió una figura larguirucha vestida de azul que doblaba la esquina.

Bueno, ya era hora.

Y un segundo después, sonó la radio. Mitch musitó una maldición para sus adentros. Esperaba que no se tratara de nada que requiriera su atención. Con el hambre que tenía, no se hallaba en las mejores condiciones para ocuparse de nada.

—Dos-uno-uno comercial. Joyería en Beverly con Wilshire. Propietario y transeúnte heridos. Sospechoso se dirige hacia el norte por Beverly en un sedán color café. Parte de matrícula dos Adam-Charlie-Thomas. Sospechoso armado y peligroso según la información. Aproximarse con cautela. Todos los coches de la zona, respondan, por favor.

Mitch no oyó el resto de la transmisión, pues un coche que encajaba con la descripción acababa de pasar a menos de tres metros y, arrugando los ojos, comprobó que los números de la matrícula también encajaban.

Encendió la sirena y el sedán de inmediato aceleró, las llantas del coche chirriando mientras los demás conductores procuraban apartarse de su camino.

Mitch asió el receptor y pulsó con el pulgar un botón, a la vez que guiaba el coche con la mano libre

—Al habla Mitchell. El sospechoso acaba de pasar junto a mí. Estoy en Beverly con Lancaster. Lo tengo a la vista y voy tras él.

Soltó el botón, pero no se molestó en colgar el receptor en su sitio, dejando que cayera al suelo. El sospechoso volaba por la carretera como alma que lleva el diablo. Por el retrovisor, observó que, a considerable distancia, McAffee tiraba la bolsa del almuerzo y echaba a correr. ¡Maldita sea, allá quedaba su almuerzo!

No había tiempo para detenerse a esperar a su compañero, pues estaba a punto de perder de vista al sospechoso. Sintió una subida de adrenalina, la mirada fija en la parte trasera del sedán, decidido a alcanzarlo...

La vida era maravillosa. Absoluta, definitivamente maravillosa. No cabía la menor duda en su mente.

Tarareando una cancioncilla, Mary Elizabeth Clancy abrió las puertas del BMW color crema y dejó en la parte trasera la bolsa alargada y blanca que contenía su traje de novia.

Suspiró al mirarla, sin ver el plástico protector, sino recordando el aspecto que tenía con el traje veinte minutos antes, en la exclusiva boutique para novias, ante un espejo de tres caras en los probadores. La vendedora no se había separado de ella ni por un segundo, diciéndole toda la clase de halagos que, sin duda, diría a todas las novias en ciernes, como bien sabía Clancy.

Estaba hermosa. Clancy no era una mujer engreída, pero sabía que

eran ciertas las elocuentes palabras de la vendedora. Parecía una visión.

«Toda mujer merece parecer una visión el día de su boda», pensó Clancy, arrancando el

coche. Iba a convertirse en la visión de un cadáver como no regresara a trabajar sin perder un minuto.

La boda se celebraría alrededor de cuatro semanas después, tres y media para ser exactos, pero a Clancy no le gustaba que las cosas le pillaran de improviso. Era un hábito que llevaba en la sangre, y se debía a que había llevado una vida de nómada durante su infancia.

Una nómada muy curtida, pensó, esbozando una sonrisa mientras se metía en la perezosa corriente de tráfico. A los quince años, ya había vivido en los países más importantes del Hemisferio Oriental, cortesía de sus padres. Helen y Allen Clancy pertenecían al cuerpo diplomático, carrera que habían ejercido a lo largo de los últimos treinta años.

Aunque no tenía ninguna amistad duradera, por otro lado, la vida que había llevado tenía sus ventajas. Había gozado de una educación impresionante por su amplitud. Hablaba varios idiomas y se sentía en casa por todo el mundo prácticamente. Este hecho también se debía a la necesidad. El dilema consistió en aclimatarse o marchitarse y morir. Y Clancy nunca fue de las que marchitan.

Pero debía reconocer que era agradable de verdad establecerse por fin en un lugar. Sentirse en casa. Saber que, al despertarte por la mañana, verías los mismos muebles, el mismo paisaje en la ventana, como había experimentado durante la última semana.

Clancy curvó los exuberantes labios en una cálida sonrisa, pensando en Stuart. En cierto modo, le recordaba a su padre. Stuart Holden era atractivo, brillante y trabajador, con un futuro excelente por delante. Era el paradigma de la seriedad. Si le faltaba el sentido de humor de su padre, bueno, se debía a los pocos años que tenía. En cuanto poseyera un poquito más de experiencia, una vez alcanzadas sus metas, como sin duda sucedería, se tranquilizaría.

Y de todas maneras, ¿qué importaba que se tomara con un exceso de preocupación ciertas cosas? Nadie es perfecto, y Stuart Holden se acercaba a la perfección más que la mayoría.

Clancy comenzó a impacientarse cuando hubo de detenerse en un semáforo. A ese paso, llegaría tarde. Tamborileó con los dedos sobre el volante, esperando a que cambiara la luz.

Respiró profundamente para mitigar el nerviosismo, unido a la excitación, que aceleraba la sangre de sus venas. Tenía ganas de verdad de estar con sus padres otra vez. Habían pasado siete meses

desde la última vez que había visto, cuando hicieron una parada para visitarla en ruta hacia su más reciente destino, la embajada americana de la India.

Llegarían en avión tres días antes de la boda. Stuart les había reservado una suite en el lujoso Sheridan de Beverly Hills. La suite correría a su cuenta. Un regalo de bodas para Clancy, había declarado, pues sabía lo mucho que significaba para ella la presencia de sus padres.

Su padre se impresionó como es debido al conocer la noticia.

—Vaya, el hombre sabe cómo tratar a sus suegros. No puede pedirse más a un yerno.

Allen Clancy se había echado a reír durante su última conversación telefónica. Luego se puso serio antes de entregar el teléfono a su madre.

—En serio, cielo, mientras seas feliz, nosotros seremos felices.

Bueno, era feliz, pensó, observando su reflejo por el retrovisor. Muy feliz.

Y tener a sus padres suponía la guinda de la tarta. La impresionante tarta de un metro de altura. Aunque estaban en el otro lado del mundo, Clancy hablaba con sus padres con bastante regularidad. Los lazos familiares siempre constituyeron una parte fundamental

de su vida, incluso en su época universitaria, cuando residía en el campus.

Y ella estaba muy ilusionada ante la perspectiva de sentar las bases de la suya propia. Este era el único tema que a veces provocaba cierta tensión entre ellos. Clancy tenía veintiocho años y quería tener un bebé en los tres años siguientes. Stuart opinaba que era demasiado pronto.

—Los niños suponen gastos —insistía Stuart—, y quiero disponer de una base financiera sólida antes de asumir esa carga.

Clancy no consideraba que los niños fueran una carga, pero si hacía un esfuerzo, podía comprender el punto de vista de Stuart, al menos hasta cierto punto.

Tal vez por esta razón se llevaban tan bien. Ella siempre podía comprender el punto de vista de Stuart, incluso cuando el suyo era tan radicalmente opuesto, como en este caso. Tan sólo deseaba que Stuart también comprendiera el suyo.

—Lo harías muy bien si te dedicaras a la diplomacia, cielo —le había dicho su padre, sólo medio en broma.

Clancy sabía que su padre albergaba esperanzas de que su única hija siguiera los pasos de él mismo y de su madre en la carrera

diplomática en lugar de especializarse en informática. Pero ella no quería llevar la vida que implicaba dicha carrera.

La única negociación que deseaba entablar tenía como objetivo conseguir que Stuart cambiara de opinión sobre el asunto de los niños.

Clancy se sonrió y comenzó a tararear la canción que sonaba por la radio, suspirando aliviada al ver el cartel que anunciaba la desviación de Beverly Glen Boulevard. El tráfico se movía a gran velocidad en ambas direcciones, y Clancy se congratuló de ir bastante bien de tiempo. Estaría en su despacho en menos de cinco minutos.

El semáforo estaba poniéndose ámbar cuando se aproximó a la intersección. Clancy pisó el acelerador, decidida a colarse antes de que se pusiera en rojo. No era impaciente por naturaleza, pero tampoco quería tragarse un sermón sobre «abusos de confianza», cortesía de su supervisor, pues ya le había pedido media hora extra para el almuerzo y no le hacían ninguna falta más complicaciones.

El resto sucedió tan súbitamente que a Clancy le dio la sensación de entrar de cabeza en un sueño.

O en una pesadilla.

Un coche color café llegaba como un cohete a la intersección en dirección contraria. Por un segundo, Clancy se quedó petrificada, horrorizada, pues el coche iba derecho hacia el suyo. En el siguiente momento, dio un volantazo hacia la derecha para esquivarlo y perdió el control. El BMW derrapó y comenzó a girar como un tiovivo desbocado. El otro automóvil le golpeó justamente en la zona del conductor.

El BMW comenzó a dar vueltas de campana y Clancy tuvo la impresión de que el mundo se volvía del revés.

Oyó gritos.

¿Quién gritaba? ¿Alguien que, observando la escena, intentaba prevenirla de algo?

No, se trataba de su propia voz, resonando en su mente. En sus pulmones. Le dolía la garganta debido a la explosión que sintió en su interior.

El miedo la atrapó en un abrazo despiadado de hierro, sacándole a presión el aire de los pulmones.

No iba a casarse. Iba a morir.

Al infierno con todo.

Una retahíla de maldiciones ensució el aire estancado en el coche patrulla. Mitch, horrorizado, observó las vueltas del BMW a escasos metros de distancia. La escena parecía sacada de una película mala de policías y ladrones.

Sintió que la bilis le subía hasta la garganta, llenándole de un

repulsivo amargor la boca. El conductor de aquel coche sería un afortunado si sobrevivía al espectacular accidente. Por otro lado, el sedán color café se dirigía hacia la autopista a más de ciento treinta kilómetros por hora.

Mitch sabía que debía tomar una decisión en menos de un segundo. ¿Perseguía al sospechoso o se detenía para comprobar el estado del conductor del coche accidentado? Aunque no era optimista, siempre había una posibilidad de que estuviera vivo.

Las tripas tomaron la decisión por él. Pisó el freno y las llantas del coche patrulla chirriaron sobre el asfalto. Apenas se había detenido cuando Mitch se apeó de un salto, corriendo hacia el BMW, cuyo estado no podía ser peor.

Inevitablemente, se había congregado una multitud, materializándose de los edificios de los alrededores, atraídos por el mórbido espectáculo de las llamas y el metal retorcido. Irritado ante la insensatez que impulsaba a la gente a convertirse en mirones de las tragedias ajenas, Mitch apartó de sendos empujones a dos de ellos que se interponían en su camino. El humo procedía de la parte trasera del coche, y as llamas rojas y amarillas estaban comenzando a lamer los laterales.

—Va a explotar! —gritó alguien a sus espaldas.

Mitch no sabía con seguridad si el desconocido lo había dicho con entusiasmo o no, pero podía imaginárselo.

La multitud retrocedió como si fuera un solo ser, asustada y fascinada a la vez ante la dramática escena que se desarrollaba ante sus ojos, donde se saboreaba la cercanía de la muerte.

Mitch observó que el conductor era en realidad una mujer joven y, en el instante siguiente, se le cortó la respiración.

Clancy.

Tenía la larga cabellera rubia empapada en sangre, y parecía una muñeca de trapo, sostenida por el cinturón de seguridad en el coche volcado.

Mitch intentó abrir la puerta, pero estaba atascada. Metió las manos por la ventanilla para desabrocharle el maldito cinturón, que probablemente le había salvado la vida, pero que ahora amenazaba acabar con ella. Había humo por todas partes, y Mitch no quería ni pensar en lo que podía suceder.

El cierre del cinturón cedió y Mitch la aferró entre los brazos, sacándola por la ventanilla.

Clancy sintió algo caliente sobre los ojos. ¿Agua? Intentó separar los párpados, pero los tenía pegajosos.

¿Pegajosos?

El agua no es pegajosa.

¿Dónde estaba? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no podía ver?

Le dolía todo el cuerpo y no podía respirar. Se sintió sacudida con brusquedad. Manos. Sentía manos.

Haciendo un esfuerzo abrió los ojos y vio a un hombre que se cernía sobre ella. Un hombre que llevaba un traje oscuro. No, no era un traje, sino un uniforme. Un uniforme oscuro.

¿Un policía?

Mitch. No, no podía ser Mitch. Mitch se había marchado.

Intentó hablar y le dio la sensación de tener la garganta llena de vidrios rotos.

-Yo...

—No hables —ordenó Mitch.

Había dejado a Clancy sobre el suelo, de masiado cerca del coche en llamas. Aunque no quisiera, debía moverla, pues allí corrían de masiado peligro, ya que el coche podía estallar en cualquier momento.

Alzándola entre los brazos, pensó que era como una muñeca rota. Luego, con toda la delicadeza posible, muy lentamente, la llevó sobre la acera. Clancy lanzó un gemido cuando la dejó sobre el suelo.

—Mi traje de novia —protestó, el habla lenta y poco inteligible.

—Yo te lo traeré —le prometió Mitch, suspirando de alivio al oír el ulular de una sirena a sus espaldas—. Todo saldrá bien.

Miró el rostro de Clancy. No pudo oír sus palabras, pues acababa de perder el conocimiento.

Capítulo 2

En el momento siguiente Mitch advirtió que Clancy no se había desmayado simplemente. Había dejado de respirar.

Por una fracción de segundo, sintió en el estómago los dedos fríos y acerados del pánico, y se lo quitó de encima, pues no disponía de tiempo para pánicos. Se concentró, procurando recordar el cursillo de primeros auxilios que había realizado hacía una eternidad.

Clancy parecía tan frágil que temía romperle las costillas si aplicaba sobre ellas la menor presión. Era preferible dejar las cosas de aquel tipo a los médicos, pero también sabía que Clancy corría el riesgo de morir si esperaba sin hacer nada la llegada de aquéllos.

Amilanarse es un lujo sólo al alcance de los que pueden permitirse titubeos.

Extendiendo a Clancy sobre el suelo, Mitch apartó el pelo ensangrentado de su rostro y le insufló una bocanada de aire. Contó hasta tres en silencio y, entrelazando las manos, las puso sobre la zona del corazón y presionó con fuerza una, dos, tres veces.

Clancy permanecía inmóvil, muy lejos de este mundo.

—Respira, maldita sea, respira —musitó entre dientes Mitch, o tal vez sólo lo pensó.

Como un robot, olvidó toda emoción y repitió el procedimiento, esta vez más deprisa.

Nada sucedió.

Probó de nuevo y, al poner la boca sobre la de Clancy por tercera vez, sintió el débil soplo de su aliento.

¡Victoria!

Mitch alzó la cabeza y observó las leves subidas y bajadas de su pecho. Clancy estaba respirando. Jamás en la vida sintió tanto alivio y sensación de triunfo como en ese momento.

Pestañeando, Clancy abrió los ojos. Tenía los ojos más hermosos que había visto en vida. De un azul cristalino, parecían sacados de un océano resplandeciente en un día soleado.

Clancy estaba mirándolo como si no lo re conociera, y movió los labios, pero Mitch no oyó ningún sonido e inclinó la cabeza sobre la cara ensangrentada, sintiendo su aliento en las mejillas, enfriando las gotas de sudor que resbalaban por las mismas.

—Tú? —susurró Clancy, sin fuerzas para concluir la pregunta.

Mitch comprendió y envolvió una de las manos de Clancy entre las suyas, un ser humano ofreciendo alivio silencioso a otro. Era todo lo que podía darle, pues las demás emociones se hallaban precintadas.

—Sí. Soy yo.

Mitch vio que Clancy pronunciaba su nombre, pero no articuló

ningún sonido, entrelazando los dedos débilmente con los suyos. El sabía que se trataba de una manera de darle las gracias.

Y entonces se vieron rodeados por varios A.T.S. Alguien habría telefoneado al 911. Se irritó consigo mismo por no haber sido él quien se ocupara de pedir una ambulancia, pero al ver a Clancy había perdido la cabeza.

—Nosotros nos hacemos cargo a partir de aquí, agente.

Un hombre bajo y cuadrado con bata blanca estaba apartando a Mitch con tanta gentileza como firmeza. Clancy quedaba en manos competentes.

Mitch comenzó a incorporarse, pero se de tuvo. Para hallarse en un estado tan débil, Clancy se aferraba a su mano con notable fuerza, como si estuviera aferrándose a la vida. Buena señal, se dijo Mitch con bravura.

Clancy sobreviviría.

Inclinándose sobre ella, apartó la mano suavemente y se echó a un lado. Estaban acercando una camilla y él ya había cumplido con su parte.

Miró alrededor, observando la situación. Por unos momentos, mientras atendía a Clancy, se había olvidado del resto del mundo. Retrocedió en el tiempo, pensando en la cadena de circunstancias que le habían llevado hasta aquel punto.

«La vida es realmente extraña», reflexionó. Se abrió una puerta trasera del segundo coche patrulla y Mitch vio a McAffee apeándose. Su compañero se encaminó hacia él como una bala. Mitch, una vez concluida su actuación, recobró la calma mortal que formaba parte intrínseca e su vida.

— Dónde está mi comida? —preguntó cuan do McAffee se acercó a él.

Su compañero se quedó algo desconcertado y tardó casi un minuto en responder.

—La comida? Yo... la tiré.

Mitch recordó al vagabundo al que había dado dinero. Tal vez el desgraciado hubiera visto la bolsa con las hamburguesas, aprovechando la oportunidad para meter un poco de alimento en su cuerpo ajado.

La expresión impasible, pensó en la excusa de McAffee. Se apartó de las ambulancias, aunque permaneció pendiente de los procedimientos.

—Eso significa que me debes una comida—afirmó.

McAffee frunció el ceño, quedándose boquiabierto. ¿Cómo podía

Mitch hablar de comida en un momento como aquél?

—Te marchaste sin mí.

—Estaba persiguiendo a un sospechoso.

La multitud comenzaba a acercarse otra vez. Una simple mirada de Mítch bastó para detener los pasos de unos pocos. No había cosa en el mundo que odiara más que los mi rones. Siempre andaban por el medio, molestando y a menudo poniendo en peligro a ellos mismos y a los demás. Volvió la vista hacia su desconcertado compañero.

—Eso no implica que debieras tirar mi comida, una comida que esperaba con ansiedad. Disciplina, McAffee. El mundo sin disciplina no valdría nada.

Mitch hizo gestos a la gente que seguía pendiente de los acontecimientos para que retrocedieran y luego, se encaminó hacia su coche patrulla.

McAffee le seguía, sin saber si hablaba en serio o no. Llevaban casi dos años patrullando juntos y seguía sin comprenderlo la mayor parte del tiempo.

Mitch se detuvo junto al coche, volviéndose en el momento que los enfermeros estaban metiendo a Clancy en la ambulancia. Se quedó quieto, y seguía observando la escena mucho después de que se hubiera puesto en marcha la ambulancia.

—Han atrapado al sospechoso —observó McAffee a sus espaldas—. Lo oí por la radio justo antes de salir.

— Hay más heridos?

—No.

Mitch observó las luces púrpuras de la ambulancia que se alejaba en dirección norte. Hacia el hospital Queen of Angeis seguramente. Se miró la mano. Sentía un cosquilleo en ella. Habría jurado que casi podía sentir los dedos de Clancy aferrándose. Sólo imaginaciones suyas, pensó. Nada más.

—Muy bien —dijo a McAffee.

El mundo blanco que rodeaba a Clancy comenzó a dejar paso a la realidad, como las capas de una cebolla bajo un cuchillo cortante.

Oía voces a su alrededor. Comenzó a sentir dolor. Clancy se resistía, temerosa de recobrar por completo el sentido, temerosa ante lo que podría estar esperándola.

Pero un instinto todavía más fuerte la impulsó a seguir adelante, hasta que, por fin, fue capaz de abrir los ojos.

No estaba en su habitación. No reconocía el lugar. ¿La habrían

llevado sus padres a un nuevo destino? ¿Tendría que aprender otro idioma más y adaptarse a otra clase de vida?

Casi se le cerraron los ojos, pero haciendo un esfuerzo los mantuvo abiertos. Percibió el olor a desinfectante. Daba la impresión de que habían limpiado todo una y otra vez, sólo para ella.

Clancy volvió la cabeza y el movimiento le resultó muy costoso, incómodo. Algo le impedía moverse con libertad. ¿Sábanas? ¿Vendas?

Oh, Dios, el accidente. Estaba en un hospital. No había muerto.

Pestañeó y dirigió la vista hacia abajo. Le habían puesto un par de tubos en la mano izquierda que le hicieron daño cuando intentó mover los dedos. Se sentía rígida, asaltada por oleadas de dolor que la envolvían como los anillos de una boa asfixiando a su presa.

Sin embargo, tenía la sensación de que dichos dolores la eludían, como si sólo pudiera percibir en parte la realidad.

Horrorizada ante lo que pudiera encontrarse, bajó la vista hacia la cama. Había dos bultos alargados bajo las sábanas, en el lugar donde debían estar las piernas. Vio las puntas de los dedos que asomaban por el extremo inferior de la cama y se sintió aliviada.

Habían sido imaginaciones suyas, nada más. Había sufrido un accidente, un horrible accidente, pero alguien le salvó la vida y muy pronto todo marcharía bien.

Clancy intentó mover los pulgares de los dedos y vio que no sucedía nada. De nuevo, se apoderó de ella el temor. Tragó saliva, procurando sobreponerse. Debía existir una explicación lógica. Tenía que haberla.

Por etapas, fue recobrando la conciencia de lo que sucedía a su alrededor. Aunque tenía la sensación de que iba a quebrársele el cuello, volvió la cabeza para ver mejor. Había alguien en la habitación.

¿Stuart? ¿Sería él? Oh, Dios, anhelaba su presencia, oírle decir que todo iba a salir bien. Pero la otra persona que había en la habitación era una enfermera joven uniformada de blanco que le dirigió una sonrisa afable cuando se acercó a la cama.

-Bienvenida de regreso a la realidad -dijo alegremente, arropándola con la sábana-. El doctor Kleinsschen se alegrará mucho al saber que ha recobrado la conciencia.

Clancy abrió la boca y le dio la sensación de tener los labios cortados por unas docenas de sitios. Respiró profundamente y volvió a intentarlo.

-¿No… no esperaba que recobrara el sentido?

La enfermera titubeó por un momento.

-Por supuesto que sí. Siempre esperamos lo mejor.

La respuesta sonaba impersonal, pero la sonrisa parecía auténtica. Clancy sintió una inquietud, un pánico creciente cuya razón no acababa de comprender.

Pero algo marchaba mal, muy mal.

-Los dedos de los pies- se lamentó débilmente.

La enfermera dirigió la vista hacia el pie de la cama. Inclinándose, le tapó los pies.

—Aquí están todos.

¿Acaso no la comprendía? Clancy deseó estar en condiciones de aferrarla por los brazos y darle una sacudida, pero utilizó todas las fuerzas que le quedaban para hablar.

—Pero no se mueven. Intento moverlos y no se mueven.

La enfermera posó una mano con firmeza sobre el hombro de Clancy, como si la creyera capaz de saltar de la cama.

—Chisss. No te muevas. Iré a buscar al doctor para que te vea.

La enfermera le dirigió una sonrisa tensa de circunstancias antes de salir de la habitación a paso ligero.

El pánico cortó el aliento a Clancy. Le asaltó una intensa sensación de mareo. Podía sentir sudor en la frente, formando lagunas.Alzó la mano lentamente y se tocó la frente,

La respuesta sonaba impersonal, notando algo duro y tenso. Gasa. Tenía la cabeza vendada. Deslizó la mano por el rostro, inquietud, un pánico creciente cuya razón no apretando los labios a causa del dolor, pero debía saberlo.

El vendaje cubría también una de las orejas y parte de una mejilla. ¿Tendría la cara desfigurada bajo las gasas y el esparadrapo?

Oh, Dios, ¿qué aspecto tendría? No había manera humana de verlo.

Un hombre maduro, alto y algo encorvado, uniformado con bata blanca, entró en la habitación individual y sonrió a Clancy. Sobre unos ojos castaños e infinitamente bondadosos llevaba unas pequeñas gafas sin aros, colgadas de la nariz aguileña. Observó a Clancy, dando la impresión de que podía ver a través de las vendas y la piel.

Cuando se aproximó a Clancy, juntó las manos en un gesto triunfal, como si acabara de ganar una dura batalla.

—Ah, has recobrado el sentido.

El médico tenía un leve acento que Clancy no pudo situar.

—Bueno, ¿cómo te sientes? —le preguntó, envolviendo una de sus manos entre las suyas, como si fueran viejos amigos—. Fatal, me imagino.

—Doctor, las piernas... no las siento.

Marcus Kleinschen percibió la nota de histeria en su voz,

asintiendo a modo de réplica. No era de extrañar la inquietud de su paciente, pensó, considerando la gravedad del accidente que había sufrido.

—Cuando te trajeron, jovencita, eras como un gorrión destrozado. Por un momento pensé que tendríamos que extirparte el bazo, pero tuviste suerte —explicó, una sonrisa alzando el bigote gris que lucía, fino como un lápiz—. Si puede considerarse una suerte tener varias costillas rotas, lesiones leves en los riñones y compresión espinal. Pero estás viva, gracias en parte a la valerosa conducta de un policía, según me han contado.

El médico observó el rostro hinchado que asomaba entre las vendas. Cicatrizaría bien. El otro problema, bueno, estaba en manos más poderosas que las suyas. Había visto otros casos como aquél con resultados bien distintos. Era demasiado pronto para saber lo que sucedería con ella.

—Por la contusión en la barbilla, me arriesgaría a decir que te golpeaste contra el volante. A veces, en estos casos, se estira la espina dorsal, produciendo una compresión. A su vez, la compresión causa pérdida de sensibilidad y, en algunos casos, parálisis. En el tuyo, se produjo una hinchazón y una pérdida de fluido importante. Pasaste nueve horas en el quirófano. Yo me perdí la ópera. Mi mujer había sacado las entradas hace dos meses.

El médico se inclinó hacia delante y adoptó el mismo tono de voz que utilizaba con sus nietos.

—Te doy las gracias por eso, pero desearía que las circunstancias hubieran sido muy diferentes.

Clancy sabía que el hombre intentaba ser amable, pero a ella no le importaba su ópera, ni nada que pudiera decirle, aparte de lo que quería saber.

—Pero me pondré bien, ¿verdad?

Aquélla era la parte que menos le agradaba al doctor, cuando debía decir la verdad, por dolorosa que fuera.

—Todavía es demasiado pronto para saber el alcance de los daños sufridos en la columna.

—Pero arregló ese problema en la operación, ¿no?

—Lo intenté.

¿Lo intentó? Eso no bastaba. Intentar no es lo mismo que conseguir ¿Qué estaba diciendo en realidad?

—Podré andar otra vez?

El doctor deseaba decir a que sí. Clancy tendría aproximadamente la misma edad que su nieta mayor. Pero, aunque hubiera tenido a Eva sobre la cama delante de él, no habría podido mentir.

—Hay que esperar para saberlo. A veces, esta clase de problemas se soluciona en cuestión de semanas. Otras, no.

No podía estar ocurriéndole a ella, pensó Clancy. No podía ser. Sintió el impulso de callarse, de no hacer más preguntas cuya respuesta podía ser terrible. Pero siempre había afrontado los problemas. Y tenía que saberlo.

—Cuales son mis posibilidades, doctor?

Estaba suplicándole con la mirada que mintiera, percibió el médico. Ojalá pudiera hacerlo...

—Ahora mismo, para ser sincero, un cincuenta por ciento —respondió, envolviendo una vez más la mano magullada de Clancy entre las suyas—. Siento la brusquedad, pero estás preguntando y no puedo ser tan irrespetuoso contigo como para mentirte.

Clancy sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas de desolación y procuró contenerlas. Llorar era inútil en casos como aquél.

—Sí, estaba preguntando —convino en tono sosegado.

En ese momento, sintió una punzada increíblemente dolorosa y dejó escapar un gemido. El doctor Kleinschen se apresuró a ajustar uno de los tubos intravenosos, girando la válvula para aumentar el flujo. Luego miró a Clancy al mismo tiempo que detenía el leve balanceo del tubo.

—Bueno, eso debe aliviar en parte los dolores —dijo con voz tranquilizadora, pero la agitación de Clancy no disminuyó—. Te sentirás mejor en cuestión de minutos.

Clancy lo dudaba. No se sentiría mejor hasta que supiera que podría caminar otra vez.

—Gracias, doctor —murmuró con voz débil.

Se sentía increíblemente cansada. Cerró los ojos y el mundo se desvaneció.

No se enteró del momento en que se marchó el médico.

Cuando abrió los ojos de nuevo, se dio cuenta de que la luz del sol ya no entraba en la habitación con tanta fuerza. El astro rey estaba ocultándose, y ella no tenía la menor idea del tiempo que se había pasado durmiendo.

Tal vez fuera lo que necesitaba. Dormir. Si dormía, se libraría de todos los problemas. Del dolor, del miedo, todo dejaría de existir. Y estaría bien otra vez.

Pero, por el momento, no lo estaba.

Seguía en la habitación del hospital, toda vía cubierta de vendajes. Impulsada por una brizna de esperanza, se concentró con todas sus fuerzas e intentó mover los pies.

Nada. Ni el menor asomo de movimiento. No sentía nada.

—Oh, Dios mío —se lamentó.

Oyó que alguien se aclaraba la garganta y apartó la atención de sus pies inmóviles.

-Mary.

La voz era tan suave que pensó que se trataban sólo de imaginaciones suyas. Sólo de- seos.

Cuando volvió la cabeza hacia la izquierda, de donde procedía la voz, sintió una punzada de dolor en las sienes. Pudo distinguir el rostro de su prometido en la tenue luz de la habitación.

Le entraron ganas de echarse a llorar.

—Oh, Stuart —murmuró en un sollozo.

Nunca se había sentido tan feliz de ver a nadie en toda su vida.

Stuart se aproximó a la luz. Cada uno de sus pasos irradiaba desgana. Clancy entornó los ojos, como si así pudiera borrar lo que creía ver. En el rostro de Stuart percibía una expresión distante. Su prometido tenía los hombros rígidos, como si estuviera preparándose para afrontar una situación desagradable. Clancy apenas podía reconocerlo.

—Stuart?

Su prometido intentó sonreír, pero fue incapaz. Podía percibirse su horror ante la situación en cada poro de su porte patricio. No quería estar allí con ella en aquel estado. No entraba dentro de sus planes.

Clancy extendió una mano hacia él. Stuart permaneció inmóvil junto a la cama, como si tuviera miedo de tocar nada.

Confundida, perdida, Clancy dejó caer la mano sobre la cama.

Debía decir algo, pensó Stuart. Debía poner fin cuanto antes al doloroso episodio. Miró alrededor, en busca de algo agradable donde posar la mirada en aquella habitación llena de malas sensaciones y planes abortados. En busca de cualquier cosa que no fuera la mujer tendida en la cama. La mera vista de la cara hinchada, del cuerpo destrozado, le revolvía el estómago.

¿Cómo podía haberle hecho una cosa así? ¿A él?

—Me telefonearon del hospital. Debes llevar mi número en tu cartera.

Eran imaginaciones suyas las que oían un tono acusador en las palabras de Stuart. Sólo imaginaciones suyas.

—Por supuesto que lo llevo.

¿Por qué iba a pensar Stuart otra cosa? Iban a casarse. Clancy intentó sonreír, aunque la mejilla se resistió a la acción.

—Supongo que tendremos que retrasar la boda por el momento.

Ahí. Ella lo había dicho, pensó Stuart. Lo comprendía .Aliviado, se

volvió hacia Clancy, posando la mirada en la almohada, justo por encima de su cabeza.

—Así es —convino de buena gana.

Clancy se sentía soñolienta drogada. Tal vez por esta razón Stuart se comportaba de esa manera, como si se estuviera dirigiendo a un jurado hostil.

—Me pondré bien, Stuart —susurró, intentando tranquilizarlo

Extraño que se sintiera obligada a confortar a Stuart, cuando era ella la que necesitaba consuelo con tanta desesperación. Pero Stuart nunca había sabido dominar las situaciones de emergencia. Los problemas se los dejaba a ella, que era capaz de resolverlos todos. Formaban un equipo. Un buen equipo.

Clancy sintió un amargo nudo en la garganta. Tenía ganas de echarse a llorar. No debería estar tranquilizando a Stuart. Se suponía que él debía Consolarla a ella. ¿Por qué no decía nada agradable para que se sintiera mejor? ¿Por qué no le ofrecía ningún apoyo?

¿Qué le pasaba? Stuart la amaba. ¿Por qué daba la impresión de que no quería ni siquiera mirarla?

Stuart asintió vagamente al oír sus palabras, como si no les hubiera prestado demasiada atención. Como si no le interesara el asunto. Respiró profundamente. Andar con evasivas no iba a facilitar las cosas para ninguno de los dos, decidió, la mirada fija en las botellas de líquidos intravenosos.

—He hablado con el doctor.

Stuart pronunció estas palabras como si fueran una sentencia de muerte. Clancy contuvo el aliento, consiguiendo que el pecho le doliera todavía más.

-Y?

¿Por qué estaba poniéndole Mary en aquel trance tan desagradable? ¿Por qué no tenía la decencia de romper el compromiso ella misma? ¿Acaso no le importaba convertirse en una carga para él?

—Lo cierto es que, según sus palabras, la situación no es demasiado prometedora —dijo Stuart con cierto deje de irritación.

Clancy se quedó mirándolo con ojos abrasados por el llanto. ¿Cómo podía decirle una cosa así? ¿No se daba cuenta de lo mucho que necesitaba agarrarse a la más nimia esperanza?

—Dijo que tenía un cincuenta por ciento de Posibilidades.

Stuart estaba convencido de que la estimación del doctor sólo tenía como fin tranquilizar a Clancy, de que era un cuento y nada más. Debía echarse atrás cuando todavía podía, antes de verse atrapado Gracias a Dios había ocurrido antes de que estuvieran casados. La mujer de Gerald Billingsjy era parapléjica, y Billingsly siempre daba la

impresión de soportar todo el peso del mundo sobre sus hombros. Todo el mundo sabía en la empresa que su situación familiar le había impedido promocionarse durante todos aquellos años. Stuart se prometió que a él no le sucedería igual.

—Esa es la estimación optimista.

Clancy creía que el doctor le había puesto el peor de los casos. Al parecer, se había equivocado.

— Y la estimación pesimista?

Permitir que se hiciera falsas Ilusiones no serviría para nada, pensó Stuart. Estaba haciéndole un favor diciéndole la verdad.

—Que no volverás a caminar.

Stuart no se daba cuenta de cómo le afectaban sus palabras, pensó Clancy, viendo las cosas claras como nunca en la vida. Sólo le interesaba lo que le afectaba a él.

Stuart sabía que ella no querría convertirse en un estorbo en su camino hacia el futuro.

—Mary, no quiero que me malinterpretes.

Algo ominoso, feo y oscuro estaba asomando la cabeza.

—Pero? —preguntó Clancy con voz sosegada.

Stuart no era capaz de mirarla.

—Pero, en esta etapa de mi vida, no estoy preparado para asumir la carga... la responsabilidad, quiero decir, de cuidar a una inválida. Lo comprenderás, ¿no? Debo ocuparme de labrarme un futuro sólido en la empresa. Estaré ocupado todo el tiempo. No podría ocuparme de ti. Necesitas otra persona. Alguien a quien se le dé bien esta clase de cosas.

Stuart ya la había etiquetado, empaquetado y arrojado a la basura. Estaba apartándose de ella. Cortando las amarras y saltando al barco.

¿Cómo era capaz?

A Clancy comenzó a darle vueltas la cabeza. Había amado a ese hombre que estaba abandonándola cuando más lo necesitaba.

¿Cómo podía haberse equivocado hasta ese punto con él?

-Fuera de aquí –le ordenó con voz rasposa.

Mary estaba tomándose la cosa muy mal, pensó Stuart, sintiéndose un poco culpable.

Aunque la culpabilidad desapareció engullida por una oleada inmensa de alivio.

—Mary...

—Fuera —repitió Clancy en un gemido, agarrándose a la sábana, procurando contener el dolor y las lágrimas-. Fuera de aquí. Ahora mismo.

Stuart abrió la boca para decir algo y luego se lo pensó mejor. El día anterior se presentó en el hospital tan pronto como le informaron del accidente. Una larga conversación con el cirujano ayudante le había llevado a tomar la decisión. Debía pensar en su futuro. Nada ni nadie podía interponer en su camino. Habría preferido que la separación fuera amistosa pero Mary no estaba muy dispuesta aparentemente. Por tanto, así serían las cosas.

—Adiós, Mary.

Las lágrimas empañaban sus ojos y apartó la cabeza.

—Fuera-susurró con voz ronca.

Tan pronto como Stuart cerró la puerta tras salir, Clancy estalló en llanto. Las lágrimas la cegaban, por lo que no pudo ver al hombre de uniforme azul oscuro que entró en la habitación.

Capítulo 3

Ella estaba llorando.

Mitch cambió de postura, sintiéndose in cómodo. Las lágrimas siempre lo desconcertaban. No sabía cómo tratar a alguien que es tuviera llorando.

Aquélla era la clásica situación en la que se veía superado por las dudas. Nunca se le dio bien hablar y probablemente cualquier cosa que dijera sólo empeoraría las cosas. Por otro lado, tampoco solucionaría nada quedándose allí callado.

¿Para empezar, qué estaba haciendo en la habitación con un pequeño ramo de margaritas en la mano? Las aferraba con tanta fuerza que, si hubieran podido hablar, las pobres flores habrían gritado pidiendo compasión.

Clancy tenía la cabeza vuelta hacia la pared. Todavía no había advertido su presencia. Todavía podía marcharse. El impulso era poderoso y casi se volvió hacia la puerta.

Pero, entonces, Clancy dejó escapar un sollozo que le dejó petrificado en el sitio, tomando la decisión por él.

Clancy estaba Sufriendo. Y su sufrimiento se debía a algo más que los dolores físicos debidos a las contusiones producidas por el accidente. Había algo mucho más grande que no marchaba bien. Mitch podía percibir la diferencia.

Clancy derramaba lágrimas de angustia. Por lo tanto, Mitch decidió quedarse. Y esperó a que ella se volviera en su dirección.

La niebla de desolación se disipó lo suficiente como para que percibiera la presencia de alguien en la habitación.

No estaba sola.

Sí que lo estaba, pensó Clancy en el siguiente momento. Estaba más sola que nunca en la vida. Se sentía como si hubiera caído por un abismo sin fondo.

Procuró guardarse las lágrimas en el alma, sabía que permanecerían mucho tiempo

. Tal vez por siempre. No era la pérdida Stuart lo que le afligía tanto como la pérdida de un amor en el que había creído. Lloraba por eso y por el terror ante la posibilidad de convertirse en una inválida por el resto de su vida.

Tragó saliva, intentando disolver el amargo nudo de la garganta a la vez que volvía la cabeza. Por un momento, se sintió desorientada. Había un policía en medio de la habitación que sostenía algo entre las manos. Pestañeó para librarse de las lágrimas que le nublaban la vista.

Margaritas. Era un ramo de margaritas. Sorprendida y confusa,

alzó la vista hacia el rostro del policía. Tardó unos segundos en reconocerlo. Y pensó que estaba soñando, igual que le había sucedido en los momentos posteriores al accidente.

—Mitch?

El asintió.

—Sí. Soy yo.

Mitch no sabía qué decir.

Tema la sensación de que los labios le pesaban toneladas. Cuando se apartó súbitamente de la vida de Clancy, no pensó que volvería a verla jamás. Y ciertamente, nunca pensó que volverían a encontrarse en un hospital.

Se sentía como un estúpido. Allí en medio con las flores, debía parecer un mono amaestrado. Se aclaró la garganta, echando el ramo hacia delante.

—Vine a ver qué tal estabas.

—Fatal.

Brotaron lágrimas frescas y Clancy pestañeó para contenerlas. No quería que nadie la viera llorar, y Mitch menos que nadie.

En los seis breves meses que había durado su relación, Mitch llegó a pensar que no existía ser más Optimista en la tierra que ella. Clancy sólo veía las cosas buenas de la vida. Excepto el robo que les llevó a conocerse, jamás tuvo contacto con la cara más dura de la vida. Mimada, amada y protegida, no tenía ningún motivo para no ser otra cosa que optimista. Por lo que sabía, ésta era la primera vez en la que se enfrentaba a un problema grave.

Mitch se preguntó cuál sería el diagnóstico. Se irritó consigo mismo por no haber preguntado en el mostrador de las enfermeras antes de ver a Clancy. Aquello era como meterse en una emboscada desarmado

—Qué te ha dicho el doctor?

Clancy deseó responder a la pregunta con un encogimiento de hombros, pero hubiera sido demasiado doloroso. No quería ponerse a hablar del accidente ni de lo que le había dicho el médico. Temía que así sólo conseguiría explotar en llanto otra vez. Temía que, si comenzaba a llorar, no podría parar.

En cambio, descargó en Mitch la irritación que sentía hacia Stuart y su abandono. Dos años atrás, Mitch había roto la relación entre ellos, ofreciendo alguna excusa ridícula acerca de que su profesión era prioritaria. Como si ella le hubiese puesto en el dilema de elegir.

—Bueno, en todo caso, ¿qué haces aquí?-preguntó en tono cortante.

Mitch sabía que la pregunta no era tan simple como aparentaba. Clancy estaba preguntándole por el pasado. Por razones. Y también sabía que le debía una explicación, pero eligió la salida más fácil.

— No te acuerdas? Fui yo el que te sacó del coche.

Era doloroso ver a Clancy en aquel estado. Era una mujer tan hermosa y vital. Verla magullada y dolorida hacía hervir una cólera en su interior que bordeaba con lo explosivo.

—Entonces no me lo imaginé —murmuró Clancy, algo confundida —. Eras tú.

Mitch asintió.

—El héroe de servicio.

De aquella manera le había llamado Clancy cariñosamente cuando salían juntos, intentando animarlo un poco. Siempre le decía que era demasiado serio, pero tenía sus buenas razones.

—Son para ti —le dijo, mostrándole el ramo de flores.

Mitch le había regalado margaritas una vez. El día de su primera cita. Bueno, no había sido una cita exactamente Mitch había regresado para recoger una descripción de los objetos que le habían robado a Clancy, e hizo un comentario sobre el guiso que estaba preparando. Ella le invitó a compartirlo y Mitch la sorprendió regresan después de su turno con una botella de vino y las flores.

Recordando, Clancy intentó esbozar una Sonrisa, pero no llegó a sus labios. Carecía de la energía y el deseo de Sonreír. Se humedeció los labios.

—Gracias.

El sonido ronco de su voz resonó en la pequeña habitación

Mítch tenía que dejar las flores en algún sitio, pues comenzaban a marchitarse en sus manos. Miró alrededor. En el Queen of Angels las habitaciones individuales eran el alojamiento normal. Las paredes estaban Pintadas de color azul pastel. Todo era relativamente nuevo y confortable. Un obvio intento de alegrar el ambiente. En esta ocasión se quedaba corto.

Mitch podía sentir la opresión que emanaba Clancy. Aquello no podía remediarse con un simple ramo de flores y unas cuantas palabras de ánimo.

Lo más fácil sería retirarse, marcharse ahora que ya había hecho la visita de rigor y aliviado su mala conciencia.

Pero la conciencia no le seguía el juego. Todos los remordimientos que había sentido en el pasado, que intentó negar y ocultarse a sí mismo, estaban saliendo a la superficie como los demonios de la caja de Pandora.

Permaneció donde estaba, petrificado en el sitio por la imagen de

Clancy, paralizado por el dolor que veía en sus ojos. Hizo un ademán hacia la jarra que había sobre el lavabo.

—No creo que a nadie le importe que ponga las flores ahí.

Clancy no dijo nada. No quería flores. Las flores eran para la gente que tenía una razón para vivir, pensó, meditabunda. Eran un símbolo de alegría, de felicidad. De esperanza.

Y en su vida ya no había lugar para la esperanza. Todos sus sueños se habían derrumbado como un castillo de naipes, y no valía la pena intentar reconstruirlo.

Clancy siempre se las arreglaba para mantener una conversación entre ellos, recordó Mitch, incluso cuando él no tenía ganas de hablar. Ahora el silencio caía entre ellos como una losa. Tenía que decir algo.

—Salvé tu traje —afirmó de repente.

Cuando se marchó la ambulancia, había regresado al coche para sacar el traje de novia.

Clancy volvió la mirada hacia él, los ojos verdes sin el menor asomo de comprensión

—Tu traje de novia —le explicó Mitch.

Las palabras se le hicieron duras e inmasticables como un chicle viejo de dos días. Se había alejado de Clancy convenciéndose de que no habría remordimientos. Pero la mera idea de que fuera a casarse con otro le dolía como un dardo afilado.

—Me pediste que lo sacara del coche.

Clancy no lo recordaba. Sólo recordaba el terror de ver el coche lanzado hacia ella y el despertar en el hospital toda magullada y vendada. Tenía en la memoria vagos recuerdos de la presencia de Mitch. No se acordaba de ninguna palabra, de ninguna imagen aparte del rostro de Mitch sobre el suyo.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Podías haberte ahorrado la molestia.

Su voz era apenas un débil susurró, y Mitch se inclinó hacia la cama, intentando oír sus palabras.

—Cómo?

Clancy tenía ganas de golpear algo, cualquier cosa. Pero no tenía fuerzas ni para levantar la mano.

—He dicho que podías haberte ahorrado la molestia. Ya no me hace falta.

En la vida de Mitch no había lugar para la esperanza, y no la habría reconocido aunque se le hubiera aparecido en sus propias narices. Sin embargo, no encontraba otro nombre para la extraña sensación que brotó como las leves humaradas que se ciernen sobre las tapas de las cloacas en lo más crudo del invierno.

—Boda retrasada? —preguntó, impulsado por una emoción irracional.

—Cancelada —respondió Clancy con amargura—. Stuart no quiere cargar con una inválida.

Una lágrima resbaló por sus mejillas, tan solitaria como ella misma.

Stuart. ¿Así se llamaba su prometido, el hombre al que Clancy estaba dispuesta a amar por el resto de su vida? Obviamente, el tal Stuart no se lo merecía.

—Eso es lo que te dijo?

Clancy no percibió la flota de amenaza en la voz de Mitch.

—No utilizó tantas palabras. Pero ése era el mensaje.

La angustia que palpitaba en la voz de Clancy, que se veía en Sus ojos, llenó a Mitch de rabia. Si aquel tipo egoísta hubiera estado allí en aquel momento, no sabía si habría sido capaz de recordar su juramento de respetar la ley.

Pero su voz no delataba las emociones que se cocían en su interior. Como buen policía, sabía eliminar de su tono cualquier indicio re velador de sus sentimientos

-Entonces, yo diría que estarás mejor sin él.

«Como si pudiera elegir», pensó Clancy.

—Sí, claro.

—Alguien que te abandona cuando lo necesitas no merece tus lágrimas Clancy.

—No estoy llorando —replicó Clancy.

«Y mira quién habla de abandonos», añadió pata sus adentros

Las mejillas mojadas de Clancy contradecían sus palabras, pero Mitch no insistió en el tema.

—Por si acaso pensabas llorar —enmendó-No has respondido a mi pregunta. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Dijo que podría caminar dentro de un plazo razonable, o quizás no volver a caminar jamás. Supongo que no quería pillarse los de dos.

Mitch no sentía ningún afecto en particular por los doctores, aunque había un par de ellos que respetaba.

—No suelen hacerlo. Pero, por lo que me dices, tienes posibilidades de andar otra vez.

—Un cincuenta por ciento.

Menos, si creía lo que había dicho Stuart.

Mitch asintió.

-La mitad.

«No se puede pedir más», pensó. La vida por lo general suele cargar la balanza por el lado negativo. Desde luego, ésa era su propia

experiencia. Miró a Clancy y le rozó las yemas de los dedos. Estaban frías y las envolvió en su mano.

—Según recuerdo, tú siempre pensabas que jugabas, a favor con la mitad de las posibilidades.

—Entonces era mucho más joven.

Mitch pensaba que había nacido viejo, pero no le parecía natural ver aquella expresión marchita en el rostro de Clancy.

—Dos años —le recordó—. No ha pasado tanto tiempo.

Clancy alzó la mirada hacia el hombre del que se había creído enamorada en otro tiempo.

—Es mucho si lo mides en segundos, Y he madurado mucho desde entonces, O al menos, eso pensaba.

Los ojos azul claro de Clancy se empañaron de lágrimas, Se esforzó para reprimir un sollozo. Aferró muy débilmente la mano de Mitch Había pensado que por fin tenía la felicidad al alcance de la mano. Aunque Mitch había sido su caballero negro, alto y robusto, en alguna parte de su corazón, había sabido que lo suyo no podía ser, a pesar de esperar lo contrario con Stuart, el amor no era tan apasionado, sino algo tranquilo y confortable. Algo en lo que creyó que podía confiar.

Obviamente se había equivocado.

—Oh, Dios, Mitch, no es justo.

—Muy pocas cosas en la vida lo son.

El corazón estaba agrietándosele y Mitch le ofrecía frases tópicas En las comisuras de sus labios se dibujó algo vagamente parecido a una sonrisa,

—Ya veo que no has perdido la afición a dar charlas de ánimo —observó.

Mitch soltó la mano de Clancy y se rascó la nuca, como hacía siempre que se sentía fuera de su elemento. No se le daban nada bien esas cosas, pero Clancy necesitaba oír algo reconfortante.

— Quieres una charla de ánimo? Si alguien puede superar esta situación, ésa eres tú—afirmó, mirándola fijamente, intentando insuflarle su confianza—. Eres una mujer fuerte. Sólo tienes que buscar en las profundidades de tu interior.

—Lo siento. Me dejé la pala en la última mudanza —replicó Clancy, la mirada perdida en la pared.

A Mitch no le agradaba la cosa. La mujer abatida que había en la cama no era la Clancy que conocía, sino una desconocida. Y no podía evitar que la desolación de Clancy le afectara.

A McAffee se le daban mejor aquella clase de situaciones. Su compañero se encargaba de dar las malas noticias a los familiares de las víctimas. Siempre encontraba las palabras más adecuadas.

Pero McAffee no estaba allí.

—Todo esto es nuevo para ti. Sólo necesitas un poco de tiempo para adaptarte a...

—Mañana no habrán cambiado las cosas —le interrumpió Clancy.

No, aquella mujer no se parecía en nada a la Clancy que conocía. Y le asustaba. Le asustaba igual que se asustaba si al despertarse un día viera que el cielo era verde y la tierra azul.

— Cómo lo sabes?

Clancy se habría echado a reír de haber podido hacerlo Mitch estaba como pez fuera del agua.

—Un optimista sabe estas cosas.

Mitch necesitaba hechos en los que apoyarse. No podía convencerla basándose en meras conjeturas. No encajaba con su carácter.

—Cómo se llama tu médico?

—Tiene un apellido largo. Klein no-sé-qué. No presté demasiada atención a su nombre. Supongo que me quedé un poco aturdida cuando me dio las buenas noticias.

Klein no-sé-qué. No sería difícil localizar al doctor. Deseaba hablar con él. Si no por otra cosa, para conseguir información para el informe que debía escribir sobre el incidente .Al sargento le gustaba que no faltara un solo punto sobre una i. Y a él mismo nunca le agradó dejar ningún cabo suelto Y en este caso, le quedaba otro cabo suelto… las demás razones para la desolación de Clancy

—Cuándo hablaste con tu prometido?

-Ex -prometido—musitó Clancy entre dientes apretados.

La rabia era buena. Mitch había visto con seguir cosas por rabia que el optimismo nunca habría podido alcanzar. La rabia te puede guiar a través de la oscuridad y de los tiempos duros, tan duros que nunca pensaste que podrías sobrevivir.

—Ex-prometido —repitió Mitch.

¿Por qué quería saberlo?, se preguntó Clancy. Cuando Mitch la dejó, le había faltado tiempo para echar a correr. Se humedeció los labios. Comenzaba a sentirse soñolienta otra vez.

—Vino justo antes que tú. Al parecer, no podía esperar para librarse de toda atadura y volver a ser un hombre libre. Temía que yo esperase que se hiciera cargo de mí, supongo.

—Y lo esperabas?

Mitch obtuvo una mirada algo encendida a modo de respuesta.

—Tú me conoces mejor que eso. O al menos así lo creo. Sólo deseaba oír unas palabras de ánimo. En cambio, él acabó de hundirme. Me está bien empleado por enamorarme de un abogado.

Saben cómo cortar por lo sano. Es casi tan malo como amar a un poli.

Clancy no quería decir lo que parecía, dijo Mitch. Ella nunca lo amó. El cortó la relación antes de que las cosas llegaran tan lejos.

—La peor equivocación del mundo-convino.

Clancy estaba fatigándose advirtió Mitch .Debería haberse marchado ya. Aun así permaneció en la habitación, como si una fuerza inexplicable le impidiera moverse de allí, a pesar de la inquietud que le embargaba

Se acercó a la ventana tenía vistas al océano. La tarde era clara, sin nubes, y hermosos veleros con las velas desplegadas surcaban las aguas.

El nunca había deseado un barco, nunca comprendió el atractivo de sentarse en un recipiente oscilante con sólo un poco de madera entre tu persona y un vacío sin fondo Ya resultaba bastante difícil navegar a través de la vida.

--Quieres que telefonee a alguien?

—A la madre Teresa, a ver si le apetece ha un milagro.

Ya se daba por derrotada, pensó Mitch, pero realmente no era asunto suyo.

—A tus padres?

-No!- exclamó, a tal volumen que se sorprendió tanto como Mitch, y prosiguió en un

tono mucho más débil—. No. Yo se lo diré cuando llegue el momento oportuno.

Mitch dirigió la mirada hacia los tubos de líquido intravenoso, hacia los vendajes de la cabeza.

—Y no te parece que éste es un momento oportuno?

—Eso lo decidiré yo —replicó Clancy, entornando los ojos al mirar a Mitch—. Y, en todo caso, ¿qué te propones apareciendo otra vez en mi vida? La última vez que te vi, no podías esperar a desaparecer.

Tenía cierto derecho a culparle, pensó Mitch, sacudiéndose de encima el pasado.

—Ya te lo he dicho. Yo te saqué del coche...

Debería haberse imaginado que no había ninguna otra razón para su presencia, pensó Clancy. Ni una pizca de sentimientos había guardado en su corazón.

—Entonces sólo estás comprobando la situación para tu informe?

—Algo así.

Clancy desvió la mirada hacia la jarra que había sobre el lavabo.

—Y las margaritas? ¿Se trata de un nuevo requisito para hacer una investigación?

Mitch se encogió de hombros, incómodo con las emociones que

estaba agitando Clancy.

—Pensé que sería un detalle agradable. Estabas herida.

—Estoy herida —le corrigió Clancy, y volvió la cabeza hacia la pared, respirando profunda mente—. No me traigas flores, Mitch. Ni compasión. No las necesito. Sólo necesito un milagro. Si no llevas ninguno que te sobre en el bolsillo, te sugiero que te marches.

Clancy deseaba quedarse a solas con su dolor, con su aflicción.

—Pero yo...

—Estoy cansada, Mitch. No quiero ser grosera, pero me puedo quedar dormida en cualquier momento.

Dormida... Mitch se dejó llevar por los recuerdos. Clancy solía quedarse dormida a su lado, con un brazo extendido sobre su pecho, después de hacer el amor. Y hacían el amor apasionadamente, Como dos seres primitivos, solos en su propio paraíso.

Clancy se convirtió en algo muy importante para él en un espacio de tiempo increíble- mente corto. Y no quería en su vida a nadie que le importara. Hubiera significada una carga. Y no quería cargas en su vida. Ni mujer, ni madre, ni hijos que pudieran interferir con su trabajo, o hacer que se sintiera culpable.

Y dejándola viuda se habría sentido culpable. Y había otras cosas que inclinaban la balanza contra ellos. Cosas que hubieran surgido tarde o temprano. Sencillamente, eran demasiado diferentes como para que funcionara una relación entre ellos.

Por tanto, se había marchado antes de que Clancy pudiera convertirse en una parte de su vida. Lo había hecho tanto por ella como por sí mismo.

Como debía hacerlo en aquel momento. Allí no tenía nada que hacer.

—No, me temo que no puedo ofrecerte un milagro, Clancy.

—Una verdadera lástima —murmuró ella, dejándose arrastrar por el sueño—. Entonces, su pongo que no me sirves de nada.

—No —convino Mitch, mirándola antes de salir de la habitación—. De nada en absoluto. Es lo que siempre te decía yo...

Capítulo 4

Era la clase de día que hace a los veteranos de quince años plantearse la jubilación anticipada Caótico, confuso, fue un cóctel de delitos que se Sucedían pisándose los talones.

La tremenda oleada de calor favorecía los ataques de locura, pensó Mitch mientras el hombre fino y de manos de manicura impecable proseguía sus explicaciones, su voz una mezcla de gimoteo y agresividad. Mitch asen tía en respuesta a su última observación tomando flotas. No todos sus pensamientos se Concentraban en el robo que había tenido lugar en la residencia de John Benson, en algún momento entre las nueve y las dos.

—Aquí —decía Benson, indicando con mano aristocrática un espacio vacío en la pared que separaba el espacioso comedor y un salón formal que parecía sin estrenar-. Aquí mismo tenía colgado mi Jackson Pollock para que pudiera darle la luz de la tarde.

Benson miró a los dos policías con cara de malhumor. Ninguno de los dos, pensó irritado, podía comprender lo que significaba perder tal tesoro. Probablemente, la cosa más cara que poseerían era un par de zapatillas para jugar a los bolos.

—Ahora no hay nada. Habría podido colgar el Wyeth en su lugar, pero el ladrón también se lo llevó.

John Benson había regresado de una comida particularmente lucrativa con su agente de bolsa de muy buen humor, sólo para llevarse un buen chasco al ver que habían asaltado su mansión de siete dormitorios. El sistema de seguridad había sido eludido con destreza de profesionales, y el perro fiel narcotizado por alguna droga administrada a través de un buen pedazo de solomillo de primera.

Este último detalle era lo que tenía verdaderamente intrigado a Mitch.

—Sencillamente, no puedo comprenderlo—observó Benson, frotándose la nuca con mano temblorosa—. El collar de diamantes de mi mujer se hallaba a la vista sobre la cómoda y no se lo llevaron. ¿Acaso o tomarían por una imitación?

-Acaso-dijo Mitch, asistiendo, aunque tenía más que serias dudas, pues era otra pieza que encajaba con sus sospechas.

También habían robado el dinero que había en la caja fuerte del dormitorio. Allí también se habían saltado el sistema de seguridad como si no existiera. El ladrón era un profesional que sabía muy bien lo que quería: los dos cuadros originales y el dinero de la caja. Y también conocía el mejor momento para cometer el robo.

A Mitch no le agradaba la forma que estaba tomando el rompecabezas.

—Parece que el sospechoso es un amante del arte —observó McAffee, mirando las fotografías de las pinturas robadas que Benson les había enseñado como si se trataran de las instantáneas favoritas de sus hijos.

—Eso parece —convino Mitch.

McAffee lo miró, percibiendo que algún detalle del robo le tenía intrigado, y luego se volvió hacia Benson, mostrándole las fotos.

—Le importa dejárnoslas unos días?

—No, no, adelante. Espero que sirva para re cobrarlas. Las pinturas, quiero decir. El dinero no me importa. Hombre, por supuesto que me importa. El ladrón se ha llevado unos tres mil dólares, pero las pinturas son lo que me interesa de verdad.

—Haremos todo lo que podamos —le prometió McAffee.

Benson no parecía nada convencido cuando se marchó al dormitorio para consolar a su impresionada mujer.

McAffee dirigió la mirada hacia la cómoda, donde el collar de brillantes resplandecía como si poseyera luz propia.

—No tiene sentido —murmuró—. Me preguntó la razón por la que no se lo han llevado.

Mitch si que sospechaba el motivo de aquel aparente despiste.

—El de las joyas es un mercado muy arriesgado —observó.

McAffee se preguntó si le estaría pasando desapercibida alguna pista, pues Mitch parecía muy pensativo. En este caso, tendría que esperar. Su compañero nunca compartía sus pensamientos hasta que tenía encajadas todas las piezas de un asunto. Desde luego, no era un jugador de equipo.

Este rasgo de Mitch le había molestado, sobre todo al principio, pero con el tiempo acabó por acostumbrarse.

McAffee dirigió la mirada hacia el dormitorio donde John Benson estaba consolando a su desolada esposa. Aunque las pinturas no significaban gran cosa para ella, se había llevado un buen susto al ver que habían asaltado su casa con tanta facilidad, sin poder contener un ataque de llanto.

McAffee miró a la mujer con expresión compasiva.

—Haremos todo lo que podamos —repitió, esta vez dirigiéndose a la señora Benson.

—Ya nunca me sentiré segura en esta casa—se lamentó, enjugándose las lágrimas con el pañuelo.

—Si estuviera en su lugar, me preocuparía de que revisaran el sistema de seguridad —sugirió Mitch, el tono carente de emoción alguna.

—Desde luego, pienso hacerlo cuanto antes—le aseguró Benson, la

irritación empapando cada una de sus palabras.

—Estaremos en contacto, señor Benson—prometió McAffee, haciendo un ademán con la mano cuando el hombre se levantó—. No se moleste en acompañarnos a la puerta. Conocemos el camino.

McAffee aguardó hasta que salieron de la casa. Aquél era el día libre de la única persona que prestaba servicio a los Benson. La señora Benson había estado en una reunión de una fundación benéfica mientras el señor Benson se reunía con su agente de bolsa. Había sido la ocasión perfecta para dar el golpe en la residencia.

—Parece que el tipo sabía perfectamente cuándo actuar —comentó McAffee, acomodándose en el asiento del copiloto.

—Los profesionales por lo general lo saben. Los buenos siempre lo saben, uno en especial.

Maldita sea, después de tanto tiempo. Mitch esperaba equivocarse, pero tenía una sensación en las tripas que le decía lo contrario. Solían cumplirse por lo general los peores pronósticos.

Procuró no darle más vueltas al asunto.

—Sí —murmuró McAffee, dejando escapar un profundo suspiro.

Todavía no habían reparado el aire acondicionado del coche patrulla, y el asiento estaba pegajoso e incómodo, pero sintió alivio al sentarse otra vez. Estaba derrotado a causa del calor combinado con el frenético día. Miró su reloj.

—Chico, no sabes cómo me alegro de acabar el turno.

-Todavía no hemos acabado-replicó Mitch con gravedad.

Le picaba la nuca de la forma que lo hacía cuando estaba molesto por algo. Pensó en el solomillo envenenado, intentando convencerse de que sólo era una coincidencia.

—El informe —dijo a su compañero, que estaba mirándolo de una manera extraña—. Tenemos que escribirlo.

McAffee lanzó un gemido, hundiéndose sobre el vinilo agrietado del asiento.

—Mi hija saldrá disfrazada de nabo esta tarde en una obra de teatro de su clase. Si no voy, mi mujer me matará.

Mitch se encogió de hombros.

—Mientras no me salpique a mí la sangre...

—Eres todo corazón, Mitch.

—Me lo sacaron en una operación.

Mitch recordó que Clancy le había acusado también de no tener corazón. Se lo dijo a gritos cuando rompieron y él se alejó, hacía una eternidad, y ahora lo veía como si acabara de suceder el día anterior.

McAffee observó a Mitch. Su compañero parecía especialmente cansado, pero era normal después del día infernal que habían vivido.

No sabía si debía insistir o no, y sopesó las consecuencias. Mitch no gritaba. Alicia sí. Alicia ganaba.

—Mitch, no te pediría el favor…

—Me parece perfecto —le interrumpió Mitch.

McAffee frunció el ceño.

—Vamos, Mitch. Jackie sólo tiene seis años, y le hace mucha ilusión que la vea su papá.

Mitch permaneció en silencio por un momento. Sin darse cuenta, McAffee había dicho algo que le tocó un nervio. Podía recordar un tiempo cuando él también había deseado contar con la presencia de su padre. Un padre en el que apoyarse, que cumpliera con sus responsabilidades.

Mitch dejó escapar un suspiro, girando a la izquierda. La comisaría se hallaba todavía a un par de manzanas de distancia, pero el tráfico afortunadamente se había aclarado.

—Yo me ocuparé del informe.

McAffee se quedó sin habla por un momento. Por lo general, Mitch no solía mostrarse tan comprensivo. Como un niño que encuentra detrás del árbol de navidad un regalo inesperado, esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Mitch, eres un sol!

Una cosa de la que no le habían acusado hasta entonces, pensó Mitch.

—Sí —dijo, escupiendo la palabra como si tú viera un sabor amargo—. Pero no lo divulgues.

McAffee sabía que Mitch estaba hablando

—Por qué quieres que todo el mundo piense que eres un mal tipo?

—Porque lo soy.

En el rostro de Mitch no se veía el menor asomo de una sonrisa. McAffee hubo de decidir por sus propios medios si su compañero estaba de broma o no.

McAffe sabía la clase de tipo que era Mitch. Mitch le había salvado la vida dos veces, y había dado la cara por él cuando metió la pata en otro par de ocasiones en su época de novato.

—Yo no lo veo así, Mitch —afirmó McAffee.

—Cierra el pico antes de que me enfades y te haga mecanografiar el informe por triplicado.

Teniendo en cuenta el estado del equipa miento de la comisaría y el hecho de que McAffee era un mecanógrafo de dos dedos, la amenaza tenía tela.

McAffee ya estaba abriendo la puerta, ansioso por meterse en el vestuario y luego desaparecer. Asintió.

—Ni una palabra más.

Mitch se tomó su tiempo hasta que llegó a las puertas principales de acero. Tal vez, la rutina aburrida del papeleo le haría olvidarse de otros pensamientos fastidiosos que pasaban por su mente.

No quería pensar. En nada.

No funcionó.

Con cierto esfuerzo, Mitch consiguió apartar a los rincones de su mente las sospechas inquietantes respecto al robo. Tal vez sólo fuera una coincidencia. A menudo los ladrones tenían un modus operandi muy similar.

Lo de Clancy era otra historia.

Clancy, con su expresión desolada, lo fascinaba como una melodía. Una melodía que se empeñaba en resonar en su imaginación por mucho que se tapara las orejas.

Tras dejar el informe en el escritorio del sargento, Mitch se cambió y salió de la comisaría con todas las intenciones de recorrer en su Jeep Cherokee las diez manzanas que lo se paraban de su pequeño apartamento de un solo dormitorio. Deseaba llegar a casa no sólo porque fuera su refugio, sino también porque necesitaba dormir unas cuantas horas urgente mente.

Sin embargo, cuando arrancó, tomó la dirección contraria, hacia el hospital Queen of Angels. Hacia Clancy.

Maldita sea, ¿qué estaba haciendo? Era una locura, como no saber nadar y arrojarse de cabeza a unas aguas turbulentas. Lo mirase como lo mirase, estaba condenado a ahogarse. No existía ninguna razón lógica para hallarse recorriendo el pasillo del hospital en busca de la habitación 324. Ninguna, excepto la perversidad que a veces lo poseía. Como cuando, a los doce años, daba puñetazos contra la pared sólo para ver hasta ver lo que podía aguantar. Una especie de prueba de virilidad, de resistencia.

Al aproximarse a la puerta de la habitación, apretó los labios. Aquello no era una prueba, sino la mera consecuencia de vivir conforme al código que se había impuesto a sí mismo. Un código de honor personal.

Se lo debía a Clancy.

El accidente técnicamente no había sucedido por culpa suya, como habían dictaminado los de Asuntos Internos. Pero Mitch veía las cosas de otro modo. En su mente los hechos eran bien simples Clancy había sido arrollada por el coche de un hombre al que es taba persiguiendo Por tanto, eso le hacía responsable de las consecuencias del accidente, responsable de Clancy.

Y la valía de un hombre se mide por su forma de afrontar las

responsabilidades, una de las pocas cosas en que creía. Se lo habían inculcado a muy temprana edad, y lo llevaba escrito en el corazón con tinta indeleble.

Borrando de la cara cualquier asomo de emoción entró a la habitación en silencio, dispuesto a salir de nuevo en caso de que Clancy estuviera dormida.

Nada había cambiado desde el día anterior, excepto que al pie de la cama había una bandeja sobre una mesa. Clancy no había tocado la comida.

Cuando se acercó a la cama, Clancy volvió la cabeza hacia él. No dijo nada, aunque en su rostro se dibujó un leve asomo de sorpresa.

—No has probado tu cena —dijo a modo de saludo, pensando que era una apertura demasiado superflua.

Clancy esbozó una sonrisa irónica, carente de humor.

—Con esas dotes deductivas, me sorprende que todavía no te hayan ascendido a capitán.

Estaba buscando pelea, pensó Mitch. Tenía ganas de discutir, pero él no iba a morder el anzuelo.

Mitch observó las lonchas de rosbif, finas como hojas, y la guarnición de puré de patata, que comenzaban a marchitarse.

—Debes alimentarte para recobrar las fuerzas.

Clancy recordó al terapeuta que la había visitado aquel día. El terapeuta que no pudo conseguir que sintiera nada en las piernas, a pesar de sus supremos esfuerzos. Sintió un nudo amargo en la garganta y tragó saliva.

—Para qué? ¿Para apretar un botón y llamar a la enfermera? Para eso ya tengo fuerzas de sobra.

—Nunca te había visto compadecerte de ti misma.

—Nunca está de más una novedad, ¿no? Clancy no quería hablar. Después de la sesión con el terapeuta, un auténtico fracaso, se había desvanecido la última pizca de esperanzas. Hizo un ademán de impaciencia con la mano.

—Mira, Mitch, ¿no tienes ningún crimen que resolver o algo parecido?

Cuanto más insistía Clancy, más decidido a quedarse estaba Mitch, el cual cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estoy libre de servicio.

Clancy apretó los labios, tragándose un improperio.

—Entonces, vete a casa.

Eso era lo único que quería hacer cuando salió de la comisaría. Pero no pudo. No cuando Clancy se hallaba en aquella situación. Recordaba la risa que siempre había brillado en sus ojos. Había

desaparecido por completo. Clancy no podría luchar contra su enfermedad si no era ella misma.

—No estás poniendo las cosas fáciles.

Clancy suspiró.

—Nada de eso. Estoy poniéndolas muy fáciles. Vete —replicó Clancy, apuntando hacia la puerta—. Más sencillo, imposible.

Mitch se quedó observándola por un momento, y entonces, para su sorpresa, dio media vuelta y salió, dejándola sola.

Mitch había hecho lo que le había pedido, ni más ni menos. Entonces, no tenía sentido que se le estuvieran llenando los ojos de lágrimas. Dos años atrás, había superado por completo la relación con Mitch.

Aunque, desde el accidente, las lágrimas la habían acompañado con demasiada frecuencia.

Procurando sumirse en el olvido, se quedó mirando la pared, demasiado desolada como

e para hacer planes, como para pensar. Ya lo haría al día siguiente Y, si tenía suerte, no habría día siguiente.

Cuando la puerta se abrió de nuevo unos minutos después, pensó que sería alguna enfermera, para comprobar que su cuerpo seguía vivo, aunque el resto de su ser hubiera muerto.

Pero era Mitch.

Confundida, lo miró fijamente.

—Qué ha pasado? ¿No encuentras la salida?

Mitch sacudió la cabeza;

—No me iba a casa. Fui al mostrador de las enfermeras para conseguir el nombre de tu médico.

—Por qué? —preguntó Clancy, recelosa.

Entonces, hundió los puños sobre el colchón de la cama para incorporarse Odiaba la sensación de arrastrar el peso muerto que una vez habían sido sus piernas para incorporarse pero no tenía alternativa.

Irritado, Mitch cruzó la habitación y se detuvo al lado de la cama.

—No te muevas —dijo, posando una mano sobre uno de sus brazos para detenerla, sosteniendo con la otra la vara metálica que estaba balanceándose precariamente.. Vas a desconectar los tubos intravenosos

Clancy le dio una palmada en la mano, pero Mitch no la retiró

—Tal vez es lo que quiero. Tal vez me haya hartado de que me metan en la sangre todos sus antibióticos y toda su glucosa.

Delicada pero firmemente, Mitch la con tuvo hasta que dejó de agitarse.

—Esto no es propio de ti, Clancy.

Maldita sea, ¿por qué no estaba muerta? Se sentía muerta.

—Mira más despacio, Mitch. Nada de esto es propio de mí.

Mitch podía comprenderla muy bien, pero darle la razón no serviría de nada en aquellos momentos, pues la compasión la hundiría aún más.

—Estás herida, de acuerdo —afirmó con flema—. Pero eso no quiere decir que estés fuera de juego automáticamente. O todo lo que siempre defendías eran sólo mentiras?

—No eran mentiras.

Clancy bajó la mirada. No se sentía orgullosa de aceptar la derrota. Pero no tenía otra alternativa. La otra Clancy, la que sólo veía el lado positivo de cada situación, había sido una estúpida.

—Tal vez tengas razón —murmuró.

—Suelo tenerla —afirmó Mitch, haciendo una pausa para que Clancy prosiguiera, cosa que no sucedió—. Pero... ¿a qué te refieres exactamente?

—A lo que estás pensando. Que me compadezco de mí misma.

—Y no es así?

Mitch no habló en tono crítico, pero así lo interpretó Clancy. Tenía la sensación de que habían partido el mundo en dos, dejándola a ella en una mitad y a todos los demás en la otra.

-Y tú no te compadecerías de ti mismo?

Mitch nunca se había compadecido de sí mismo, ni siquiera en los peores momentos de su vida. Siempre le pareció una emoción inútil por completo.

—No —respondió, con tanta firmeza que Clancy volvió la cabeza hacia él—. Compadecerse de uno mismo sólo sirve para perder el tiempo de mala manera. Lo que sirve es buscar soluciones para los problemas.

Muy fácil de decir para él. Clancy se miró las piernas, recordando que había gritado, suplicado y rezado para moverlas, para percibir la más pequeña de las sensaciones, pero al parecer Dios estaba de vacaciones, y su sensibilidad acababa al llegar a la parte superior de los muslos.

—Buscar soluciones —repitió—. No hay ninguna solución para mí.

La enfermera que había de guardia había sido bastante maternal. Había tomado a Mitch por el novio de Clancy, dándole la información requerida, así como un poco de ánimo.

—La enfermera me ha dicho que hay fisioterapia disponible para ti.

—«Disponible» no significa lo mismo que «efectiva». No se aplica

fisioterapia a los tocones de los árboles.

Estaba resuelta a ahogarse en un mar de auto compasión. Y Mitch estaba resuelto a impedirlo. Su madre se rindió al final a la desolación, y no iba a permitir que sucediera igual con Clancy.

—Pero se aplica a las piernas heridas.

Los ojos de Clancy centellearon.

—Todavía no captas el mensaje, Mitch? No están heridas. Están muertas. Es como si me hubieran cortado por la mitad.

Clancy se golpeó una de las piernas con el puño. El impacto hizo que se moviera leve mente. Como no estaba mirándola, Clancy no se percató de este detalle. No sentía nada.

—Lo ves? Nada.

—Por el momento —observó Mitch.

—Por siempre —replicó ella.

Una pequeña parte de Clancy deseaba aferrarse a una esperanza, pero sabía lo que sen tía, y lo que no sentía. Y las palabras de Stuart resonaban en sus oídos. No era nada más que una carga, una inválida. El médico sólo buscaba la vía más cómoda al darle un diagnóstico optimista. A nadie le agrada ser portador de malas noticias.

—Yo no sé mucho acerca de condiciones médicas —afirmó Mitch, situando la bandeja ante Clancy—. Pero sí que sé que, si tienes el depósito vacío, el coche se para.

—Así que soy un coche sin gasolina. Bonita elección de palabras.

Mitch no estaba dispuesto a malgastar tiempo y saliva.

—Come, Clancy.

—Por qué?

Mitch partió un trozo de brócoli con el tenedor y se lo ofreció. En realidad, era una orden más que una sugerencia.

—Porque lo digo yo.

Tal vez en otros tiempos Clancy habría pensado que Mitch estaba animándole a comer porque le importaba. Pero las cosas habían cambiado. Si Mitch se comportaba de aquella manera, se debía a sentimientos de culpabilidad.

—Yo no soy ningún poli novato que puedas intimidar.

—No, no lo eres. Eres una mujer inteligente que no discute cuando sabe que alguien tiene razón.

Clancy suspiró. Ni siquiera podía echar a Mitch de la habitación. Había perdido por completo el control de su vida.

—Acaso te propones aliviar tu conciencia de esta manera?

—Mi conciencia no tiene nada que ver con esto —replicó Mitch, poniendo el tenedor en la mano de Clancy—. Ahora come, Clancy. No me marcharé hasta que hayas comido.

Clancy suspiró y miró el tenedor.
—Ya que me propones un objetivo… Siempre he odiado el brócoli.
—Te sentará bien.
Dejando escapar un suspiro de exasperación, Clancy tomó el primer bocado.
—Ahora también eres un experto en nutrición?
—Soy una persona realista. Siempre lo he sido. Ahora, usa el tenedor o lo haré yo.
Clancy se preguntaba hasta dónde llevaría Mitch aquella farsa.
—Me darías de comer?
—Como si fueras un bebé —respondió él sin titubear.
Clancy lanzó una suave carcajada, pero en sus labios no se dibujó ninguna sonrisa.
—No te pega el papel de ama de cría.
—No.
Clancy tomó otro bocado. No sabía a nada; el amargor que tenía en la boca neutralizaba todo sabor. Iba a dejar de nuevo el tenedor sobre la bandeja, pero Mitch de inmediato alargó la mano hacia él.
—No tengo hambre —protestó Clancy.
—Esto no tiene nada que ver con el apetito. Si quieres volver a caminar, debes recobrar tus fuerzas.
Suspirando, Clancy continuó comiendo. Obviamente, Mitch no iba a marcharse hasta que hubiera cenado. Lo conocía bien.
Mientras tragaba la cena como podía, observaba a Mitch, preguntándose la razón de su presencia, de su regreso. No era hombre que se dejara arrastrar por los sentimientos
Entonces, ¿qué estaba haciendo allí, como un centinela protegiendo a la princesa, aguar dando a que acabara de cenar?
En cualquier caso, Clancy se sentía incapaz de tragar un solo bocado más.
—Ya está —dijo, apartando a un lado la bandeja—. No puedo más. Si me fuerzas, te arrepentirás.
Mitch, esta vez, aceptó la negativa
—Es un comienzo —afirmó, llevando la bandeja a los pies de la cama.
Un comienzo, pensó Clancy, taciturna. Más bien era un final. Se miró las piernas inertes, la amargura reflejada en los ojos.
—No hay ningún comienzo, Mitch. Mitch comenzaba a perder la poca paciencia que tenía.
—Por qué te empeñas en aceptar la derrota de antemano?
¿Acaso estaba tan ciego como sordo?, se preguntó Clancy.
—Y tú por qué te empeñas en no aceptarla? Mitch esbozó una

sonrisa, leve más genuina.

—Tal vez me pegaste un poquito de tu optimismo.

En otro tiempo, Clancy habría vendido su alma por creer aquellas palabras, pero ya no creía en nada y se limitó a sacudir la cabeza.

—Demasiado tarde, Mitch.

Capítulo 5

Clancy se agitó. De mala gana, abrió los ojos. Llevaba sólo una semana en aquella habitación y le parecía que había pasado allí toda su vida. Tal vez hubiera sido un sueño todo lo anterior.., sus planes, su felicidad.

Deslizó las manos sobre su rostro. Ya había disminuido la hinchazón y no tenía vendajes. También le habían quitado los tubos intravenosos. Pero seguía tan paralizada como el primer día.

Y no tenía nada que hacer excepto dormir. No tenía el menor interés en la televisión que había sobre una plataforma acoplada a la pared. No la había llegado a encender siquiera una vez. Ya no le importaban sus programas favoritos. No le importaba nada.

Sólo se animaba un poco cuando recibía vi sitas de sus amistades. Era difícil, pero procuraba adoptar una actitud optimista, pretendiendo que todo acabaría bien. Ella fingía y sus amistades fingían, todos evitando cualquier asomo de compasión. Así las cosas, sus amigos sonreían y se marchaban a toda prisa, deseándole que saliera de allí cuanto antes.

Como si pudiera.

Con el personal del hospital le faltaba energía para disimular sus verdaderos sentimientos y se refugiaba en un caparazón donde no existía el tiempo, el dolor ni la frustración.

Todos se mostraban muy amables con ella, desde el médico hasta la encargada de la limpieza que pasaba cada mañana, consiguiendo sólo reforzar la idea de que nunca volvería a caminar.

La fisioterapeuta la visitaba dos veces al día, poco antes de las diez y a las dos. Al principio Clancy se había negado a verla, pero la mujer ignoró sus protestas. Melody, una mujer bajita y robusta, jamás daba muestras de perder la esperanza, hablando sin parar mientras le daba masajes en las piernas que, por su sensibilidad, muy bien podrían haber pertenecido a otra persona.

Y Melody nunca dejaba de sonreír. Igual que las enfermeras. Igual que sus amistades.

Y todos se empeñaban en afirmar que todo saldría bien.

Clancy tenía la sensación de que, si veía otra cara sonriente asomándose a la habitación, se echaría a gritar

El único que no aparecía con la sonrisa pegada en la cara era Mitch. Pero la expresión de Mitch había sido cincelada en roca el día que nació.

Todavía no veía claramente las razones por las que se molestaba en visitarla. Para ella no tenía sentido, y además no tenía la menor intención de hacerse ilusiones con respecto a nada. No cuando no se

había producido ningún indicio de sensibilidad a pesar de todos los esfuerzos de Melody, que le daba masajes, pinchazos y golpes.

Sabía que, si hubiera Posibilidades de recuperar la movilidad de las piernas, ya habría sentido algo.

Pero no había sentido nada.

Nada de nada. Una nada tan oscura que amenazaba consumirla por completo.

Como la fisioterapeuta, el doctor Kleinschen la visitaba diariamente. Charlaba con ella, examinaba su historial y la miraba con expresión compasiva. «Estas cosas a veces llevan su tiempo», solía decir, algo que a Clancy no le animaba lo más mínimo. ¿Qué otra cosa podía decir el doctor?

Se sentía cansada y cerró los ojos. Ya había tenido las dos sesiones de masaje con Melody, y la mayoría de sus amistades ya le habían hecho las visitas de rigor. Clancy se dejó envolver por los brazos de un sueño confortador.

El informe le había llevado más tiempo del que esperaba y no se molestó en quitarse el uniforme. Mitch quería llegar al hospital cuanto antes. Tal vez aquel día Clancy habría sentido algo. Tal vez aquel día se aliviaría en parte la abrumadora sensación de culpabilidad.

Abrió la puerta de la habitación y la vio tendida en la cama. Había recobrado en parte su color habitual y comenzaban a desvanecerse los azules y verdes de las contusiones. A pesar de hallarse en aquellas condiciones, seguía siendo una mujer hermosa, pensó. Clancy aún tenía mucho que esperar de la vida, y él se en cargaría de que no perdiera la esperanza.

—Cómo estás?

De mala gana, esperando que sólo se trataran de imaginaciones suyas, Clancy abrió los ojos. Pero no eran imaginaciones suyas. Era Mitch. Había regresado. Igual que el día anterior. Igual que todos los días.

¿Por qué no la dejaría en paz? ¿Acaso no tenía una casa donde ir?

Se encogió de hombros en respuesta a la pregunta.

—Igual.

—No te ha dicho nada nuevo el doctor?

¿Qué podía decir el hombre? Kleinschen siempre seguía la misma rutina. Revisaba las anotaciones de las enfermeras, le preguntaba cómo se sentía y deslizaba aquel maldito escalpelo sobre el empeine de sus pies. El escalpelo que no podía sentir.

—No hay nada nuevo que decir.

En la habitación no estaba la bandeja de la comida, y Mitch solía llegar antes de que se la llevaran.

—Has comido?

A Clancy no le agradaba que la tratara como si fuera una niña, que se entrometiera a diario en su vida. Se ensombreció su mirada, pero permaneció en silencio.

Mitch lo tomó por una negativa.

—Acaso hemos vuelto a la casilla de salida?

—Ni siquiera existe esa casilla.

Mitch la miró fijamente, como si esperase una confesión. Probablemente ése era el modo en que interrogaba a un sospechoso.

—Sí, he comido. ¿Satisfecho?

Había tragado la comida sin ganas, pues no le veía ningún sentido. No le veía ningún sentido a nada.

—Estaré satisfecho cuando te vea caminar.

Clancy dejó escapar una suave carcajada carente de alegría.

—Entonces seremos dos.

Mitch no acababa de acostumbrarse a su cambio de personalidad. Otras personas podían rendirse a la depresión, pero Clancy, no. Era una mujer tan optimista, tan llena de vida.., la personificación de la esperanza.

Ahora sacarle información era más difícil que sacarle una muela a un tigre.

—Bueno, ¿esa mujer...?

—Melody —le interrumpió Clancy, irritada.

¿Por qué no podía recordar Mitch un simple nombre? ¿Y por qué no podía ella completar una simple acción? ¿Por qué no podía levantar una pierna cuando quería? Se sintió asaltada por la frustración.

—Melody —repitió Mitch para complacerla, aunque el nombrecito le parecía más apropiado para una animadora social de un crucero—. ¿Tenía Melody algún ejercicio nuevo para ti?

—Por qué iba a tenerlo? Los viejos no han producido ningún resultado todavía.

¿Para qué contarle que Melody y otro fisioterapeuta la habían sacado de la cama? Sosteniéndola entre los dos, intentaron que apoyara un poco de peso en los pies. Y sólo consiguieron que se derrumbara Contra ellos.

Mitch aceptó su respuesta cortante con una paciencia que aumentó su irritación.

—El médico te dijo que estas cosas llevan tiempo.

—Que demonios iba a decirme? ¿Lo siento pero serás una inválida durante el resto de tu vida?

Clancy enmudeció antes de que sus palabras se convirtieran en un

sollozo, el sollozo que llevaba refrenando todo el día. Estaba harta de mostrarse animada, de fingir.

Mitch percibió que se le quebraba la voz y sintió un poderoso impulso de abrazarla, de Consolarla de alguna manera, de arreglar las cosas. Pero no podía abrazarla, no podía resucitar lo que había existido una vez. Tan sólo contaba con su determinación Obstinada y se valdría de ella para seguir adelante.

—Yo creo que el médico te dice eso porque existe realmente una posibilidad de que te recuperes —afirmó en tono rotundo y convincente—. Una buena posibilidad. Siempre y cuando no te quedes en esta maldita cama compadeciéndote a ti misma.

—No me prives de mi única diversión, Mitch —replicó Clancy, cada sílaba rebosando sarcasmo—. Es lo único que me queda.

—No es verdad. Puedes hacer muchas cosas.

—Por alguna razón, practicar los pasos de los bailes de moda no me parece una opción viable.

—Por qué no reconduces toda tu rabia hacia las piernas?

—Lo siento, pero parece que se ha roto la conexión.

Mitch se inclinó sobre la cama y pulsó un botón. La cabecera de la cama comenzó a elevarse, incorporando a Clancy.

—No se ha roto, sino que ha dejado de funcionar temporalmente. Hay una diferencia. Y, aún en el caso de que no vuelvas a caminar, serás una inválida sólo si mutilas tu espíritu con apatía, Clancy. No puedes renunciar a la esperanza.

Quizás habría creído aquellas palabras en otro tiempo, antes de hallarse en aquella habitación afrontando un negro futuro.

—Eso es un montón de basura.

A Mitch casi le hizo gracia que Clancy hubiera replicado igual que podría haberlo hecho él. Estaba Utilizando los mismos trucos que habría utilizado Clancy. Le asombraba lo bien que podía recordar todas las facetas de su personalidad, los recuerdos que parecían graba dos en su memoria de manera indeleble.

—De acuerdo, vamos a cambiar las posiciones por un momento. Supongamos que yo es tuviera ahí en la cama, en tu lugar. ¿Qué me dirías?

Desconcertada Clancy no sabía qué responder.

—Qué me dirías? —insistió Mitch, decidido a no soltar la presa ahora que había picado el anzuelo.

Clancy bajó la mirada hacia la cama.

—Que lo sentía —dijo en un susurro apenas audible—. Que lo sentía muchísimo

Mitch la observó fijamente, esperando.

--Y eso es todo? ¿Te marcharías, dejándome en el fondo de un agujero negro emocional? ¿Lo harías?

Clancy alzó la barbilla, lanzándole una mi zuda fulminante

—Sería distinto —afirmó.

Poquito a poco, se dijo Mitch. Poquito a poco. La otra Clancy estaba ahí, en alguna parte. Tan sólo tenía que sacarla a flote.

—Por qué? ¿Acaso porque sabrías algo que yo no sé?

Mitch estaba agobiándola, pidiéndole algo que no podía hacer. Sencillamente, no podía. Era imposible que volviera a tener el entusiasmo que le había robado el accidente. Tan sólo le quedaban ánimos para mostrarse esperanzada ante sus amistades. Pero Mitch no era un amigo. Había dejado de serlo el día que re anunció a ella, a lo que podían haber tenido.

—No.

Era la respuesta que necesitaba Mitch.

—O acaso porque pensarías que, de alguna manera, podría caminar de nuevo si me esforzaba lo necesario? Mira, no debes olvidar que tu vida no concluyó con el accidente.

—A mí me parece que sí.

—Pues a mí me parece que todo esto constituye un desafío. Un desafió imponente, ¿pero qué otra alternativa tienes? Resignarte a morir?

Morir era precisamente lo que quería. Sería más cómodo que soportar aquel tormento continuo.

Clancy alzó la mirada hacia Mitch.

—Ya que has cambiado los papeles, ¿qué ha rías tú en mi lugar?

Por su expresión, Clancy suponía que le había cazado. Estaba equivocad

—Lucharía —respondió Mitch, recordando todos los obstáculos que había Superado a lo largo de la vida—. Siempre he luchado.

Su tono tenía algo que pedía ser explorado, pero Clancy estaba demasiado cansada.

—Tal vez yo no sea tan valiente como tú.

—Sí que lo eres, Clancy. Quizás más.

Mitch era como un dolor irritante. ¿No es taba sufriendo ya bastante con lo que tenía?

—Por qué me haces esto, Mitch?

—Cuántas veces vas a preguntármelo Sencillamente, acepta el hecho de que esté aquí. Las cosas suceden y no siempre por una razón.

Clancy lo sabía muy bien, pero Mitch no era hombre que hiciera las cosas por capricho

De eso estaba segura.

—Si lo haces por alguna clase de penitencia o algo parecido, por expiar lo que piensas que me hiciste, olvídalo —dijo Clancy, haciendo un ademán con la mano—O Te absuelvo. Vete a casa y déjame en paz.

Entonces se aferró a una de sus piernas para impulsarse y volverse, pero Mitch apoyó con suavidad la mano en uno de sus brazos y la de tuvo.

—Te he traído una cosa.

Clancy miró a Mitch y, por primera vez, advirtió que tenía una bolsa de papel muy amigada.

— No me has oído? —gritó—. He dicho que te vayas.

—Te he oído, Clancy. Oigo mucho mejor de lo que piensas.

Clancy suspiró y se recostó sobre la almohada. Jamás había conocido a nadie tan cabezota como él.

Mitch sacó de la bolsa dos libros muy manoseados y los miró con ojo crítico.

—Están un poco viejos.

Había ido con McAffee a una tienda de libros usados en las afueras de Hollywood para investigar un robo. Estaban haciendo preguntas al dueño cuando los vio juntos sobre una mesa y, antes de marcharse, los compró para Clancy.

—Pensé que te sentaría bien leerlos y ver cómo afrontaba otra gente los cor

Clancy tomó los libros y leyó los títulos. Obviamente habían pasado por muchas manos antes de llegar allí. ¿Habrían sido de Mitch? No podía imaginárselo leyendo libros como esos Eran una biografía de Franklin Delano Roosevelt y una autobiografía de Helen Keller. Sorprendida por la elección de Mitch, alzó la mirada hacia él.

—Sencillamente, pensé que podría interesarte considerar los logros de dos «inútiles».

Clancy se sintió avergonzada y se sonrojó, llena de irritación. ¿Cómo se atrevía?

—No tienes ningún derecho a echarme un sermón.

Mitch se inclinó sobre la cama, borrando el resto del mundo con su poderosa presencia.

—Haré cualquier cosa que esté en mi mano para enfadarte.

Mitch ciertamente consideraba la irritación mejor que la apatía. La apatía chupaba el ánimo y te dejaba muerto, y no iba a permitir que eso le sucediera a Clancy. No mientras pudiera hacer algo para evitarlo.

Clancy dejó los libros en un extremo de la mesita.

—Los leeré más tarde.

No era una promesa. Clancy lo decía sólo para complacerlo. Mitch

podía adivinar sus pensamientos

—No dejes de hacerlo.

Una vez resuelto el asunto, Mitch se con centró en el principal motivo de su visita.

—Bueno, manos a la obra.

Clancy dejó caer los brazos sobre la cama.

—Mitch, es inútil.

—Clancy, nada que digas me hará cambiar de opinión.

Clancy musitó entre dientes algo ininteligible cuando Mitch apartó las sábanas. Su mejor amiga, Cynthia, le había traído de su apartamento, sus pijamas y artículos de tocador, con la esperanza de que los objetos familiares le hicieran sentirse mejor. Y lo habían conseguido, en una pequeña fracción.

Clancy llevaba un pijama rosa a tono con la mujer que había conocido Mitch. Los pantalones eran cortos, suaves y sugerentes, como había sido ella en otro tiempo. Mitch procuró ignorar los recuerdos.

Tan pronto como le asignaron a la fisioterapeuta, Mitch le había hecho mil preguntas a Clancy acerca de sus métodos. Ignorando sus protestas, Mitch había repetido los ejercicios, pensando que, si dos sesiones eran buenas, tres serían mejor.

Mitch comenzó a trabajar con empeño en sus músculos, esperando alguna reacción. En parte compartía la frustración de Clancy, aun que no se lo dejaría saber por nada del mundo. La paciencia era la clave para que Clancy se sobrepusiera a su condición.

Clancy observaba las manos fuertes de Mitch moviéndose lentamente sobre los músculos de sus piernas insensibles. Se agitó un vago recuerdo. Una vez había amado la sensación de aquellas manos, la calidez de sus caricias. Ahora, igual podría haber estado acariciando la mesa metálica o el colchón de la cama. No sentía nada. Y deseaba sentir desesperadamente!

Mitch percibía la desolación creciente en sus ojos. No se le daba nada bien iniciar una conversación, pero sabía que debía decir algo. Si no lo hacía, quizás Clancy estallaría en llanto en cualquier momento.

—Bueno, ¿entonces cuándo te sueltan?

El día anterior, después de la sesión con la fisioterapeuta, le había visitado un director de la asistencia social, armado con toda clase de formularios, folletos y alegres consejos. Clancy sólo se había enterado de la mitad, guardando los papeles en el cajón de la mesilla. No quería oír hablar ni una palabra más sobre organizaciones dedicadas a la asistencia. No quería más gente entrometiéndose en su vida.

—Mañana.

Aquélla era una noticia para Mitch.

—Quién te llevará a casa?

—Cynthia. Dijo que se quedaría una semana conmigo.

Buena cosa, pensó Mitch, pues no podía valerse por sí misma, al menos al principio. Y por el tiempo en que pudiera, se prometió a sí mismo, estaría caminando.

—Y después?

Clancy se encogió de hombros, observando los dedos de Mitch, que no habían dejado de darle masajes por un momento. ¿Por qué no podía sentir nada?

—Su marido no quiere que pase fuera de casa más allá de ese tiempo. De todas mane ras, me han dicho que vendrán a visitarme una enfermera y un fisioterapeuta dos o tres veces a la semana.

—Y el resto del tiempo?

—Me las arreglaré.

En otro tiempo Mitch lo habría creído, pero esta vez quería detalles. Clancy estaba demasiado abatida como para ocuparse de las cosas por sí misma.

—Has telefoneado a tus padres?

Clancy había hablado con ellos el segundo día, cuando estuvo segura de que no estallaría en llanto.

—Les dije que se había suspendido la boda.

--Y?

—Y nada. Les dije que estaría en contacto con ellos, que debía aclarar las cosas por mí misma.

En cierto modo era verdad, suponía Clancy. Sólo que debía aclarar más cosas de las que les había contado.

Mitch era reservado por naturaleza, pero Clancy nunca había sido así.

—No les hablaste del accidente?

—No.

No tenía sentido para Mitch. Clancy necesitaba ayuda, alguien que la cuidara.

—Por qué?

—Si se lo dijera, tomarían el primer vuelo a California. No quiero alterar su vida.

Mitch sabía que Clancy mantenía una buena relación con sus padres. Las historias que le había contado casi le hicieron anhelar la clase de vida familiar que había gozado Clancy. Pero no era hombre dado a anhelar nada.

—Por qué no dejas que decidan ellos?

Clancy sacudió la cabeza.

—No hay nada que decidir. Soy su única hija y, aunque los quiero con todo mi corazón, debo decir que me costó muchos esfuerzos que aceptaran mi independencia, que soy capaz de valerme por mí misma.

Por primera vez desde el accidente, Mitch vio una sonrisa genuina en sus labios.

—Me tuvieron cuando ya eran bastante mayores, y siempre fueron muy conscientes de que me sacaban treinta y cinco años de experiencia, una experiencia que deseaban darme en lugar de permitir que la adquiriera por mis propios medios.

Clancy miró a Mitch, preguntándose si podría comprender lo que es sentirse agobiada y a la vez amar a las personas que te agobian, pues lo hacían pensando que era lo mejor para ella.

—Si les contara lo del accidente, sería como volver a empezar de cero. Me absorberían, me llevarían a la India y me convertiría en una especie de apéndice de sus vidas.

Clancy no añadió la palabra «inútil», pero Mitch la oyó en su voz y asintió. Por tanto, no había perdido del todo su amor por la independencia. Buena señal. Además, le proporcionaba algo que podía trabajar.

—Tienes dinero para contratar a una enfermera?

El rostro de Clancy se ensombreció.

—Eso no es asunto tuyo. Nada de esto asunto tuyo.

—Esa es una frase que oigo todos los días.

Es algo que la gente suele decir a los polis con demasiada frecuencia.

---Y no piensas hacerlo en este caso y dejarme tranquila de una vez por todas?

—De momento, no.

Clancy suspiró profundamente No podía librarse de Mitch. Había perdido el control sobre todas las cosas. Apartó la mirada hacia la ventana. Sabía que daba al puerto, pero desde la cama sólo podía ver el cielo. Deseaba ver el mar, los barcos. Deseaba ser capaz de levantarse y asomarse a la ventana.

Deseaba recobrar su vida.

Hundió los puños sobre el colchón, intentando incorporarse para ver el puerto.

—Qué estás haciendo?

—Quiero ver si los barcos siguen ahí abajo.

Mitch alzó levemente la cabeza y miró por la ventana.

—Siguen ahí.

—Quiero verlo con mis propios ojos.

En su insistencia, Mitch percibió un brote de histeria. Apartó la

sábana y alzó a Clancy entre sus brazos. Le dio la sensación de que Clancy pertenecía a ese lugar entre sus brazos y enseguida apartó el pensamiento de su mente. Sin decir una palabra, se acercó a la ventana.

Los reflejos hicieron que Clancy entrelazara los brazos alrededor de su cuello, a pesar de que deseaba apartarse de él.

—No pretendía...

—Cállate, Clancy, y deja que alguien haga algo por ti.

Mitch estaba hartándose de tener que discutir por cada cosa que hacía. No pedía gratitud, pero sin duda podía vivir sin aquella batalla constante.

Clancy pestañeó, conteniendo las lágrimas, y contempló el panorama en silencio. Aquel día el mar estaba tranquilo y el puerto estaba moteado por los barcos de recreo.

Más que nada, añoraba otros tiempos, cuando tal vez hubiera tenido algún significado que Mitch la envolviera entre sus brazos.

Capítulo 6

E L SILENCIO que acogía cada uno de sus comentarios estaba comenzando a desquiciar los nervios a McAffee. Mitch no era hablador, pero nunca le había visto tan callado. Tal vez se debiera al maldito calor, pero a McAffee le irritaba más de lo habitual no contar con la confianza de Mitch.

—Mitch, sé que no eres dado a compartir tus problemas, ¿pero qué está consumiéndote?

Mitch frunció el ceño cuando miró a su compañero. Dobló por Rodeo Drive antes de responder.

—Qué te hace pensar que algo me consume?

—Por lo general gruñes cuando te hablo. Acabo de pasarme un cuarto de hora hablando y no has hecho un solo ruido.

—Tal vez estás convirtiéndote en un brillante conversador.

—Sólo faltaba que además empezaras a soltar chorradas.

—Sí, bueno, hasta los mejores las soltamos alguna vez.

Aquella mañana habían acudido a investigar otro robo en el que había desaparecido una obra de arte. Los periódicos habían bautizado al esquivo ladrón como el «Amante del Arte». El último robo había tenido lugar en la casa de un productor de cine que estaba de vacaciones. La sirvienta había notado que un Reming ton estaba sospechosamente ausente cuando fue a limpiar el polvo del marco. Mitch y McAffee habían tardado casi tres cuartos de hora en calmar a la pobre mujer.

El modus operandi era el mismo que en los otros dos robos: perro drogado, pintura robada y joyas ignoradas. McAffee no dejó de percibir la expresión extraña y pensativa de Mitch mientras examinaban el escenario del robo. Tenía la sensación de que Mitch sabía más de lo que decía, y este hecho le sacaba de quicio.

—Son los robos, ¿verdad?

—Sí, estoy pensando en ellos. Me pagan para que me preocupe de cosas de este tipo.

Mitch procedió a recontar lo que sabían, en busca de una pista que le condujera en una dirección distinta de la que le estaban llevándole los hechos.

—El tipo es muy listo. No tenemos ninguna pista. No hay huellas. Siempre se salta a la torera el sistema de seguridad, lo cual nos indica que es un experto en electrónica.

La afición favorita de su padre, pensó Mitch. A Sam Mitchell siempre le habían fascinado los avances tecnológicos.

—Es imposible localizar el dinero robado, y no hemos recibido

ninguna información que pueda llevarnos hasta los cuadros.

Mitch también sabía cómo funcionaba aquella parte de la historia. Sam utilizaba compradores que estuvieran fuera del país, y nunca el mismo dos veces.

—Crees que volverá a actuar?

Mitch pensó en su padre. Sam Mitchell era cauteloso, pero también vano. Nada le divertía más que burlar a las autoridades. Uno de sus recuerdos de la niñez más indelebles era la expresión orgullosa con que su padre acarició el contenedor donde se hallaba el producto del último robo.

Fue en aquel preciso momento cuando Mitch se había dado cuenta de que su padre no robaba sólo para «proporcionarles ropa y comida», como decía él. Lo hacía por la excitación que le producía robar.

—Sí, creo que volverá a las andadas —afirmó con expresión pensativa.

En la comisaría, sólo el capitán sabía que su padre había sido un ladrón profesional. No era una cosa que la gente proclamara a voz en grito.

Mitch pensó en LaRue. LaRue era de la clase de hombres que hace que te entren ganas de ducharte después de hablar con él, pero era un buen soplón. Vivía en las calles. Flacucho y nervioso, LaRuee tenía acceso a una red de información que tal vez podría dar a Mitch los detalles que necesitaba saber. Por un precio.

Había llegado el momento de pasar a la acción para ver si podía averiguar el paradero de su padre. Las últimas noticias que tenía le situaban en Florida, pero las cosas cambian. Nadie lo sabía mejor que él.

Poco podía ofrecer a LaRue, aparte de una descripción y los distintos alias que utilizaba. Y estaba seguro de que su padre habría utilizado otros alias nuevos en los últimos diez años.

Como era obvio que Mitch no iba a decir nada más sobre los robos de cuadros, McAffee le ofreció otro tema.

—Bueno, ¿y qué tal está ella?

Mitch lanzó una mirada de reojo a su compañero, el cual estaba sonriendo. Su propia expresión tomó peligrosa. Aquella mirada funcionaba con los sospechosos, pero a McAffee apenas le perturbó.

—Ella?

—La mujer que salvaste.

— Qué te hace pensar que lo sé?

—Maldita sea, Mitch, ¿nunca vas a ser un poco comunicativo?

Mitch le dedicó una mirada bastante sombría a modo de respuesta.

—Mi mujer te vio entrando a su habitación. Alicia es una de las enfermeras del hospital. Sólo te lo habré dicho media docena de veces. Y da la casualidad de que hace unos quince días le tocó por rotación trabajar en la tercera planta.

Desde que se enteró de que Mitch había sal vado a la mujer, Alicia no ahorraba detalles sobre el caso.

—Me dijo que la paciente está machacada.

—Ese es el término médico para definirlo?—preguntó Mitch.

McAffee suspiró.

—No, así es como lo digo yo. Alicia dice que la mujer...

-Clancy.

—Clancy —repitió McAffee, complacido de que Mitch le ofreciera aquella mínima información al menos—. Clancy sufre una depresión bastante sena. Lo que no acabo de entender es tu interés personal en el asunto.

—Pues sigue pensando en ello, socio.

—Hice algunas averiguaciones sobre tu último compañero de patrulla, ¿sabes? Pidió el traslado. Seguramente se debió a tu encanta dora personalidad.

El asomo de una sonrisa revoloteó en las facciones duras de Mitch.

—Seguramente.

—Puedo enterarme por otros medios, si no quieres contármelo.

—Por qué quieres saberlo? —preguntó Mitch, sin comprender el interés de McAffee en el asunto.

—No me gusta no saber las cosas. Alicia dice que por eso soy un buen poli.

Estaba de broma, pero Mitch percibió cierto deje de orgullo en su voz. McAffee era un buen policía en realidad, pero eso no implicaba que debiera contarle su vida.

—Tu mujer no pone el listón demasiado alto, ¿no te parece?

McAffee se encogió de hombros.

—Puede ser. Me pidió que te invitara a cenar. Otra vez.

No es que ninguno de los dos esperase que Mitch aceptara la invitación. Por aquel entonces, el ofrecimiento se había convertido en una mera formalidad con la que McAffee cumplía para complacer a su mujer y satisfacer su propio sentido de la camaradería.

Mitch dejó escapar una breve carcajada. Tal vez no hubiera nada de malo en reconocer su relación con Clancy, aunque sólo fuera asunto suyo.

—Salí con ella unas cuantas veces —explicó. Era un eufemismo, pero bastaría para satisfacer la curiosidad de McAffee.

—Doy por hecho que te refieres a Clancy, no a Alicia.

—Dalo por hecho. Por cierto, ¿no me dijiste que tu mujer era fisioterapeuta?

Aquella pregunta demostraba la atención que Mitch prestaba a sus palabras.

—No. El fisioterapeuta es mi cuñado.

Mitch asintió y se sumió en el silencio de nuevo. Consciente de que el tema estaba ce nado, McAffee comenzó a hablar de las posibilidades de los Dodgers de ganar la liga. Lo hacía más por distraerse que por conseguir una respuesta de su compañero.

Era extraño ver el hospital empequeñeciendo por el espejo retrovisor del coche de Cynthia.

Al respirar la primera bocanada de aire fresco, Clancy sintió que se desvanecía en parte, una parte muy pequeña, su agobiante depresión. No es que fuera optimista, pero hallarse fuera del hospital cambiaba ciertamente las cosas para mejor. Había comenzado a pensar que la habían enterrado en vida en el hospital, a pesar de la amabilidad de todo el mundo.

Escuchando a Cynthia hablar del suspenso de su hija Julie en matemáticas, casi podía olvidar que su vida había sufrido un cambio irreparable.

Casi.

Pero la silla de ruedas, que iba en el asiento trasero como un centinela de hierro, constituía un amargo recordatorio. Y el papel que le había dado la enfermera, detallando los días y las horas en que la visitarían los fisioterapeutas y enfermeras.

Su vida se convertiría en una procesión in terminable de personal médico. Hasta que dejaran de fingir que podía producirse un cambio.

Igual que había dejado de fingir Mitch.

No se había pasado a despedirse. Clancy es taba convencida de que se pasaría, y no dejó de estarlo hasta el momento en que se alejó del hospital en el coche azul de Cynthia.

Así era mejor. No necesitaba que Mitch se entrometiera en su vida, agitando viejos sentimientos de los que se había librado a costa de muchos esfuerzos.

Y, sin embargo...

Sin embargo, se había llevado una desilusión al verse abandonada una vez más. La misma desilusión que la había Consumido la primera vez que Mitch desapareció de su vida.

Ahora las cosas eran distintas, se recordó con amargura. Distintas

por completo.

La sensación de vacío comenzó a asaltarla otra vez, y Clancy procuró contenerla por el bien de Cynthia. Su amiga estaba haciendo todo lo que estaba en su mano, presentándole una Visión optimista del futuro; todavía no se había dado cuenta de que no existía ningún futuro para ella.

Apenas había parado el coche, cuando Cynthia ya estaba rodeándolo para sacar la silla de ruedas.

—Enseguida te instalaremos en la silla —prometió Cynthia, y entonces titubeó por un momento, sin saber exactamente cómo ayudar a Clancy a bajar del coche y acomodarse en la silla.

—Lo haré yo sola —dijo Clancy con voz cortante, arrepintiéndose de inmediato—. Lo siento. Estoy un poco mal humorada.

Cynthia tenía dos hijos y estaba más que acostumbrada a los cambios de humor bruscos y las disculpas. Asintió.

—Lo haremos entre las dos.

Ofreció las manos a Clancy, pero ésta se agarró a sus brazos y, haciendo un esfuerzo, consiguió acomodarse sobre la silla. Había sido mucho más fácil cuando subió al coche, asistida por un enfermero.

«Acostúmbrate, Clancy», se dijo a sí misma. «La vida será así de ahora en adelante».

Cynthia la empujó rápidamente hasta su apartamento, agradeciendo que viviera en la planta baja.

—Bueno, ya estamos aquí... en casa —afirmó sin necesidad, metiendo a Clancy en el apartamento.

Se volvió para cerrar la puerta y luego observó a su amiga. No era difícil adivinar sus pensamientos y le dio un apretón en el hombro para darle ánimos.

—Volver a casa después de pasar por un hospital siempre produce una sensación extraña—murmuró--. Cuando tuve a Julie, me sentí como una extraña en mi propia casa durante las primeras veinticuatro horas. Lo superarás.

—Seguro —dijo y, todavía avergonzada por sus arranques de mal humor, se sonrojó—. Oye, no me hace ninguna gracia apartarte de tu familia...

—Piensa que de alguna manera me has sal vado. Joe quería que hiciéramos una reforma completa del jardín de atrás aprovechando mis vacaciones. Ahora tendrá que hacerlo él solito.

Cynthia sonrió satisfecha. Iba a decir algo más, cuando llamaron a la puerta.

—Esperas alguna visita?

—No.

Cynthia miró a través de la mirilla.

—Es un policía.

Que Mitch no hubiera desaparecido de su vida le produjo alegría e irritación al mismo tiempo. Aunque quizás no fuera él.

—Es alto?

Cynthia asintió.

—El tipo es muy listo. No tenemos ninguna

—Pelo negro, un poco largo? Cynthia asintió de nuevo. Clancy suspiró. Era Mitch. Se vio asaltada por mil emociones diferentes.

—Cuerpo duro como una roca? ¿Facciones perfectas para el papel de hombre duro en una película?

Cynthia se apartó de la mirilla. Había un leve asomo de envidia en su mirada.

—Lo conoces.

Clancy asintió, manteniendo una expresión que no revelaba sus pensamientos.

—Sí, lo conozco.

-Enhorabuena. Eres una mujer afortunada.

Cynthia abrió la puerta. De haberlo conocido ella, se habría considerado pero que muy afortunada.

Mitch advirtió la presencia de la otra mujer sólo en un segundo plano. Observó que Clancy estaba sentada sobre la silla de ruedas como si ésta estuviera al rojo y la abrasara. Como de costumbre, pasó por alto cualquier clase de saludo.

—Sólo he pasado para ver si necesitabas alguna cosa.

Una pregunta cargada de significados, pensó Cynthia. Se inclinó hacia delante para atraer la atención de Mitch y extendió una mano.

—Hola, soy Cynthia Harris. Voy a pasar unos cuantos días con Clancy.

—Te ha mencionado alguna vez. Alexander Mitchell.

Sus modales eran concisos, profesionales, ni calurosos ni fríos. Estrechó la mano a Cynthia, pero tenía la mirada clavada en Clancy.

—Pasé por el hospital, pero ya te habías marchado.

—Y yo que pensaba que había sido una huida perfecta —dijo Clancy en tono sarcástico.

Si el venenoso comentario perturbó a Mitch, desde luego lo disimuló muy bien, pues permaneció impasible.

—Sólo quería asegurarme de que todo marchaba bien.

Clancy estaba dispuesta a estallar a la menor provocación.

—No, todo no marcha bien, pero eso ya lo sabes.

Percibió que Cynthia estaba mirándola con cara de asombro, pero no le importaba parecer una miserable petulante y compadecida de sí

misma. Tenía derecho. Nada encajaba en su vida.

—Y hoy no voy a hacer ningún ejercicio. Estoy demasiado cansada.

Tras unos segundos, suspiró y alzó la mirada hacia Cynthia.

—Lo siento. Este hombre tiene el efecto de sacar lo peor que hay en mí.

Mitch estaba acostumbrándose a los ataques de Clancy. Tal vez se los tuviera merecidos. Pero no iban a impedir que hiciera lo que debía.

—También he venido para hablar contigo de la semana que viene.

—La semana que viene? —repitió Clancy, sin comprender nada.

Mitch asintió, mirando a Cynthia.

—Cuando estés sola.

En aquel momento estaba sola, pensó Clancy, sintiendo un frío repentino.

—El tipo es muy listo. No tenemos ninguna

---Qué pasa con la semana que viene?

Lo que iba decir no era fácil. Y no sería nada sencillo para él hacer lo que se proponía. Era un ser solitario, acostumbrado a la compañía de la soledad. Compartir su espacio vi tal con Clancy sería muy complicado, pero era el precio que debía pagar por lo que había hecho.

—Pensé que traería unas cuantas pertenencias para quedarme contigo hasta que vuelvas a estar en pie.

Cynthia estaba bastante preocupada ante la perspectiva de dejar sola a Clancy. Eso solucionaría el problema. Posó una mano confortadora sobre el hombro de su amiga, haciendo un ademán hacia Mitch.

—A mí me parece una idea muy buena.

—Entonces, quédatelo.

—No sé qué diría mi marido, pero si yo estuviera en tu lugar...

—Bueno, no lo estás. Nadie lo está...

Clancy enmudeció. Estaba comportándose como una mujer que ella misma no podría so portar. Miró a su amiga con expresión suplicante.

—Mira, lo siento en el alma, Cynthia. Desde que tuve el accidente, me pongo como loca y me tiro al cuello de cualquiera...

—No hace falta que te disculpes. Bien sabe Dios que tienes derecho a ello.

Miró a Mitch. Si en su vida hubiera un hombre como aquel dispuesto a permanecer a su lado, desde luego, lo aceptaría. Pero tal vez hubiera en la historia detalles que no sabía.

—Debe decidir Clancy. Pero, si yo pudiera opinar sobre el asunto,

votaría a favor de tu proposición.

Cynthia era una mujer muy práctica. No podía comprender que Clancy rechazara una proposición tan conveniente para ella.

—Necesitas alguien que te cuide, al menos durante parte del día. Y, aunque sabes que me encantaría quedarme contigo más tiempo, entre el trabajo y la familia...

Clancy hizo un ademán con la mano para que su amiga se ahorrara el resto de las excusas. Cynthia no tenía ningún motivo para justificarse. Si iba a pasar unos días con ella, se debía tan sólo a su naturaleza extremadamente maternal. Además, su amiga no tenía la culpa de nada.

Ni Mitch, se recordó, aunque él pensara lo contrario. Era injusta descargando su amargura contra él.

Respiró profundamente.

—Mira, discutiremos el asunto al final de la semana, ¿de acuerdo? ¿Quién sabe? Tal vez por ese tiempo ya no habrá nada que discutir

Mitch le sostuvo la mirada.

—Tal vez —convino.

Pero ambos sabían que habría mucho que discutir.

Clancy se impulsó lentamente hasta llegar a la habitación de invitados. No era fácil maniobrar sobre la gruesa moqueta. Estaban saliéndole callos en la palma de las manos. Otro recordatorio de su lamentable situación

Volvió los pensamientos hacia Cynthia. Iba a echar de menos a su amiga. Mucho. La mujer se había valido de todos los medios para que estuviera distraída durante los últimos siete días, haciendo que fueran tolerables.

Clancy observó a su amiga, que estaba guardando la ropa en una maleta.

—Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho. Sé que no ha sido fácil para ti.

Cynthia esbozó una sonrisa.

—Oye, ¿para qué están las amigas? Sólo dime una cosa. Cuéntame la historia de ese ángel moreno y paternal y tú.

El ángel paternal. No era una mala descripción de Mitch. Se había pasado varias veces por el apartamento, Coincidiendo en un par de ocasiones con la fisioterapeuta. Y aprovechó ambas para freír a preguntas a la pobre mujer, almacenando información con la intención de utilizarla en el futuro. Intentó varias veces hacer ejercicios con Clancy, pero ésta se apoyó en su amiga para evitarlo en todas ellas. Aun así, el hombre no cejaba en sus empeños.

—Salimos hace un par de años.

«Salir» parecía una palabra demasiado suave como para aplicársela a ese hombre. Cynthia dudaba que los hombres como Mitch «salieran».

—Y permitiste que se fuera?

—Yo no tuve nada que ver en el asunto. Él desapareció. Visto y no visto.

Cynthia decidió que Clancy estaba callándose muchas cosas.

—Pues a mí me parece que ha cambiado de opinión.

Clancy sacudió la cabeza. Desde luego, no era tan estúpida como para hacerse ilusiones respecto a los motivos de Mitch.

—No, te equivocas. Lo único que pasa es que se siente culpable.

Cynthia opinaba de otra manera. Aquel hombre la miraba de una forma muy especial. Tal vez Clancy no fuera consciente de ello. Quizás ni siquiera Mitch lo fuera. Pero aun así, a ella le saltaba a la vista.

—Está aquí y la razón que le haya traído no importa.

—A mí sí que me importa. Yo no quiero su compasión ni su culpa. Yo esperaba de Mitch otra clase de emociones, cuando lo deseaba...

—Deseaba. ¿Tiempo pasado?

—Pero que muy pasado —afirmó Clancy, haciendo un ademán hacia la silla de ruedas que la tenía cautiva—. Mírame, Cynthia. No soy un gran partido que se diga.

—Bueno, aparte de la depresión galopante que sufres, la cual está plenamente justificada, en mi Opinión lo eres. Eres inteligente, divertida, amable.

Cynthia apoyó la mano sobre el hombro de Clancy.

—Y además, siempre me ha parecido que eres demasiado hermosa para el resto de nosotras.

Todo eso quizás fuera cierto en otro tiempo.

—No puedo caminar.

—De momento —replicó su amiga con voz firme.

—Acaso nunca.

Aun en ese caso, no sería una persona inferior, pensó Cynthia, deseando encontrar un modo de que su amiga aceptara al menos este hecho.

—Es curioso, pero cuando te conocí a nada presté menos atención que a tus piernas.

Cynthia se agachó para dar a Clancy un beso cariñoso en la mejilla.

—Reflexiona sobre ello, Clancy.

Sonó el timbre de la puerta y Cynthia asió la maleta.

—Esto parece un cambio de guardia —dijo, encaminándose hacia la puerta—. Ojalá pudiera quedarme más tiempo.

—Ya has hecho más de lo que debías.

—No te olvides de hacer los ejercicios.

Clancy iba a responder que no servían para nada, pero se contuvo.

—Mitch no lo permitiría.

—Bien por él.

Cynthia se detuvo antes de abrir la puerta y bajó la voz.

—Y, entre nosotras, en mi opinión no hay comparación posible entre Mitch y aquel cretino. Mitch le da mil vueltas.

Clancy no quería hablar de Stuart. Se había convertido en otra de las lecciones amargas de su vida. Y ya había tenido suficientes experiencias amargas como para llenar toda una vida.

Cynthia abrió la puerta justo cuando Mitch iba a llamar otra vez. El hombre llenó el umbral con su impresionante figura. Vestido de paisano, llevaba una-bolsa de viaje colgada de uno de sus anchos hombros. La bolsa, por su forma, sólo estaba a medio llenar. El hombre viajaba ligero de equipaje, pensó Cynthia en un romántico capricho.

—Mil vueltas —repitió, observando las curvas de los brazos musculosos.

A Mitch le dio la sensación de que había interrumpido una conversación.

—Cómo dices, Cynthia?

—No digo nada —replicó Cynthia, dirigiendo una sonrisa cómplice a su amiga—. Sólo estaba concluyendo un pensamiento. Cuídala, Mitch. Ahora mismo está insoportable, pero vale mucho. Nos veremos muy pronto, Clancy.

Después de dar a su amiga un cálido abrazo, Cynthia se marchó.

Ahora que estaba allí, Mitch se sentía incómodo. Durante la época de su relación, nunca hablaron de vivir juntos, ni de intercambiar llaves, ni de nada parecido. Aunque habían hecho el amor, Mitch no quería que Clancy se le metiera bajo la piel, en la cabeza.

Y ahora estaba trasladándose a su apartamento. Pero por un motivo muy diferente. Recordar este hecho ayudaba.

—Dejaré mis cosas en la habitación de invitados —dijo Mitch, encaminándose en esa dirección.

—Claro.

Clancy retrocedió en la silla de ruedas para dejarle paso.

Era una equivocación, pensaba. Una gran equivocación. Pero no tenía alternativa. No quería reconocerlo, pero tenía miedo, miedo de estar sola. Antes del accidente disfrutaba mucho de sus momentos de soledad, pero ahora amenazaba con devorarla. Cynthia había marcado la diferencia durante aquella última semana, con su parloteo y su talento para encontrar el lado divertido de todas las cosas. No había

conseguido que Clancy se sintiera mejor respecto a su condición, pero al menos había despertado en ella un tímido deseo de recobrar el control de su vida otra vez.

Y había mantenido a raya el lado oscuro de la vida.

Esta era la única razón por la que había aceptado la proposición de Mitch.

Y Mitch estaba en su apartamento. Otra realidad que quedaba fuera de su control.

Capítulo 7

HABÍA ESPERADO que fuera sencillo y no lo era, pensó Mitch, sacando un cartón de huevos de la nevera. La noche anterior, después de dejar las cosas en la habitación de

invitados, salió en busca de comida china, la favorita de Clancy. Una de las pocas cosas que tenían en común. Clancy apenas probó bocado. Si se debía a falta de apetito o a su presencia, Mitch no lo sabía. Tampoco preguntó. Resignado, tomó su propia cena y luego recogió la mesa. Cuando sugirió que hicieran unos cuantos ejercicios, Clancy dijo que estaba cansada.

Mitch no insistió para no agobiarla. Acaso Clancy también necesitaba su propio espacio, al menos aquella noche. Ambos tendrían que acostumbrarse a ciertas cosas, ella más que él.

Mitch rompió un huevo contra el borde de la sartén y yació el contenido en la misma. En aquel momento, preferiría estar sudando en el coche patrulla en lugar de allí, en el apartamento de Clancy.

Siempre había afrontado sus responsabilidades sin titubeos, pero estar solo con Clancy constituía una historia diferente.

Dejó caer en la sartén el último de cuatro huevos y guardó el cartón en la nevera, apenas consciente de lo que hacía.

No encontraba el modo de librarse de la tensión que aprisionaba su cuerpo. La noche anterior hizo todo lo que pudo para facilitar las cosas a ambos. Pero sus intenciones se desvanecieron como humo en el aire. Clancy y él eran como dos boxeadores rivales sobre el ring.

—Te apetece ver algún programa de la tele? O prefieres un vídeo? —le había sugerido.

Para Mitch, los programas de televisión eran algo que zumbaba de ruido de fondo en las casas de los demás. No tenía televisión ni la quería. La radio le procuraba todo el con tacto que deseaba mantener con el mundo exterior.

A Clancy siempre le había encantado hacerse un ovillo contra él sobre el sofá y ver alguna telecomedia banal, divirtiéndose de lo lindo con las tonterías, sin complicarse la

Pero la noche anterior Clancy no mostró el menor interés, limitándose a sacudir la cabeza.

—No, me voy a la cama.

Mitch arqueó las cejas, pensando en toda la logística que podría implicar la operación de acostarse. No había discutido el tema con Cynthia, y no sabía hasta qué punto necesita ría ayuda Clancy. Era un asunto delicado, pero debía afrontarlo de alguna manera. Se sentía tan cómodo como si acabara de ponerse unas mallas de ballet para salir al escenario en mitad de una representación de El Lago de los Cisnes.

Volvió la mirada hacia el dormitorio de Clancy.

--Nece…?

Clancy leyó sin dificultad sus pensamientos y lo interrumpió.

—No, no necesito ayuda.

Era muy importante para ella hacer alguna cosa por sí misma, sentir que todavía controlaba en parte su vida.

Como para demostrar su afirmación, Clancy se apoyó en los lados de la silla y se alzó levemente. Atleta innata que había destacado en los deportes en el colegio, siempre había poseído una fuerza considerable en la parte superior de su cuerpo.

Volvió a acomodarse sobre la silla. Habían instalado unas barras sobre su cama para ayudarle a levantarse y acostarse. La amargura una vez más se extendió sobre su rostro.

—La gente como yo también puede realizar las funciones más sencillas de la vida.

—La gente como tú —repitió Mitch, mas cando las palabras, pues había pocas cosas que le irritaran tanto como la compasión de uno mismo—. ¿Te refieres a la que se compadece a sí misma?

Clancy se sonrojó de rabia.

—Acaso no tengo derecho? Tú sólo estás. aquí porque te sientes culpable y me compadeces.

Mitch también se enfadó.

—Te compadezco, es cierto. Pero no por lo que tú crees. Me das lástima porque te compadeces a ti misma y no dejas de estallar en estúpidas rabietas cuando todo el mundo sólo intenta ayudarte. La gente que no se rinde no recibe compasión, sino admiración.

Majestuosa como una reina, Clancy irguió los hombros sobre la silla de ruedas.

—Has acabado ya?

Irritado por su propio arranque de indignación, Mitch se encogió de hombros.

—Sí. He acabado.

—Entonces me voy a la cama.

Clancy avanzó en dirección hacia su habitación, cuya puerta ciertamente no se había construido pensando en el paso de sillas de ruedas. Una de las ruedas chocó contra la pared. Mitch tuvo que contenerse para no acudir en su ayuda, y metió las manos en los bolsillos del pantalón, permaneciendo donde se hallaba. No le habían pasado desapercibidas las lágrimas que resbalaron por las mejillas y, desde luego, no le resultó nada fácil permanecer impasible.

Clancy deseaba valerse por sí misma, y aquel deseo no podía ser malo siempre que no se excediera en sus empeños.

Así las cosas, decidió ir a la habitación de invitados para ordenar sus escasas pertenencias. Iba a guardar la maquinilla de afeitar en el armarito vacío del botiquín cuando se le cayó de las manos al oír un golpe seco contra el suelo.

Salió disparado hacia la habitación de Clancy, donde habían hecho el amor, recordó a su pesar. Ella le dedicó una mirada acusa dora a modo de recibimiento.

—Se me ha caído un libro. ¿Creías que era yo?

Mitch no mordió el anzuelo.

—No. El golpe sonó demasiado ligero para que fueras tú —respondió, y se agachó para re coger el libro del suelo y devolvérselo a Clancy.

Entonces miró lentamente a su alrededor. Las cortinas eran azules. En otro tiempo habían sido grises y rosas. La colcha hacía juego con ellas, igual que la previa.

Pero el cuarto seguía oliendo igual. A Clancy. Un aroma cálido e invitador. Sensual. Olía a primavera, a frescura, y le evocaba el tiempo cuando hacían el amor apasionada mente. A base de grandes esfuerzo, Mitch apartó a un lado los recuerdos.

—Todo saldrá bien. Ya lo verás.

La promesa, surgida de la nada, sorprendió a Clancy, que bajó la guardia por unos momentos.

— Tú crees?

—Sí.

Antes de que pudiera contenerse, Mitch se aproximó a Clancy y posó una mano sobre las suyas.

—Me lo garantizas por escrito? —preguntó, mirando la mano fuerte y viril.

Mitch miró el libro que había recogido del suelo. Se trataba de la autobiografía de Helen Keller que le había regalado.

—Limítate a leer el libro.

Mitch se dio la vuelta para marcharse.

—Sabes...

Clancy pronunció la palabra en un tono apenas audible. Mitch volvió la cabeza, sin saber a ciencia cierta si le había hablado Clancy o no.

—Cuando era pequeña, mis padres pasaron unos cuantos años en la embajada de Alemania. En los alrededores había un parque al que me llevaban siempre que se lo permitían sus obligaciones.

Recordando, Clancy había esbozado una sonrisa que cautivó por completo a Mitch, el cual procuró mantener a raya las emociones.

—Me encantaba buscar dientes de león. Los soplaba, pidiendo un

deseo. Y entonces, veía como esparcía la brisa sus pedacitos. Ahora, cuando miró un diente de león, sólo veo un hierbajo.

La sonrisa de Clancy se había desvanecido.

—Es un hierbajo —afirmó Mitch.

—Sí —convino Clancy con tristeza—. Lo sé. No existe la magia.

Mitch, impulsado por algo que sin duda era estúpido, volvió junto a Clancy. Muy rara vez hacía estupideces, pero esta vez la haría, por que Clancy parecía muy perdida y no quería verla así.

Por tanto se inclinó ante ella y, envolviendo su barbilla con una de las manos, le rozó los labios con los suyos propios. Con infinita delicadeza, procurando no recordar la pasión que había vibrado entre ellos en otros tiempos.

Lo procuró y fracasó.

—No necesitas ninguna magia, Clancy. Sólo determinación.

Mitch había retrocedido. Seguía vivo lo que había sentido siempre que la estrechó entre sus brazos, siempre que la besó. Tal vez estuviera enterrado, pero no muerto.

—Buenas noches, Clancy.

Y ella se había limitado a asentir. Pero, cuando Mitch cerró la puerta, también había suspirado.

—Te equivocas, Mitch. Necesito la magia. La necesito de verdad.

Y Mitch había oído sus palabras desde el pasillo.

El aroma a café recién hecho que flotaba en el aire sacó a Clancy del sueño. Desorientada, tardó un momento en situarse. En recordar.

Cynthia se había marchado. Mitch ocupaba su lugar.

Mitch.

Le asaltó una oleada de calor al recordar la pasada noche. Por un segundo, se convirtió en un campo de batalla de emociones contra puestas. Y entonces, con deliberación, se libró de todos los sentimientos que intentaban asentarse en su interior.

Se pasó una mano entre el cabello, ordenando sus pensamientos. Se concentró, procurando recordar qué día era. Lunes. Había pro metido llamar a su madre aquel día. Eso implicaba que tendría que mostrarse alegre. Ya comenzó a temer la farsa.

Clancy estaba esforzándose en el proceso de acomodarse en la silla, cuando llamaron suavemente a la puerta. Se puso tensa de inmediato.

—Sí?

Tenía la mirada puesta en el picaporte cuando éste giró lentamente.

Mitch, ya vestido de uniforme, se asomó a la habitación. Había

oído los movimientos de Clancy, dándole unos cuantos minutos para levantarse. Cuando saltó la tostada en el tostador, decidió que era hora de ir a buscarla.

—El desayuno está preparado.

Antes del accidente, Clancy siempre se levantaba con hambre. Ya no tenía apetito, sólo un agujero que parecía imposible de llenar.

---Cocinas?

—Cocino.

No podía imaginarse a Mitch ante una cocina. En los meses que habían estado juntos, siempre se encargó ella de cocinar. Y, cuando no lo hacía, salían a comer fuera. Mitch nunca la llevó a su apartamento. Era como si se hubiera metido en su mundo y ella no pudiera meterse en el suyo. Aquel asunto le había molestado en su momento, pero era algo que su puso que solucionarían a la larga.

Se había equivocado.

Clancy se encogió de hombros, acomodándose sobre la silla de ruedas.

—Supongo que puedo arriesgarme.

Antes de que pudiera decir nada para detenerlo, Mitch la rodeó y la sacó de la habitación para llevarla a la cocina. Clancy se tragó la protesta que de inmediato brotó en sus labios. Aquél sería el primer día que estaría sola. A lo mejor no estaría de más que ahorrase las fuerzas.

Volvió la cabeza para mirar a Mitch.

—Después de todo, ¿qué podría salir mal?

Mitch dejó escapar un leve gruñido, dejándola frente a la mesita de la cocina.

—Eso depende de cómo te gusten los huevos.

-Fritos.

—Pues los he hecho revueltos.

Mitch lo dijo con excesiva solemnidad, y Clancy sintió que se formaba una sonrisa en sus labios.

—Los revueltos son mis segundos favoritos.

Mitch no dejó de percibir el asomo de su sonrisa y sintió una satisfacción sorprendente.

—Muy bien.

Clancy observó la mesa. Mitch había dispuesto lo necesario para dos desayunos. Nada especial. Sencillamente, bien ordenado. Como el hombre.

Mitch sirvió el café.

—Sigues tomándolo solo?

Clancy asintió. Así que Mitch se acordaba también de eso.

—Mitch. No tienes que hacer todo esto...

—Claro que sí —replicó Mitch, añadiendo unas gotas de leche a su propia taza—. Beber el café sin taza supondría una fastidiosa complicación.

—Me refiero a que te quedes aquí.

—Se te ocurre alguna alternativa mejor?

Clancy miró la taza y vio su imagen distorsionada en la superficie del líquido oscuro. Así se sentía. Distorsionada.

—No.

—Entonces, olvidemos el asunto. Además, me conoces bien y debías saber que nunca ha ría nada que no quisiera hacer.

Eso estaba muy claro. Cuando la abandonó por primera vez, ni siquiera le dio la oportunidad de discutir el asunto como es debido.

—Sí, lo sé. Aun así, no tienes que quedarte.

Para romper el incómodo silencio, buscó algún tema del que hablar. Mitch se iría muy pronto.

—Los huevos tienen muy buena pinta. No sabía que cocinaras.

Mitch había aprendido las cosas básicas para sobrevivir por sus propios medios. Por tanto, sabía cocinar, coser, lavar los jerséis sin que encogieran, y estar solo.

No tenía demasiado apetito, pero dio cuenta de su desayuno por el bien de Clancy.

—Vivo solo, y comer fuera todos los días llega a hartar a cualquiera. Y además, es caro.

No se había imaginado a Mitch con otra mujer. Era agradable haber acertado en algo.

—No te has comprometido con nadie aún?

¿Aún? Nunca lo haría. Se encogió de hombros, apartando a un lado su plato.

—No me agrada tener que preocuparme por otra persona.

Clancy lo miró fijamente. Por un momento, la curiosidad se sobrepuso a la apatía.

—Por eso me dejaste?

Mitch no le había explicado nunca la verdadera razón ni tenía intención de ofrecérsela en aquel momento. Se puso en pie.

—Ahora tengo que marcharme. Volveré al rededor de las cinco.

Si puedo evitar la elaboración de algún in forme engorroso, pensó, recordando a Mitch y el debut teatral de su hija en el papel de nabo. Sacó una tarjeta de un bolsillo de la chaqueta y garabateó un número a toda prisa.

—Si necesitas algo, puedes localizarme en este teléfono. Pregunta por mí. Sara te pondrá en contacto conmigo.

—Sara? —repitió Clancy de manera refleja.

—La telefonista.

Mitch asió la pistolera que había dejado sobre la nevera y se la abrochó a la cintura. Clancy estaba observando sus movimientos y despertó otro recuerdo. Cierta mañana al amanecer, intentando ponerse el uniforme sin despertarla, porque sabía que, si la despertaba, no querría marcharse de su habitación. Clancy se despertó y le sedujo para que volviera a la cama. Más tarde lo había observado como una gata satisfecha mientras se vestía.

—Le falta un alío para jubilarse —prosiguió, describiendo a Sara —. Tiene el pelo gris.

Clancy se encogió de hombros, moviendo los huevos revueltos alrededor del plato. Estaban buenos, pero no tenía apetito.

—No te he preguntado nada.

Mitch tomó el tenedor de sus manos y lo llevó a sus labios, como si estuviera dando de comer a un crío. Tras un momento, Clancy abrió la boca y le metió la comida en la boca.

—Tu mirada sí que estaba preguntándome.

Cuando Mitch estaba cargando el tenedor por segunda vez, Clancy se lo arrebató y, de mala gana, tragó el bocado.

— Y cómo es que ahora puedes leer mi mirada y antes no?

Clancy parecía decidida a sacar el tema, pero Mitch no estaba dispuesto a seguirle la corriente.

—Aquí hay mejor luz.

Clancy tomó un tercer bocado y dejó el tenedor sobre el plato. Mitch seguía tan evasivo como siempre.

Entonces, ¿por qué estaba en su apartamento, haciendo el papel de ángel paternal, como le había descrito Cynthia? No tenía sentido.

Pero pocas cosas relacionadas con Mitch lo tenían.

Clancy asió la tarjeta, curvando los dedos sobre ella como si fuera un talismán que podía protegerla.

Tenía miedo, pensó Mitch, metiendo los platos sucios en el lavavajillas. Miedo de que darse sola.

—Podría pedir la baja por enfermedad —observó con parsimonia.

La oferta sorprendió a Clancy. ¿Hasta qué punto llegaba la culpabilidad de Mitch? Hasta un punto muy alto, si estaba proponiéndole descuidar su trabajo, algo sagrado para él. Pero ése. era su problema. Ella ya tenía bastante con lo que tenía. Sin embargo, no quería que se quedara porque lo considerase una obligación.

— Y mañana? —preguntó acaloradamente_. Y pasado mañana? ¿Vas a convertirme en tu preocupación a jornada completa, Mitch?

Mitch percibió la amargura que empapaba sus palabras.

—No. Tan sólo pensé que podrías venirte bien un poco de apoyo moral.

—Lo que quiero —le gritó, y entonces bajó la voz para evitar que le oyeran los vecinos—, es volver a caminar.

La angustia de Clancy era conmovedora. Mitch le dio un apretón en la mano.

-Caminarás, Clancy. Caminarás.

Lo dijo con tanta pasión que casi convenció a Clancy. Casi.

—Pensaba que no creías en milagros.

Mitch dejó caer la mano.

—Y no creo. Creo sólo en los hechos. ¿Quie res que traiga algún video cuando vuelva?

Clancy iba a darle una réplica hiriente y se contuvo. Por alguna razón, Mitch estaba in tentando darle ánimos, y no se merecía que siguiera gritándole.

—No —susurró—. Me basta con que vuelvas.

El cambio de tono sorprendió a Mitch, que ya no sabía qué hacer para levantarle los ánimos.

—Acaba tu desayuno, vamos. Sabes que debes ponerte fuerte.

Clancy se miró las piernas.

—Sí, lo sé —afirmó con tristeza.

Mitch sin proponérselo le acarició la mejilla por un momento fugaz y luego se volvió hacia la puerta.

—Mitch...

—Sí? —preguntó él, dando media vuelta.

Clancy se apartó de la mesa y avanzó hacia él.

-Si te pidiera que hicieras algo, lo harías?

—Depende.

Así era Mitch. Siempre cauteloso. Otra persona tal vez se habría comprometido sin saber a lo que estaba comprometiéndose. Mitch, no.

Clancy procuró no pensar en lo que iba a pedirle. Sólo sabía que lo necesitaba.

—Me besarías antes de marcharte? —preguntó, titubeando—. Para darme buena suerte.

Mitch no respondió, agachándose para ponerse a su altura. Posó la palma de la mano en una de sus mejillas, con la intención de rozarle meramente los labios, igual que la noche anterior.

Pero esta vez el beso no fue tan breve ni inocente. Esta vez surgieron las emociones dormidas durante tanto tiempo.

Por ambas partes.

Y fue un beso inquietante más que tranquilizador.

Mitch enredó los dedos entre su cabello cuando el beso se tomó

más tórrido. Clancy sabía exactamente igual que dos años atrás, cuando compartían noches de pasión.

Exactamente igual que lo recordaba. Clancy todavía tenía poder para robarle el aliento. El aliento y la cabeza. Se sentía perdido con ella, igual que antes.

Si tan sólo...

No podía seguir por aquel camino. Cuando la dejó, sabía perfectamente lo que hacía. Y ahora estaba a su lado para ayudarla. Nada más. No podía permitir que las emociones complicaran el asunto.

Clancy se dio cuenta de que no estaba muerta por completo. No cuando Mitch hacía que brotara fuego en su interior, que le diera vueltas la cabeza.

Todavía deseaba a Mitch. Pero él no le correspondía; sólo sentía compasión, nada más.

Mitch levantó la cabeza para no ahogarse por completo en el beso. Buscó apoyo en un latera! de la silla de ruedas, pues lo necesitaba, y miró fijamente a Clancy.

—No pierdas el teléfono —dijo Mitch, tocando la tarjeta que Clancy tenía aún en la mano.

—No lo necesitaré —replicó Clancy.

Estaba decidida a valerse por sí misma, aunque el corazón le palpitaba desbocado. No quería que Mitch se convirtiera en una necesidad para ella.

Mitch advirtió el brillo tenaz de sus ojos y asintió.

—Por si acaso -dijo.

Y entonces se marchó a toda prisa, antes de que no fuera capaz de hacerlo.

Capítulo 8

L A SOLEDAD hizo su aparición tan pronto como Mitch cerró la puerta, flotando a través del apartamento como un fantasma desorientado. Y la frustración enseguida siguió sus pasos.

La fisioterapeuta telefoneó a las diez para aplazar la sesión hasta el día siguiente. Clancy se sintió desolada, pues anhelaba la presencia de otro ser humano. En el hospital, a pesar de la sensación de encierro deprimente, la habitación era un centro de actividad, con gente entrando y saliendo constantemente. Médicos, enfermeras, amigos.

Mitch.

Y durante la primera semana en casa, Cynthia no se había separado de ella por un momento.

Ahora debía afrontar interminables horas de soledad. Sólo le acompañaban las voces de la televisión, aunque todavía no sentía suficiente interés como para ponerse a ver ningún programa. Al menos, el ruido de fondo impedía que se sintiera completamente sola.

Cuando sonó el teléfono y oyó la voz de la fisioterapeuta, se llevó un buen chasco, pues albergaba la esperanza de que fuera Mitch. Una estupidez. ¿Para qué iba a llamarla? Mitch actuaba conforme a una estricta lógica. No comprendería la necesidad de oír una voz humana.

El no sentía dicha necesidad. Aun así, Clancy no pudo dejar de albergar esperanzas.

Esperanzas. Clancy colgó el teléfono y alzó la mirada hacia el techo. Dejó escapar un sus piro que resonó en la habitación. Mitch había conseguido despertar sus esperanzas, aunque fueran mínimas.

Era como si con el beso hubiera despertado a la Bella Durmiente.

Las manos sobre las ruedas, se impulsó y se metió en el cuarto de baño. Al pasar vio su reflejo en el espejo.

—Menuda belleza —murmuró desolada.

En su mayor parte las contusiones habían desaparecido, aunque todavía tenía una leve en la mejilla derecha, y una ligera hinchazón sobre uno de los ojos.

Clancy se agitó, sintiendo un tímido brote de vanidad. Con aquel aspecto no seduciría ni a un ciego. Nunca fue mujer que se preocupara excesivamente de arreglarse, pero siempre había procurado presentar una imagen atractiva.

—No está aquí por tu aspecto —criticó en voz alta a la mujer del espejo.

Alexander Mitchell estaba allí sólo porque se sentía culpable. Si le guiara otra razón, habría vuelto a su lado antes del accidente.

Tal vez a Mitch no le importara su aspecto, pero a ella, sí. Se pasó los dedos entre el cabello. Cynthia le había lavado la cabeza el sábado,

pero ya comenzaba a sentirse sucia. ¿Cómo se las arreglaría para lavarse la cabeza por sí misma?

Dios, existían tantas pequeñas cosas que siempre había dado por hechas, pensó Clancy, procurando mantener a raya la desesperación. Tantas pequeñas cosas que ahora quedaban fuera de su alcance.

Apretó los labios, decidida a salir adelante, y se recogió el pelo en una coleta.

Clancy volvió a mirarse en el espejo. Era un pequeño triunfo, pero un triunfo al fin y al cabo. Estaba felicitándose cuando llegó la enfermera.

La mujer alta y delgada rechazó el café que le ofreció, le tomó el pulso y la tensión, repasó con ella unos pocos asuntos, le dio una palmadita en el hombro y se marchó. La visita duró un total de veinte minutos, desde la entrada hasta la salida de la enfermera.

Otra vez sola.

Clancy se quedó mirando el teléfono, deseando que sonara.

Mitch no podía recordar un día tan largo. No dejaba de distraerse, pero existía una buena razón para ello. Nunca había dependido nadie de él. Nunca lo había esperado nadie en casa. Aquello alteraba su percepción de todas las cosas.

Elijo en que se había metido ya comenzaba a complicarlo todo. Saber que Clancy estaba esperándolo, que lo necesitaba; se interponía en su camino constantemente. Sólo reafirmaba lo que pensaba desde el principio.

No se había equivocado al negarse a considerar la posibilidad de establecer una relación duradera con Clancy. Habría supuesto un estorbo en su forma de actuar. Sólo lo hacía mejor.

—Estás bien?

McAffee observó el perfil rígido de su compañero mientras hacían la ruta habitual, atravesando la zona de Beverly Hills. Mitch tenía un músculo en la mejilla que parecía poseer vida propia, tensándose y relajándose sin previo aviso.

—Por qué?

Mitch ladró la pregunta. Que no dijera «claro» convenció a McAffe de que seguía una buena pista.

—Pareces, no sé, nervioso.

Mitch se encogió de hombros, explicándose con una sola palabra.

—Calor.

McAffee esbozó una breve sonrisa.

—De quién?

Mitch dedicó a su compañero una mirada asesina, ordenándole en

silencio que se callara. McAffee sintió un pequeño escalofrío, pero su curiosidad era superior a todas las cosas.

—Te oí hablando con Sara esta mañana.

Mitch frunció el ceño. Había pensado que McAffee estaba en el vestíbulo. Debió comprobarlo primero.

—Desde cuándo entra dentro de tus obligaciones oír a escondidas las conversaciones ajenas?

—Desde que descubrí que mi compañero de patrulla me oculta algo.

Al oír las palabras de McAffee, Mitch pensó en su padre. Todavía no le había hablado de sus sospechas a McAffee, aunque ya había lanzado sondas a través de LaRue. Y tenía resultados. Sam Mitchell había sido visto en el sur de California, aunque no en la zona de Beverly Hills específicamente.

Pero nadie conocía su paradero. Ninguno de sus antiguos compradores tenía la menor idea. Y, si la tenían, no soltaban prenda.

Por su forma de hablar, McAffee debía saber algo acerca de sus investigaciones priva das. Mitch decidió hacerse el tonto.

—Qué quieres decir? —preguntó a McAffee.

—Que estás viendo a una mujer. Dijiste a Sara que te pusiera en contacto con ella si telefoneaba. Nunca pensé que viviría para verlo.

McAffee se recostó en el asiento, una son risa maliciosa y satisfecha pegada en la cara.

—No tientes tu suerte respecto a la parte referente a tu vida —replicó Mitch, frotándose la nuca—. No estoy viendo a nadie.

Eso no se lo creía ni él, pensó McAffee. ¿Por qué le costaría tanto a Mitch reconocer que era humano, como todo el mundo? Lo miró con expresión inocente.

—Entonces, ¿has pedido a Sara que te pase los mensajes de la mujer que te lava la ropa?

—A mí no me lava nadie la ropa —respondió Mitch, distraído, preguntándose qué clase de mujer se pondría la ropa expuesta en el escaparate de unos grandes almacenes—. Sólo le pedí a Sara que me pasara las llamadas de Clancy, la mujer...

—Sé quién es Clancy —le interrumpió McAffee, aparentemente muy satisfecho consigo mismo—. Bueno, ¿entonces qué pasa con vosotros dos? ¿Reanudando el·romance donde lo dejasteis?

—No hay ningún romance que reanudar—afirmó Mitch con sequedad—. Yo provoqué el accidente que la ha dejado en una silla de ruedas. Y voy a levantarla de ahí.

Mitch hizo la afirmación con absoluta convicción. McAffee sabía que no serviría de nada decirle que no era responsable del accidente.

Hasta el investigador de asuntos internos había llegado a dicha conclusión, pero Mitch vivía conforme a sus propias leyes.

—Un reto de altura —observó.

Mitch lo sabía, y también sabía que no tenía otra alternativa si quería soportarse a sí mismo durante el resto de sus días.

—Puede conseguirse.

McAffee recordó lo que le había contado su mujer respecto al estado de Mary Elizabeth Clancy. El diagnóstico ciertamente no era tan prometedor como aparentemente pensaba Mitch.

O quizás Mitch también lo sabía y se creía capaz de cambiar las cosas.

—No sabía que estuviera compartiendo un coche patrulla con Dios.

—Dios está ocupado.

—Y tú estás sustituyéndolo.

—Algo así.

Mitch observó que faltaban escasos centímetros para que chocaran un Mercedes y un Ferrari. Los vehículos conducidos con tanta dejadez sumarían un valor en metálico de más de doscientos mil dólares. La riqueza que abundaba por aquella zona a veces no parecía real. Sobre todo, para un hombre que en una época de su vida sobrevivió a base de sándwiches de ketchup.

—Y qué piensas hacer para conseguir tu objetivo?

—Oye, McAffee, ¿no tienes nada que hacer aparte de freírme a preguntas?

-No.

McAffee lanzó una carcajada, observando a su compañero. Siempre creyó en secreto que el hombre poseía una vena oculta de ternura. Sólo que estaba muy escondida.

—Quieres que te pase el teléfono de mi cuñado?

Mitch se quedó en silencio un minuto.

Había hablado con los fisioterapeutas del hospital y de los servicios a domicilio. Había reunido toda la información en notas, utilizándolas en sus sesiones de masaje particulares con Clancy. El último fisioterapeuta con el que habló le hizo algunas sugerencias interesantes. Pero debía haber más cosas, algo que tal vez estuviera pasando por alto. Algo que ayudaría a Clancy a caminar. Además, por probar no perdía nada.

—Sí —respondió.

—Pues da la casualidad de que estamos muy cerca de su oficina. Si quieres, podemos pasar a verlo.

Mitch prefería las conversaciones cara a cara.

—Muy bien. ¿Cuál es la dirección?

Antes de que respondiera McAffee, sonó la radio, dejando en suspenso toda otra actividad.

—Tenemos un 459 en Beverly Glen con Sunset. Coche 17, por favor, acuda al lugar de los hechos.

Coche 17. Eran ellos. Otro robo. McAffee intercambió una mirada con Mitch.

—Parece que tendremos que dejar la visita para otro momento.

—Eso parece.

Haciendo una maniobra brusca, Mitch se colocó en el carril de la izquierda y dio un giro de ciento ochenta grados. Se hallaban a tres manzanas de DeSoto. Y desde allí, habría alrededor de dos mafias hasta la Duodécima Avenida.

El número clave para los casos de robo estimuló la adrenalina de Mitch.

¿Y si era su padre el que estaba cometiendo el robo? ¿Qué sentiría enfrentándose a él después de tantos años, arrestándolo?

Ya no sentía la vergüenza que le asolaba de niño, sino sólo cansancio. Estaba cansado de la carga que representaba su padre.

Ser padre no era sólo una cuestión biológica, sino mucho más. Y Mitch no debía nada al suyo. El hombre había renunciado al cariño de su hijo el día que les abandonó a su madre y a él. Y desde luego, Sam Mitchell no había pensado que les debiera nada. Ni siquiera un techo bajo el que cobijarse.

Estaban empatados.

El escenario del robo se hallaba apartado de la calle, tras una amplia pradera. Una alta verja rodeaba la entrada.

La cancela metálica no había detenido al ladrón. Ni el sistema de seguridad. Mitch tomó

nota del nombre de la compañía. Hasta entonces, el sistema de alarma de cada casa robada pertenecía a empresas diferentes.

El modus operandi había sido el habitual. McAffee podría repetirlo de memoria, junto con el nombre de las víctimas a las que había tomado declaración. Sólo se habían llevado las pinturas y el dinero de la caja fuerte. Y des preciaron las joyas, entre las que había un espectacular anillo de diamantes. El perro de la casa, un doberman grande con pedigrí, seguía inconsciente.

La hija de la víctima del robo, una niña de doce años con el pelo de color cobrizo, estaba arrodillada junto al doberman sobre la hierba. Tenía la cabeza del animal sobre el rogazo y no paraba de llorar.

—Papá, va a morirse.

Desconsolada, alzó la mirada hacia su padre, el cual no apreció la interrupción.

-Miranda...

El tono indicó a su hija que debía callarse. Evidentemente, el hombre estaba más preocupado por sus preciados cuadros robados que por la posibilidad de que se muriera el perro.

McAffee y Mitch intercambiaron una breve mirada.

—Bueno, ¿les interesan los detalles, o no?—gritó el hombre, muy alterado.

Mitch se agachó a la altura de la niña y miró al perro.

—Va a morirse, agente? —preguntó la niña, hipando para contener las lágrimas, temerosa de irritar aún más a su padre.

El padre de Mitch nunca utilizaba armas de fuego cuando trabajaba. En su propia y peculiar manera de ver las cosas, tenía un gran res peto a la vida. Y tenía mucho cuidado de no hacer ningún daño ni a seres vivos ni a objetos, animales incluidos. No le hizo falta examinar al doberman para saber que se despertaría en cuestión de pocas horas.

—No. Tal vez estará un poco aturdido cuando se despierte, pero no morirá —aseguró a la niña.

No sonrió, pero había algo en su voz que se ganó la confianza de la niña. Sabía que no es taba mintiéndola cuando lo miró con expresión agradecida.

—Gracias.

Mitch asintió, poniéndose en pie. No había hecho nada más que tranquilizarla. A veces las personas sólo necesitan unas palabras reconfortantes para recobrar los ánimos, suponía.

Volvió a mirar a la niña y al perro. Había un pequeño brote a sus pies. Era un diente de león. Un diente de león solitario que se había librado de las labores de limpieza de los jardineros.

Mitch pensó en Clancy.

Cuando sonó el teléfono, el sonido agudo interrumpiendo el diálogo monótono de una vieja película, Clancy casi pegó un salto.

Como si pudiera, pensó con sarcasmo, diciéndose tan rápidamente como pudo hacia la cómoda donde se hallaba el receptor. Eran más de las dos. Ya había hablado con su madre, y Cynthia le había telefoneado para ver qué tal estaba. Quizás se trataría de un vendedor de enciclopedias. Le molestaba sentir aquella desesperada necesidad de compañía.

Y desesperada por distraerse con cualquier cosa que le hiciera

olvidar lo que había conseguido al intentar hacer los ejercicios por sí sola. Sólo sudar, nada más. Nunca conseguiría nada.

—Diga?

—Qué tal estás?

La voz profunda y viril que surgió del aparato tuvo el efecto de una caricia. Clancy asió el teléfono con las dos manos, como si no bastara con una.

—Considerando las cosas en conjunto, bien. Mitch se había pasado todo el día preocupado a su pesar. De alguna forma, el único re medio que se le ocurrió para librarse de la fastidiosa sensación era oír la voz de Clancy. Y, ahora que la había oído, se sentía como un estúpido. Después de todo, Clancy era una mujer capaz de cuidar de sí misma. Su sentido de la independencia era una de sus cualidades que más le gustaba.

Se recordó a sí mismo que Clancy no era la misma de siempre.

No sabía qué decir. No quería parecer preocupado como una gallina maternal. A. ninguno de los dos les agradaría silo hiciera.

—Has ido la fisioterapeuta?

—Telefoneó para aplazar la sesión hasta mañana.

Clancy oyó que Mitch musitaba una maldición entre dientes. Era un amante del orden sin lugar a dudas.

—Te dijo el motivo?

—Se equivocó al elaborar su agenda de trabajo.

—Bueno, es igual. Cuando vuelva a casa, haremos los ejercicios.

¿Por qué se empeñaba Mitch en prolongar la farsa? Había intentado en vano hacer los

ejercicios, y el fracaso apagó el brote de esperanzas. Sus ojos se llenaron de lágrimas de

impotencia.

—Estás dándote con la cabeza en la pared—afirmó.

—Es mi cabeza —replicó Mitch—. Nos veremos a las seis, Clancy.

—A las seis? —repitió ella, recordando que solía acabar su turno a las cuatro.

—Lo siento. No podré llegar antes.

Debía pasar por una tienda de equipamiento médico antes de volver. Habían pasado a ver al cuñado de McAffee, John. El hombre se había mostrado de lo más amable, dispuesto a ayudar en todo lo posible, haciéndole sugerencias interesantes. Siguiendo sus instrucciones, acelera ría el programa de rehabilitación de Clancy, pero necesitaba comprar un par de cosas.

—No te preocupes —dijo Clancy, dejando caer una mano sobre el regazo—. Lo comprendo.

Era una estupidez haber pensado que Mitch regresaría pronto. Seguramente ya estaría arrepintiéndose de haberse comprometido hasta aquel extremo.

Mitch percibió el cambio de tono en su voz, como si se hubiera extinguido una luz.

—Estaré ahí tan pronto como pueda.

—No te apures. No voy a salir a ninguna parte.

Clancy colgó antes de que Mitch pudiera decir algo más.

Poco después de las seis, cuando entró al apartamento, Mitch no vio a Clancy por ninguna parte. Lleno de aprensión, se adentró en el vestíbulo y entonces la vio. Estaba de espaldas, asomada a una ventana lateral del salón con vistas al campo abierto. Se preguntó si lo habría visto llegar.

Clancy oyó que se abría la puerta y se tomó su tiempo para volverse. Mitch llegaba con retraso, sólo unos cuantos minutos, cierto, pero le había dado tiempo para temer que no volvería, igual que había hecho la primera vez.

La irritación y el miedo se apoderaron de ella. No podía seguir así. Mejor no sentir nada que asirse a un hilo de esperanza para luego verse frente a frente con la cara oscura de la moneda.

Iba a decirle que se marchaba a la cama, que estaba demasiado cansada como para hacer ejercicios, pero cuando se volvió, no vio a Mitch por ninguna parte. Y la puerta principal estaba abierta de par en par.

—Mitch?

—Un momento.

Mitch apareció en el umbral de la puerta con una caja grande entre los brazos. Por su manera de llevarla, debía pesar bastante.

—Qué es eso?

Mitch apoyó la caja contra la pared y salió a por otra.

—Hoy he hablado con el cuñado de McAffee.

—McAffe? —repitió Clancy, alzando la voz para que Mitch pudiera oírla.

—Mi compañero.

Depositó la segunda caja junto a la primera y salió a por otra. En total eran cinco, y las había acercado a la puerta antes de entrar.

—Su cuñado es fisioterapeuta.

Clancy observó las cajas con expresión de asombro.

—Y te ha vendido equipo?

—No, pero me ha dado ideas muy buenas. Alquilé el equipo.

Mitch cerró la puerta y se enjugó el sudor de la frente con el envés de la mano. Se preguntó si Clancy seguiría guardando el martillo, los destornilladores y demás herramientas en un cajón de la cocina.

Abrió el cajón y comprobó que no había cambiado de sitio las herramientas. Entonces, las sacó para dejarlas sobre una encimera.

—Voy a montar un gimnasio casero para ti. Esta vez Clancy le dedicó una mirada incrédula. ¿Habría perdido la cabeza?

—Dónde?

Era una pregunta estúpida, pensó Mitch.

—Aquí mismo. ¿Dónde si no?

Estaba loco. No era un apartamento tipo caja de cerillas, pero desde luego tampoco era amplio.

—No hay sitio para todos estos chismes.

Mitch miró alrededor. Podían hacerse ciertos ajuste.

—Se lo haremos.

Clancy sacudió la cabeza.

—Sabía que eras cabezota, pero no hasta este punto.

—Lo soy. Respecto a ciertas cosas.

Vaya, ése era su problema, pensó Clancy, negándose a conceder cualquier otro significado a sus palabras. Observó la pista de obstáculos que estaba montando Mitch.

—Y cómo voy a moverme por aquí? Por si lo has olvidado, necesito más espacio que tú.

—No lo he olvidado. No te preocupes, encontraremos el modo de solucionar todos los problemas —respondió Mitch, intentando recordar en qué caja estaban las instrucciones de montaje—. Montaré el gimnasio en un abrir y cerrar de ojos y luego, te enseñaré a utilizarlo.

A lo largo de aquella tarde ,Clancy había llegado a resignarse, aceptando que estaba condenada a permanecer en aquella prisión sobre ruedas. Y Mitch una vez más intentaba despertar sus esperanzas.

¿Por qué le hacía esto?

—No puede entrarte en esa cabezota que no puedo caminar? —le gritó—. ¿Que probable mente no volveré a caminar jamás? Estás perdiendo tiempo y dinero con todos estos armatostes. ¿Por qué no los devuelves y...?

Mitch no la escuchaba. John le había dicho que lo más importante que podía ofrecer a Clancy, más importante que las pesas y los ejercicios, era la esperanza. Animo. Por su profesión, Mitch tenía bastante experiencia en el tema, pero aun así, procuraría esmerarse especialmente.

Sacó una cajita rectangular y la dejó en las manos de Clancy.

—Toma. También te he traído una cosa que no hace falta montar.

Clancy miró la caja. No pesaba nada y su forma tampoco le dio ninguna pista.

—Qué es?

—Por qué no la abres y lo ves?

Apretando los labios, Clancy desató el cordón. Dentro de la caja había un diente de león sobre un pañuelo en el que lo había envuelto Mitch para protegerlo.

Conmovida, confusa, Clancy alzó la mirada hacia el rostro de Mitch, cuya expresión no re velaba la menor emoción. Pero tenía una mi rada más dulce que de costumbre.

—Y qué se supone que debo hacer con él?

—Pedir un deseo.

Tragando saliva, Clancy sacó el diente de león de la caja y cerró los ojos. Una lágrima resbaló por sus mejillas en el instante que pidió un deseo y sopló sobre el diente de león. Diminutos copos blancos flotaron en el aire.

Mitch tomó la caja de sus manos y la dejó sobre la mesa.

—Mitch?

El no quería oír ninguna palabra de gratitud. No quería oír nada que después pudiera asolar sus pensamientos. Con cierta brusquedad, dio la espalda a Clancy.

—Bueno, voy a buscar las instrucciones. Tú puedes leérmelas mientras monto los apara tos. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Clancy no respondió. Sólo asintió, bajando la mirada hacia una pequeña semilla que había sobre la moqueta.

Capítulo 9

Clancy dejó el folleto de instrucciones sobre la mesa baja y observó la estructura metálica que Mitch había tardado casi dos horas en montar. Se componía de dos barras paralelas separadas por medio metro y acopla das a una plataforma plana.

Mitch dejó el destornillador sobre la mesa del comedor y miró a Clancy. Tenía enrojecidas las palmas de las manos de la presión que había ejercido al apretar cada tomillo. Los había revisado un par de veces para evitar que nada se aflojara o soltara mientras Clancy utilizaba el equipo.

Ya había causado bastante daño tal y como estaban las cosas.

Clancy se había callado desde que terminó de leerle las instrucciones. Mitch podía leer sus pensamientos tan claramente como si los tuviera escritos en la cara.

No quería usar el equipo.

—Tienes que probarlo, Clancy —le dijo.

Ella asintió, suspirando. Mitch le había llevado un diente de león. Lo menos que podía hacer era intentarlo. Lo miró con expresión inocente.

—No he dicho nada, Mitch.

—No, pero estabas pensándolo.

Clancy esbozó una sonrisa.

—Ahora también puedes adivinar los pensamientos?

Mitch recordó lo mucho que le gustaba a Clancy burlarse de él. Algo profundo se agitó en su interior, algo que quería resucitar otros recuerdos. Otros tiempos. Mitch lo mantuvo a raya.

—Es parte del adiestramiento de la policía. Así vamos un paso por delante de los hacedores del mal —explicó, y luego hizo un ademán hacia la estructura metálica—. ¿Quieres probarlo?

Clancy no tenía la menor gana de fracasar aquella noche y sacudió la cabeza.

—No. Mañana quizás. ¿No tienes hambre?

Comer era lo último que tenía en mente. Es taba mucho más interesado en que Clancy utilizara el equipo. Había pesas para desarrollar la musculatura de la parte superior de su cuerpo, y una polea aérea que tenía el mismo fin. Además, quería comprobar si podía mantenerse en posición erecta apoyándose sólo en los brazos.

—Cenaré más tarde. A menos que tú...

Clancy sacudió la cabeza.

—No. Siempre puedo cenar más tarde —dijo y entonces, se le ocurrió una idea genial—. ¿Qué tal si cenamos pizza?

—Comida basura.

—Oh, no sé. Salsa de tomate, queso, la masa crujiente. Eso equivale a vegetales, productos lácteos y cereales, creo yo…

—Muy bien. Cenaremos pizza. Pero primero…

—El potro de tortura.

—Estos chismes no están hechos para torturarte, ni a ti ni a nadie.

—Para ti es muy fácil decirlo —replicó Clancy, volviendo la silla de ruedas hacia la estructura metálica—. De acuerdo. ¿Qué quieres que haga?

—Ponte aquí, por este lado. Muy bien, ahora agárrate a las barras, apoyando los brazos sobre ellas.

Clancy obedeció, sintiéndose insegura al cambiar de posición.

—Mitch?

—Estoy detrás de ti, Clancy, tranquila. Sólo inténtalo.

Clancy apoyó todo su peso sobre los brazos y comenzaron a dolerle los hombros.

—Ahora, qué?

—Ahora intenta levantarte.

No podía, pensó Clancy. Sencillamente, no podía.

—Clancy.

Mitch pronunció su nombre como si de una orden se tratara. Una orden que, en el fondo de su corazón, sabía que no podía cumplir. Pero su orgullo innato le impulsó a intentarlo.

Clancy alzó la barbilla e irguió los hombros tensos. Muy lentamente, disminuyó la fuerza con que se agarraba a las barras y, antes de que pudiera extender las manos sobre el metal, sintió que las piernas se desplomaban.

La reacción de Mitch fue instantánea y la sostuvo entre sus brazos mucho antes de que pudiera golpearse contra el suelo. Estaba temblando. De miedo.

De frustración.

—No puedo —sollozó angustiada—. Sencillamente, no puedo.

Mitch la estrechó entre los brazos, absorbiendo su dolor, su tristeza. Se sentía impotente.

—Pero lo harás —afirmó, sin revelar sus propios sentimientos—. Lo haremos cada día, y al final serás capaz de mantenerte en pie.

—Estás seguro?

—Seguro por completo —respondió Mitch sin vacilar.

Clancy contuvo un gemido y hundió la cara sobre el hombro de Mitch.

—Me temo que yo no puedo decir lo mismo. Por un momento fugaz, Mitch se abandonó a sus necesidades. Se abandonó porque, por ahora, podía disfrazarlas de consuelo. Apoyó la mejilla sobre el

cabello de Clancy y cerró los ojos, absorbiendo la sensación.

—No quiero que te rindas, Clancy.

—Por qué?

—Porque yo no voy a rendirme —respondió Mitch, acomodándola de nuevo sobre la silla de ruedas—. Voy a verte caminar, lleve el tiempo que lleve. ¿Lo comprendes? No me marcharé hasta que puedas andar.

Clancy suspiró y sacudió la cabeza.

—Espero que hayas traído suficientes mudas de calzoncillos para la espera.

Mitch se echó a reír.

—Deja que yo me preocupe de mis calzoncillos.

Entonces recordó el trato que había hecho con McAffee. El hombre acababa de instalar un pequeño jacuzzi en el jardín trasero de su casa. Cuando salieron de la oficina de su cuñado, dijo que Clancy y él podían usarla cuando quisieran. Las corrientes de agua caliente le sentarían bien a Clancy.

—Conozco a una persona que tiene un jacuzzi.

—Enhorabuena.

—No es para mí. Podemos utilizarlo los fines de semana. Y un par de tardes durante la semana.

Mitch lo consideraba un negocio. A cambio, McAffee aprovecharía la oportunidad para entrometerse un poco más en su vida.

—Podemos?

¿Qué hacía pensar a Mitch que estaba dispuesta a ponerse un traje de baño? O a salir de aquellas cuatro paredes?

—Sí. El jacuzzi es para ti.

Clancy seguía sin comprender, pero podía imaginarse la escena. Siendo metida y sacada del agua como un bebé que ni siquiera puede andar. No, como una inválida. Era una inválida.

Sacudió la cabeza.

—Gracias, pero pasaré. No estoy en condiciones de socializar con nadie.

—Las corrientes de agua caliente te sentarán bien —afirmó Mitch con sequedad—. Te animarán. Además, es muy agradable.

Su tono no dejaba margen para discusiones. Mitch había tomado las riendas de su propia vida, pensó Clancy. Bueno, pues no podía consentirlo.

Se pasó una mano entre el cabello, procurando calmarse. Mitch sólo intentaba ayudar.

Se encogió de hombros, cediendo.

—Tal vez sería agradable sentirme rodeada de agua, para variar.

Mitch recordó algo al oír sus palabras. Dirigió la mirada hacia la caja pequeña que no había abierto todavía. Rompió la envoltura y Clancy observó que en un lateral se veía la foto de una mujer en una ducha, sentada sobre un banco apoyado en los bordes de la misma.

Mitch sacó el banco de plástico de la caja y lo apoyó contra la pared.

—La fisioterapeuta dijo que necesitarías es tas cosas, ¿no te acuerdas?

Mitch abrió otra caja más pequeña que con tenía un artilugio largo, a modo de manguera, que podía utilizarse en lugar de el dispositivo usual.

Podía lavarse la cabeza.

Clancy acarició el invento como si fuera la respuesta a sus oraciones. O se lo debía a Mitch y el cielo no tenía nada que ver en el asunto?, se preguntó de repente.

Alzó la mirada hacia él.

—Ahora sólo tengo que meterme en la bañera.

Suponía que podía conseguirlo, si alineaba la silla de ruedas junto a la bañera del modo apropiado. Podía valerse del toallero para apoyarse y acomodarse sobre el banco.

Mitch no veía el problema.

—Yo te pondré en la bañera.

Clancy sintió el color que ascendía por el cuello, extendiéndose por las mejillas.

—Tú?

Estaba turbada, advirtió Mitch, al que la idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Miró a Clancy con expresión sorprendida.

—Clancy, te he visto desnuda muchas veces.

La expresión de Clancy decía que eso no cambiaba las cosas. Era una tontería por su parte, pensó Mitch, encogiéndose de hombros.

—Puedes envolverte en una toalla mientras te ayudo, cualquier cosa que te haga sentir cómoda.

--Nada puede hacer que me sienta cómoda respecto a este asunto —afirmó con voz cortante.

—No miraré —le aseguró Mitch, y se puso a amontonar las cajas de cartón vacías junto a la puerta.

Algo en su forma de decirlo hizo sonreír a Clancy. El caballero Galahad haciendo un juramento de permanecer puro mientras cabalgaba por los campos en busca del Santo Grial.

—El código de honor de Mitch.

El dejó de apilar cartones y volvió la cabeza para mirarla.

—Mi código de honor.

—Supongo que tu promesa me bastará.

Tal vez, si no le daba demasiadas vueltas al asunto, si no pensaba en lo que había existido entre ellos, podría salir bien parada. Además, sabía que podía confiar en él.

—Por qué no encargas la pizza mientras me ducho? —le propuso.

Evitando los restos de cartón y envoltorios que había por el suelo, Clancy se metió en su habitación y cerró la puerta.

Mitch marcó el número de una pizzería de la zona que conocía. Cuando respondió una voz cansina para tomar nota de la orden, pidió que les llevaran la pizza una hora después.

Calculaba que éste era el tiempo que tardaría Clancy en ducharse y arreglarse.

Después de colgar, buscó una llave inglesa y un destornillador y se los guardó en un bolsillo trasero del pantalón. Luego sostuvo el banco de plástico con una mano y el dispositivo de la ducha con la otra. Debía instalarlos para que Clancy pudiera ducharse.

No se dio cuenta de que estaba silbando cuando se dirigió al cuarto de baño que había más cerca de la habitación de Clancy.

Resultó tarea fácil instalar la manguera de la ducha. Mitch montó el banco de manera que Clancy pudiera sacarla y meterla de la bañera con facilidad. No tenía la menor intención de moni permanentemente. Llegaría el día en que Clancy no la necesitaría.

Volvió a guardarse las herramientas en el bolsillo.

—Estás lista? —gritó.

No, pensó Clancy, envolviéndose en una toalla, no estaba lista. Se quedó mirando la puerta cerrada de su habitación mientras se mordía el labio inferior. No era el momento más oportuno para sentirse turbada. Mitch tenía razón; la había visto desnuda. No debería incomodarse por la situación.

Pero las circunstancias eran diferentes, horriblemente diferentes.

En aquella época, había sido una mujer completa. Y muy enamorada. No era justo. Deseaba que Mitch la viera como era entonces.., vibrante, ágil. No en aquella lamentable situación.

—No —musitó entre dientes—. No lo estoy.

A Mitch le pareció que Clancy estaba llamándolo a través de la puerta cerrada. Se acercó y llamó suavemente, sin obtener res puesta. Algo confundido, comenzó a abrir la puerta poco a poco y, como Clancy no decía nada, la abrió de par en par.

Estaba sentada sobre la silla de ruedas, en vuelta en una toalla de baño rosa. Mitch pro curó no pensar en el hecho de que debajo de la toalla no llevaba nada.

—Qué pasa?

Clancy encogió unos hombros sedosos y desnudos.
—Esto no es como me imaginaba.
—Las cosas pocas veces lo son.
Ignorando la silla, Mitch se agachó y alzó a Clancy entre los brazos. Ella entrelazó los brazos alrededor de su cuello.
—Servicio de primera clase?
Mitch le dedicó una sonrisa, saliendo de la habitación.
—Por supuesto.
Una oleada de calor asaltó a Clancy que, sin pretenderlo, se pegó contra Mitch. Cuando entraron en el cuarto de baño, observó que Mitch ya se había ocupado de llenar la bañera de agua y lo miró con expresión sorprendida.
—Tienes un montón de cualidades escondidas que no conocía.
Mitch se echó a reír y sacudió la cabeza.
—Llenar de agua caliente una bañera no puede calificarse de talento, Clancy.
La sonrisa en los labios alcanzó los ojos de Clancy. Por primera vez desde el accidente.
—Ser atento, sí.
Mitch no respondió. Nunca le habían sentado bien los halagos. Ignorando las últimas palabras de Clancy, la dejó sobre el banco con delicadeza. Observó su rostro cuando metió los pies en el agua. Ya había comprobado que no estaba demasiado caliente.
—Sientes algo?
Clancy sacudió la cabeza, asaltada por la desilusión.
--Nada.
—Me he asegurado de que no estuviera de masiado caliente para ti.
Mitch llevó a Clancy dentro del agua y, como no tenía nada que hacer con las manos, volvió a meterlas en los bolsillos, donde había guardado las herramientas.
Musitando una maldición entre dientes, las sacó y luego hizo un ademán hacia el banco.
—Lo he montado de manera que puedas ponerlo donde quieras. Es sólo una instalación temporal.
Clancy miró a Mitch con cara de perplejidad.
—Habría hecho agujeros en la pared si pensara que lo necesitabas permanentemente.
Clancy comprendía lo que quería decir Mitch. Lo comprendía y se sintió agradecida.
A pesar de que pensara que era inútil.
Mitch mató el tiempo llevando al cubo de basura los cartones y

recolocando los muebles para acomodar del mejor modo posible el nuevo accesorio. La actividad le ayudó a olvidar el hecho de que Clancy se hallaba a escasos metros de distancia. Desnuda.

Ni por asomo era tan inmune a la imagen que asolaba su mente como había hecho creer

a Clancy. Pero tampoco iba a permitir que este hecho interfiriera con nada.

El chico de la pizzería llegó y se marchó en un santiamén. El aroma de la pizza caliente llenó el aire. Mitch llevó platos y cubiertos para dos a la mesa. Dejó la pizza dentro de la caja y miró en dirección al cuarto de baño. Luego miró su reloj.

Clancy llevaba casi una hora en el baño. Probablemente habría perdido la noción del tiempo. Se acercó a la puerta y llamó con suavidad.

—Clancy? ¿Has acabado?

—Sí —respondió ella en un débil susurro.

Si había acabado, ¿por qué se demoraba? ¿Tendría algún problema? Apoyó la cabeza contra la puerta, escuchando.

—Por qué no me has llamado?

Mitch la había dejado sobre el banco, y después de lavarse la cabeza y enjabonarse, se había deslizado dentro del agua. El baño había aliviado la tensión de su cuerpo, al menos de la parte que podía sentir.

Pero el agua caliente también le había producido un enorme cansancio, y no tenía fuerzas para incorporarse sobre el banco y envolverse con la toalla. Y no tenía la menor gana de explicar a Mitch todo esto.

—Porque...

Mitch permaneció a la espera, pero Clancy no añadió nada más.

—Vas a decir algo más, o debo rellenar yo los puntos suspensivos?

¿No iba a dejarle Mitch ni siquiera una pizca de orgullo? Clancy se sentía avergonzada y estúpida al mismo tiempo.

—Porque el maldito accidente me robó la dignidad, por eso.

Mitch podía imaginarse los pensamientos que pasaban por su cabeza. Abriendo la puerta de par en par, miró a Clancy a la cara, aunque la tentación de mirar más abajo era casi irresistible. Tenía la cabeza envuelta en una toalla. El resto del cuerpo, no.

—Tu dignidad nunca ha dependido de tus piernas, Clancy. La dignidad es algo que se tiene, o no.

—Incluso cuando estás desnuda?

Los labios de Mitch se curvaron en la más leve de las sonrisas.

—Según recuerdo, sobre todo, cuando estás desnuda.

Mitch asió una toalla del perchero y se la puso al hombro. Entonces, con infinita delicadeza, sacó a Clancy del agua.

—Intenta mantenerte en pie.

Ella le lanzó una mirada acusadora.

—Ya te he dicho que no puedo.

—Agárrate a mi cuello para apoyarte.

Clancy hizo lo que le pedía, aunque tenía la sensación de que iba a desplomarse en el agua en cualquier momento.

Mitch podía ver toda clase de emociones cruzando por su rostro.

—Lo estás haciendo muy bien —murmuró, envolviéndola en la toalla.

Aunque procuraba ser muy cuidadoso, accidentalmente le rozó los senos con la mano y vio que se le ponían los ojos como platos.

—Esa es tu opinión —musitó Clancy, sonrojándose.

Mitch sintió que el calor le penetraba hasta el bajo vientre, los recuerdos flotando en su mente como espectros del pasado.

Procuró comportarse como si nada hubiera sucedido.

—Muy bien. Ahora te llevaré a tu cuarto para que te vistas. Ya han traído la pizza.

—Ya? —repitió Clancy.

Estaba sorprendida, pues no sabía que había pasado tanto tiempo metida en la bañera.

Por otro lado, odiaba la pizza fría. Nunca sabía igual, ni siquiera recalentada.

—Supongo que puedo cenar antes de vestirme.

Mitch cambió la dirección, llevando a Clancy al pequeño comedor.

Clancy observó los cambios de inmediato. La mesa de roble estaba aplastada de mala manera contra la pared como el cautivo de un incendio esperando a los bomberos.

—Muy hogareño —murmuró,

Mitch notó la crítica en el tono de su voz.

—Práctico.

Clancy se encogió de hombros mientras Mitch apartaba una silla de la mesa con el pie. Se agarró con más fuerza a su cuello.

—Si tú lo dices.

Clancy no parecía demasiado satisfecha con la nueva disposición del mobiliario.

—He colocado todo de manera que puedas maniobrar con la silla de ruedas por toda la habitación.

Clancy estiró el cuello, mirando a su alrededor.

—Dónde está la silla de ruedas?

—En tu habitación —respondió Mitch, acomodándola sobre la silla

—. Quiero que te sientes a la mesa en una silla normal.

Clancy esperó a que Mitch se sentara frente a ella antes de abrir la caja de la pizza.

—Más terapia positiva?

Mitch dejó escapar un suspiro de impaciencia.

—Llámalo como quieras, Clancy —dijo, tomando un trozo de pizza de la caja—. Yo lo llamo simple sentido común.

En otra ocasión, Clancy tal vez le habría llevado la contraria, pero de momento prefería saciar el apetito.

Y entonces, cayó en la cuenta. Tenía hambre, hambre de verdad por primera vez en tres semanas. Quizás, después de todo, no estuviera muerta por completo.

La reconstrucción de Mary Elizabeth Clancy, pieza por pieza.

—Tú tienes salchicha —observó, haciendo una mueca a su trozo de pizza.

—Y pepperoni.

Mitch sabía que a Clancy no le gustaba la salchicha y en cambio le encantaba el pepperoni.

—Puedes apartar la salchicha y dármela a mi.

Clancy arqueó las cejas, divertida. La discusión era similar a otra que habían tenido anteriormente.

—Qué tal si te la cambio por el pepperoni? ¿Trozo por trozo?

—Trato hecho —respondió Mitch, sonriendo al ver la expresión traviesa de Clancy mientras separaba la salchicha de su ración de pizza.

Era casi como en los viejos tiempos.

Sólo que no lo era, se recordó a sí mismo.

De no haber sido por el accidente, Clancy estaría casada con otro hombre. Casada y feliz. Mitch ni siquiera se molestó en buscar un nombre para la sensación punzante que sintió.

Clancy empujó su plato hacia Mitch y luego trasladó al mismo el pepperoni que él había apartado a un lado del suyo.

—No miraste, ¿verdad? —preguntó con timidez.

No porque no quisiera, sino porque significaba mucho para ella que no lo hiciera.

—No.

—Por qué?

—Porque dije que no lo haría.

—Y siempre cumples tus promesas.

—Siempre. ¿Tú no?

—No sé. Supongo que sí.

Clancy miró a Mitch, cuya expresión era impenetrable. Se le

ocurrió que rara vez sabía lo que estaba pensando.

—Sí. También cumplo mis promesas. Sólo que se daban unas circunstancias bastante especiales hace un momento en el cuarto de baño. Otro hombre…

Otro hombre, pensó Mitch, probablemente nunca se habría separado de Clancy. Pero otro hombre podría encajar en su mundo. El, no. Y Clancy tampoco encajaba en el suyo.

—Yo no soy otro hombre, Clancy. Soy sólo yo.

El «sólo» sobraba, pensó Clancy. Era Mitch, y eso bastaba.

Capítulo 10

VAMOS, Clancy, concéntrate. Puedes hacerlo. Sólo tienes que desearlo con todas tus fuerzas.

Mitch permanecía en el lado opuesto de las barras paralelas como un poste humano, animando a Clancy, dándole órdenes.

Esforzándose, el sudor abriendo sedas bajo la blusa liviana, Clancy se aferró a las barras e intentó dar un solo paso.

El rostro de Mitch no traicionaba el torbellino de emociones que sentía viendo sus esfuerzos.

—Más duro. Más duro.

Clancy alzó bruscamente la cabeza. El sudor corría por su rostro en hilillos, y la rabia encendía sus ojos.

—Es inútil —gritó entre jadeos—. No puedo, ¿de acuerdo? No puedo caminar. No puedo sostenerme en pie. No puedo hacer nada. ¿Cuál de estas cosas no puedes comprender?

—Ninguna.

Clancy apretó los labios, tragándose un sollozo.

—Entonces, eres mucho más necio de lo que pensaba —afirmó, desplomándose sobre la silla de ruedas que era su prisión.

Llevaban así muchos días. Semanas. Y Mitch no dejaba de torturarla implacable- mente. Soportar a la fisioterapeuta ya constituía un engorro, pero la mujer sólo iba tres veces a la semana un máximo de media hora. Pero lo de Mitch no tenía nombre. Siempre insistía en hacer un ejercicio más, cada día, como un sargento de instrucción despiadado. «Un rato más», decía, negándose a reconocer sus limites.

Estaba harta. Harta porque no estaban con siguiendo nada. Harta de pretender que volvería a caminar.

Ni siquiera las sesiones de jacuzzi habían surtido algún efecto. McAffee y su mujer les daban total intimidad. Clancy reconoció a la mujer como una de las incontables enfermeras que había pasado por su habitación del hospital. Alicia McAffee era optimista, alegre y discreta. Igual que su marido.

¿Y por qué no iban a serlo?, pensó con tristeza. Ambos podían entrar y salir del jacuzzi

por sus propios medios. Mitch tenía que ocuparse de ella, llevándola y metiéndola y sacándola.

Aún así, debía reconocer que estar sentada junto a Mitch en un escenario tan íntimo, rodeada de burbujas, le producía sensaciones agradables, cálidas.

De vez en cuando, también tenía la vaga sensación de que algo estaba cambiando en su cuerpo. Pero era sólo eso, una sensación. Por tanto, nada había cambiado y sus piernas se guían muertas.

Todos los esfuerzos de Mitch, todos sus propios esfuerzos, habían sido en vano. No había nada que hacer, ningún hilo de esperanza al que poder aferrarse.

Lanzó una mirada beligerante a Mitch. ¿Por qué no se rendía el condenado?

El se arrodilló frente a la silla de ruedas y, sin decir palabra, comenzó a darle un masaje en el pie izquierdo. Clancy deseó ser capaz de apartar la pierna.

—Y ahora qué estás haciendo?

—Darte un masaje. Es extraño que necesites preguntar a estas alturas.

Ambos tenían los nervios desquiciados, a punto de explotar en cualquier momento.

Clancy observó las manos de Mitch trabajando en sus pies con frustración creciente.

—Para lo que sirve, igual podrías estar amasando pan.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de rabia, y se las enjugó con el envés de la mano, deseando que sus ataques de ira no culminaran siempre en llanto.

—No hagas eso —murmuró Mitch.

Clancy dejó caer la mano sobre el regazo y le lanzó una mirada fulminante.

—También quieres controlar los pocos movimientos que puedo hacer todavía? ¿No te sentirás satisfecho hasta que me controles por completo? ¿Eso es lo que quieres? ¿Una marioneta que puedas manejar con las cuerdas?

Mitch se puso en pie y la miró en silencio durante unos segundos interminables.

Emocionalmente, había llegado al límite. No tenía nada más que ofrecer en su interior; incluso haber llegado tan lejos le sorprendía. Las tres semanas que llevaba junto a Clancy habían sido extraordinariamente difíciles para él. Se había complicado la existencia con Clancy otra vez, y su padre había reaparecido, cerniéndose sobre su vida como un fantasma.

Tan sólo le pedía a la vida un pasar sin complicaciones. Cumplir con su trabajo, marcar

una diferencia y vivir tranquilo. No era demasiado pedir. Pero aparentemente las cosas no eran tan sencillas.

Todo le salía mal.

A todos los niveles.

—Muy bien, lo haremos a tu manera. Tal vez tengas razón.

Clancy miró a Mitch con cara de perplejidad, sintiendo un nudo en

la garganta.

—Cómo dices?

Mítch se encogió de hombros. Tal vez fuera un estúpido por haber llegado a ese punto de desgaste emocional, pero no podía evitarlo. Dio una patada a una pesa para las manos que había en el suelo y se echó hacia atrás. Quería distancia entre ellos. Cuanta más, mejor. El ambiente estaba demasiado cargado.

—He dicho que quizás tengas razón. Como decías, puede que haya estado dándome con la cabeza contra la pared —dijo Mitch y, mirándola, sacudió la cabeza—. Tal vez no vuelvas a caminar.

Mitch estaba repitiendo las frases que ella le había dicho a gritos. Estaba dándole la razón. A Clancy le faltó el aire.

Había pensado que nunca podría sentirse tan sola y asustada como el día que despertó en el hospital, el día que Stuart la abandonó a su suerte y los médicos le dijeron las probabilidades que tenía de caminar otra vez. El día que su vida se había deshecho en mil pedazos.

Se había equivocado.

Aquella sensación no había sido nada en comparación con lo que sentía en aquel momento. Se sentía suspendida en el espacio, y acababa de romperse el cable que la unía a la nave.

Se sentía a la deriva en el vacío, alejándose de la nave, de su única posibilidad de sobrevivir.

Clancy sabía que no podría seguir adelante si Mitch pensaba realmente lo que acababa de decir. Si la abandonaba. Mitch era su única fuente de esperanza. Y ella había dado por hecho que podía deprimirse, enfadarse y rendirse una y otra vez siempre y cuando lo tu viera a su lado. Mitch era como una red que siempre evitaba que se aplastara contra el suelo en sus caídas.

Si se daba por vencido, estaba perdida.

El pánico llenó el vacío de su ser. Se agarró con fuerza a los brazos de la silla, en busca de apoyo.

—No me digas eso —murmuró.

Mitch se volvió para mirarla, esforzándose para dominar los nervios.

¿Cómo?

Se Sintió confundido por completo. Clancy acababa de gritarle como una loca, y él se había limitado a repetir sus palabras. Uno de los dos estaba volviéndose loco, y no estaba seguro de cuál era.

—He dicho que no me hables así. Que no me digas esas cosas.

Mitch percibió el pánico en sus ojos.

—Sólo estaba diciendo lo mismo que tú...

—No me importa lo que dije —gritó Clancy, interrumpiéndole,

golpeando el brazo de la silla con la mano para descargar la furia—. Yo puedo decir lo que quiera. Yo soy la que está en esta maldita silla, no tú.

Clancy hizo una pausa, los ojos llenos de lágrimas.

—Pero, silo dices tú, entonces se acabó. ¿No lo comprendes? Si dejas de confiar en que pueda caminar otra vez, entonces nunca lo conseguiré.

Mitch no podía comprenderlo. Clancy lo sabía por su expresión. No podía comprenderlo.

Frustrada, confundida y rabiosa, Clancy asió una de las pesas para las manos que había en la mesa, con la intención de arrojársela a cualquier blanco. A Mitch, a su propio reflejo que veía en el cristal de la ventana. Al mundo.

Pero, cuando lo intentó, se le resbaló y cayó al suelo, rozándole la punta de un pie.

— Ay!

No podía hacer nada bien, pensó desolada. Mitch estaba a punto de preguntarle qué demonios se proponía, pero la pregunta se evaporó en sus labios cuando la miró.

—Qué has dicho? —preguntó en voz muy baja, recordando a Clancy a una pantera acechante entre la maleza.

— Ay!—repitió Clancy, dedicándole el grito a Mitch—. ¿Nunca habías oído esa exclamación?

Clancy enmudeció de súbito y contuvo el aliento. Se le pusieron los ojos como platos. Se sintió como si hubiera sido transportada a otro lugar.

—Ay —repitió una vez más, fascinada—. He dicho ay.

El significado le asaltó como la lava de un volcán en erupción. ¿Así de fácil? ¿Podía su ceder?

—Mitch? Yo... yo he sentido algo.

El cabello le cayó sobre la cara cuando agachó la cabeza. Lo apartó con ademán impaciente y se miró los dedos de los pies como si fueran entidades extrañas con vida propia.

Mitch se arrodilló, poniendo la palma de la mano bajo los dedos del pie. Entonces, deslizó el pulgar sobre la zona interior del pie.

—Sientes algo?

La sensación surgió apagada, como si se abriera camino a través de capas y capas de gasa. Pero era real. Clancy la sentía.

Asintió antes de probar si le respondía la voz.

—Sí.

Mitch le pellizcó la piel por debajo de los dedos.

—Y ahora?

Clancy asintió de nuevo, esta vez incapaz de articular palabra. Tenía un nudo gigantesco en la garganta que amenazaba con atragantarla.

«Una prueba más», pensó Mitch. «Un paso adelante».

—Mueve los dedos para mí.

Acababa de intentar mantenerse en pie y había fracasado. ¿Y si no había nada más que eso, un algo incierto disfrazado de sensación?

—No sé si podré.

Mitch no escuchó la protesta. Sabía que podía conseguirlo.

—Muévelos para mí —le ordenó, tan autoritario como un sargento de instrucción.

Clancy contuvo el aliento, pero Mitch no suavizó su postura. No podía. Lo hacía por ella.

—Inténtalo maldita sea, inténtalo!

Clancy se aferró con fuerza a los brazos de la silla, concentrando todo su ser en los dedos de los pies. No se atrevía a mirárselos, de puro temor a fracasar, a ver que todos los esfuerzos eran vanos una vez más, que la sensación había sido sólo un espejismo. No podría soportar que no hubiera nada más que aquella insignificante sensación.

Se concentró y lo intentó con toda la fuerza de su voluntad.

Cuando Mitch guardó silencio, supo que había fracasado. Lentamente abrió los ojos. Estaba empapada en sudor y jadeaba al respirar, como una mujer que acabara de correr una larga distancia.

Sin alcanzar la meta...

Mitch alzó la mirada hacia su rostro, grabando en su mente lo que acababa de ver.

—Se han movido.

—Cómo? —preguntó Clancy con voz temblorosa, y al sentir un zumbido en la cabeza, pensó que iba a desmayarse.

—Los dedos de los pies.., se han movido. Se han movido, Clancy —repitió en tono solemne, y entonces su voz se hinchó de júbilo—. ¡ Se han movido!

La alzó entre sus brazos y se puso a dar vueltas por la habitación.

—Has movido tus deditos graciosos —afirmó, besándola en el cabello—. ¡Lo has conseguido!

Clancy se abrazó a Mitch, llorando una vez más. Podía sentir el calor de su cuerpo que se filtraba a través de la camisa. Estaba empapándole de lágrimas la camisa, pero se trataba de lágrimas de alegría, lo cual cambiaba las cosas para bien.

Sacudió la cabeza violentamente, negando las palabras de Mitch.

—No, tú lo has conseguido. Tú me obligaste a luchar para que

pudiera conseguirlo.

Las lágrimas resplandecían en sus pestañas como diamantes diminutos. Había amor en sus ojos cuando miró a Mitch.

—No sé lo que habría hecho sin ti, Mitch. El prefirió ignorar la expresión de su mi rada.

—Intenta aferrarte a ese pensamiento, Clancy. Tenemos mucho trabajo por delante.

Sabía que Mitch tenía razón. Si se tratara de una carrera, en aquel punto sólo estaría anudándose los cordones de las zapatillas de correr. Pero tenía las zapatillas, y eso era lo que importaba.

—No me importa.

Cuando miró a Mitch, la voz de Clancy tomó más suave. Lo había logrado gracias a

él. Sólo gracias a él. No podía engañarse y pensar otra cosa.

—Siempre que pueda abrazarte.

Mitch perdió por completo el control de la situación.

La mirada de Clancy le privó de todas sus buenas intenciones. El amor que resplandecía en aquellos ojos quebró en mil pedazos las barreras cuya solidez creía indestructible cuando se ofreció a permanecer a su lado. Estaba desarmado, y la rendición inminente se cernía en el horizonte.

Aspiró el aroma de Clancy por un momento antes de bajar la cabeza para besarla.

Dios, abrazarla de aquel modo le producía un placer infinito. Tenerla entre sus brazos, y besarla con la pasión de la primera vez. Con avidez. Estaba perdiéndose otra vez y, por el momento, no le importaba.

Pero en esta ocasión había algo más. La pasión era más profunda, más intensa, nacida del desafío que habían afrontado codo a codo. El desafío que les había unido, creando entre ellos unos lazos inseparables. El desafío que les había fundido en un solo ser ante las adversidades. Cuando flaqueaba la determinación de Clancy, tomaba el relevo la de Mitch. En lo que se refería a este asunto, Mitch se sentía la otra mitad de Clancy.

Y el sentimiento iba más allá de dicho de Clancy se agarró con fuerza al cuello de

Mitch, abandonándose al beso. Sus emociones habían alcanzado un punto máximo de ebullición y no podía contenerlas.

No quería.

Lo que quería era volver a sentir. Sentirse como una mujer.

La mujer de Mitch.

Saboreando los labios de Mitch sus emociones se habían

expandido, explotando como la nitroglicerina dejada al sol

Como un hombre al borde de un precipicio, Mitch intentó retroceder para evitar la caída. Pero era demasiado tarde. Clancy no se lo permitiría.

El no lo permitiría.

Sin embargo, se agarró al hilo de fuerza de voluntad que le quedaba entre el huracán de emociones que latía con tanta violencia en su interior.

—Clancy, no quiero hacerte daño —murmuró sobre sus labios, embriagado por su sabor.

Maldita sea, la deseaba. Siempre la había deseado. No tenía escape. Tan sólo podía encontrar un modo de acostumbrarse a vivir con dicha necesidad.

—Sólo me harás daño si te paras ahora —replicó Clancy.

Se sentía ligera como una pluma. La habitación giraba a su alrededor. Si Mitch la abandonaba en aquel momento, no sabía lo que haría.

—Mitch, quiero sentirme como una mujer otra vez.

Mitch la miró a los ojos y supo que hablaba en serio. ¿Cómo podría rechazarla? Pero sabía lo que implicaría iniciar una relación íntima otra vez. Y les esperaría el mismo final. No podía permitir que sucediera. Por el bien de Clancy. Sólo por su bien.

Le asaltaron las dudas. Sin pretenderlo, bajó la mirada hacia las piernas de Clancy.

—Pero...

Clancy puso un dedo sobre los labios de Mitch, acallando sus protestas.

—Sólo he perdido la sensibilidad desde la parte superior de los muslos hacia abajo —dijo, sonriendo a la vez que las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Y además, ahora me funcionan los dedos de los pies.

Clancy le derritió el corazón. Como siempre.

—Oh, maldita sea, Clancy, esto no está bien.

—Sí que lo está —susurró ella contra sus labios, sosteniéndole la cara entre las manos—. Claro que sí.

Para ser una criatura de aspecto tan frágil, la mujer jugaba sucio. Mitch se vio perdido incluso antes de que pudiera resistirse.

—No puedo resistirme a ti.

Clancy le acarició la mejilla, sintiendo la aspereza de la barba naciente, esbozando una sonrisa que llenó sus ojos.

—Entonces, no lo intentes.

Era todo lo que necesitaba. Mitch sintió que se rompía el último

hilo que le unía con el sentido común. Y entonces, se tiró de cabeza a la hoguera indomable que Clancy encendía en su interior.

No pudo contenerse.

Llevándola en brazos, se encaminó hacia la habitación de Clancy. El corazón le martilleaba en el pecho cuando la dejó sobre la cama.

En silencio, Clancy extendió los brazos hacia Mitch, temerosa de que se echara atrás en el último momento.

Pero Mitch no se echó atrás.

Fue en su busca porque no podía hacer otra cosa. No existía ningún otro lugar al que iría. No existía el mundo, excepto aquella cama, aquella mujer. Aquel paraíso.

Clancy extendió la mano por dentro de la camisa de Mitch, acariciándole el pecho. El calor que irradiaba penetró en ella. Podía sentirlo en su interior. Podía sentir a Mitch.

Podía sentir.

El júbilo de saberlo creó arco iris en su interior. Una profusión de arco iris y tormentas. De alguna manera, tenía sentido. Mitch tenía la habilidad de conseguir que sucediera lo extraordinario.

Por lo menos, así lo creía ella.

Mitch la llevó contra su pecho, saboreando la sensación de tener a su lado aquel cuerpo pequeño y suave. Tenía miedo de quedarse en la cama. Y le daba más miedo aún marcharse.

Aunque sentía la sangre hervir en sus venas, se autodisciplinó para ir con dama. Había ciertas regiones sin explorar. No tenía la menor idea de todo lo que Clancy podía o no podía hacer, y no quería estropearle el momento. Por nada del mundo.

La mirada clavada en los ojos de Clancy, pendiente de cualquier gesto que indicara que no deseaba seguir adelante, Mitch le desabrochó la blusa, provocando la excitación de Clancy y la suya propia. Deslizó los dedos con parsimonia sobre la piel estremecida de Clancy, separando la blusa hasta que cayó.

Entonces bajó la cabeza hacia sus senos y, mordisqueó. Clancy tenía la piel suave como la seda, y sabía a gloria,

Podía sentir bajo los labios el corazón de Clancy latiendo con fuerza.

Sin disparar un solo tiro, perdió la batalla interior que podía haberle conducido a retro ceder.

Y era sólo suyo.

Con delicadeza, le quitó la blusa de los brazos y luego, le desabrochó el sostén. A Clancy se le aceleró la respiración, igualando el ritmo de la de Mitch.

Clancy gimió cuando le palpó los senos. Era lo que deseaba, lo que

anhelaba. Mitch es taba tocándola como lo había hecho en otro tiempo. Haciéndola suya, como siempre lo había sido. Ahora lo sabía.

La aberración que vivió con Stuart había sólo eso, una aberración. Un intento de

cicatrizar viejas heridas y olvidar Porque Mitch la había abandonado.

Ahora sabía que nunca había olvidado. Nada más volver a saborear sus labios, lo había sabido. Su cuerpo era como una flor que había sido cautiva de la oscuridad y que, de repente, veía la luz.

—Oh, cómo te he echado de menos—murmuró sobre la piel de Mitch.

Con frenesí, apartó la camisa de los hombros de Mitch, deseosa de sentir su piel. Deseaba sentirlo todo.

La euforia era incontenible.

Era la primera vez que se sentía viva de verdad en más de un mes, y se aferró a la sensación, a la oleada que estaba acrecentándose en su interior.

Mitch quería decir que también la había echado de menos. Que, cuando se marchó, una parte de él permaneció a su lado. Y que la otra parte murió.

Pero no podía. Las palabras estaban encerradas tras una puerta con siete llaves en las profundidades de su ser y no sabía cómo liberarlas de su encierro. Nunca lo había sabido.

Sólo podía hacer el amor con ella. Como lo había hecho infinitas veces en su imaginación.

Capítulo 11

ERA demasiado tarde.

Igual que un alcohólico, sabía que, una vez probara el néctar prohibido, una vez hiciera el amor de nuevo con Clancy, no habría vuelta atrás.

Como un hombre muerto de sed, movía la boca sobre contra la de Clancy, bebiendo con

avidez la dulzura tanto tiempo anhelada.

No sirvió de nada decirse que era una in sensatez, que estaba quebrando la paz que tanto esfuerzo le había costado alcanzar.

Daba igual.

Sólo importaba Clancy. Sentirla, saborearla. Era como una droga que bloqueaba sus sentidos, haciendo que deseara más, más y más.

Siempre más.

Mitch la deseaba, pensó Clancy, casi pronunciando las palabras a voz en grito. ¡La deseaba de verdad!

Después de tanto tiempo, por fin había vuelto, amándola como antes, como ansiaba. Mitch la acariciaba con manos dulces, avivando la llama que sentía en su interior con cada movimiento.

En otro tiempo, Clancy se había movido debajo y encima de Mitch con agilidad. Los brazos y piernas de ambos se habían enredado tanto como sus emociones. Ahora sólo podía abrazarse a él.

Debía trabajar el doble para conseguir que Mitch sintiera lo mismo que había sentido entonces.

Trabajar el doble para evitar que Mitch mirara atrás y se arrepintiera. Y, les deparara lo que les deparara el futuro, nada deseaba menos que se arrepintiera de hacer el amor con ella.

Mitch siempre fue un hombre fuerte. No le quedó más remedio. El mundo no tenía compasión, no hacía excepciones. Y sólo los fuertes sobrevivían. Con Clancy, la cosa era muy diferente. Se sentía tan débil como un gatito abandonado, con su destino en la palma de aquella manita tan suave, privado hasta de la última gota de su propia voluntad.

Sólo poseía deseo. Y estaba consumiéndolo.

Deseando sentirla contra su cuerpo, Mitch se quitó la camisa y la arrojó a un lado. Recordaba vagamente haberse descalzado también, pateando los zapatos.

Clancy se sentía desgarrada. En otras circunstancias, estaría desnudándose, impaciente. Pero no podía.

Enmarcó con las manos la cara de Mitch, deteniéndolo cuando iba a besarla.

—Tendrás que hacer casi todo el trabajo.

Clancy contuvo el aliento cuando Mitch bajó la mano hasta su vientre, trazando círculos concéntricos, más íntimos cada vez, haciendo que le latiera de pura ansiedad el centro más secreto de su ser.

—Sólo es trabajo si no te divierte.

— Te diviertes, Mitch?

Clancy necesitaba oírselo decir, asegurarse de que por lo menos la deseaba la décima parte de lo que ella lo deseaba a él.

¿Tenía que decirlo?, pensó Mitch. ¿Acaso Clancy no lo veía en sus ojos?

—Maldita sea, sabes que sí. Como siempre.

Desde que se alejó de Clancy, no había existido ninguna otra mujer en su vida. No lo había permitido. Amar y dejar a Clancy había roto su vida, y se prometió que nunca volvería a sucederle otra vez.

Por lo tanto, siempre evitó llegar a una relación demasiado íntima con otras mujeres. Había resultado fácil.

Con Clancy, no era nada fácil. No podía desprenderse de ella. La llevaba dentro de la cabeza, en las venas, infiltrada en su ser como si estuviera hecha de pura magia.

Y se sentía completo con ella.

Le dolían las ganas de acelerar, mas sabía que debía dominarse e hizo un esfuerzo para contener la oleada de emociones que clamaban por explotar. Que clamaban por Clancy.

Con una mano, sostuvo la nuca de Clancy a la vez que la besaba en los labios una y otra vez. Todo en ella parecía nuevo, limpio, refrescante. Le encantaba sentir su cabello, su piel. Olía a gloria y sabía a pecado.

Su pecado.

Mitch bebió con avidez en el néctar que le ofrecía, el cuerpo palpitante, dolorido de pura ansiedad. Deseaba fundirse con ella y renacer, pretender tan sólo por un momento que podía ser suya y que nada más importaría jamás.

El corazón martilleando en el pecho, Mitch deslizó una mano por debajo del elástico de los shorts de Clancy. Con suavidad hizo res balar el tejido gris por las caderas, bajándolo poco a poco, temeroso de que la ansiedad que

vibraba en su interior estallara en cualquier instante. Sobre todo, Mitch no quería asustarla.

Porque, desde luego, él estaba asustado consigo mismo. Siempre supo que la deseaba, pero jamás imaginó hasta qué punto llegaría la pasión.

Le bajó los shorts a lo largo de las piernas y, después de

desprenderlos de los pies, los arrojó junto a su camisa y sus zapatos.

Clancy se sentía impotente, a la vez prisionera del deseo y la turbación. Y estaba turbada no por su desnudez, sino porque no podía moverse como hubiera deseado, porque no podía hacer las más simples de las cosas. Apenas podía levantar las caderas. La frustración la con sumía.

Mitch podía ver lo que estaba pasando por su cabeza. Clancy casi era transparente.

—No pienses, Clancy. No pienses en nada.

Mitch tenía razón, pensó Clancy. En aquel momento nada más importaba.

—Sólo en esto —le dijo.

Mitch le acarició la cara, enredando los de dos en su cabello.

—Sólo en esto —repitió en un susurro, bajando la boca hacia sus senos.

Clancy sabía a todas las cosas maravillosas y prohibidas. Todas las cosas que se había negado a sí mismo. Descendió aún más y le dio un beso en el vientre, sintiendo que éste se estremecía.

El aliento de Mitch casi podía quemar el es caso tejido que lo separaba del núcleo de los deseos de Clancy. Dándole vueltas la cabeza, Clancy se abandonó a las gozosas sensaciones que palpitaban en su vientre. Se había sentido tan segura de que todo aquello le sería negado...

Con la mano sobre una de las caderas de Clancy, Mitch bajó lentamente las bragas, una parte primero, luego la otra, el movimiento parsimonioso avivando el, fuego compartido de la pasión hasta que alcanzó dimensiones colosales. Por el tiempo en que desprendió por completo la ropa interior de Clancy, ambos se hallaban al borde de la explosión.

Y entonces, Clancy fue suya. Suya como si hubiera sido creada con este propósito... para ser adorada por él.

—Eres tan hermosa... —susurró maravillado.

Las palabras danzaron sobre la piel de Clancy, acelerando las pulsaciones de su cuerpo.

Impulsado por las incontenibles demandas del suyo, Mitch se quitó los vaqueros y se

apretó contra Clancy. El calor encontró al calor. Los sueños y la realidad se fundieron en uno.

Recorrió el rostro de Clancy, enlazando beso con beso. Saboreó una lágrima y levantó la cabeza. Clancy tenía miedo, advirtió de repente. ¿La había asustado? ¿Se habría precipitado?

—Clancy? —murmuró, apartando con delicadeza el cabello que

caía sobre su rostro—. ¿Qué te pasa? ¿Quieres que pare?

Se quedaría destrozado, pero lo haría si ella se lo pedía. Jamás la forzaría, ni siquiera en aquel punto.

Clancy movió la cabeza de lado a lado de la almohada. Otra lágrima resbaló por su mejilla.

—No. Es sólo que...

— Clancy? ¿Sólo qué?

—Ni siquiera puedo mover las piernas para...

Era muy duro para Clancy pronunciar aquellas palabras. Se suponía que los amantes podían hacer ciertas cosas, por la propia definición del acto amoroso. Y ella no podía.

Entonces, Mitch le dedicó una sonrisa, el corazón dolido por ella y estallando a la vez.

—No te preocupes —susurró sobre los labios de Clancy, separándole las piernas para abrirse camino—. Hay algunas cosas que a un hombre le gusta hacer por sí mismo.

Oprimiendo el cuerpo de Clancy con el suyo, Mitch la envolvió en un mar de besos de bocas abiertas hasta que ella sintió que perdía la cabeza por completo y se agarró a él con todas sus fuerzas. Podía sentir la excitación de Mitch, la evidencia de su deseo.

Y él todavía se contenía.

—Ahora, Mitch —le urgió con voz ronca—. Ahora. Tómame ahora.

Mitch se incorporó para observar el rostro de Clancy. Antes moriría que hacerle ningún daño.

—Estás segura?

Clancy le dijo con los ojos y los labios cosas que no podía expresar con palabras. Todavía no.

—Sí, estoy segura. Nunca había estado tan segura de nada en la vida.

Mitch no podía decir lo mismo, pues le corroían las dudas, a pesar de que los deseos estaban destrozándolo.

—No soy bueno para ti, Clancy. Nunca lo he sido.

Incluso en un momento como aquel, Mitch era plenamente consciente de ser un inadaptado de tomo y lomo. No pertenecía al mundo de Clancy, el cual era más rico, más clasista, más culto que el mundo del que procedía él. Al final, Clancy se avergonzaría de él. Y él no podría soportarlo.

Clancy jamás pudo comprender los razonamientos de Mitch. La sonrisa que brotó en sus labios procedía de las profundidades de su alma.

—Para ser un tipo listo, a veces desde luego eres muy corto.

Ya habían hablado bastante. Clancy se movió, rozándole con los

senos el vello de su pecho.

—Hazme el amor, Mitch. No me obligues a suplicar.

Mitch soltó una suave carcajada. Como si le hiciera falta pedírselo.

—Soy yo el que está suplicando.

Clancy sacudió la cabeza sin apartar la mi rada de sus ojos.

—No oigo nada.

—Escucha con el corazón, Clancy —dijo Mitch, mordisqueándole los labios—. Con el corazón.

—No puedo —replicó ella, abrazándolo con más fuerza—. Está martilleando contra el tuyo.

No había marcha atrás.

Cuando la penetró, Mitch vio el cambio en sus ojos. Tenían un brillo apasionado que reflejaba sus propias emociones en la unión.

Clancy quería reír, llorar, gemir de alivio, de júbilo.

—Puedo sentirte, Mitch —dijo en un sollozo—. Puedo sentirte.

Había llegado el momento. Mitch aceleró el ritmo poco a poco, como en el clímax creciente de una sinfonía.

La unión fue dulce y ardiente, suave y vio lenta. Tormentas y arco iris.

Para Mitch fue todas las cosas, pues tendría que conformarse con eso. Se juró a sí mismo que nunca volvería a fallar tan estrepitosa mente. No volvería a ceder a sus debilidades. Clancy le importaba demasiado como para utilizarla de aquella manera.

Pero, sólo por esta vez, se permitiría el lujo de saborearlo. Se perdería en un mundo que nunca sería suyo, como sabía demasiado bien.

Más tarde, cuando descendió a la tierra, percibió el aliento cálido de Clancy a su lado. Le asaltó una dulce sensación. Aquello también lo recordaría.

Dio a Clancy un beso en el hombro y luego, se desenredó del abrazo.

Pero, cuando iba a marcharse, Clancy le agarró por un brazo. Arqueó las cejas, interrogándola sin palabras.

—Quédate conmigo, Mitch —susurró, suspirando como una mujer que se despierta de un sueño maravilloso- Quédate esta noche.

Parecía tan tentadora que Mitch deseaba permanecer a su lado de aquella manera por siempre jamás. Extrañas ideas para un hombre realista, se reprochó a sí mismo. Nada dura eternamente

—Voy a quedarme —afirmó, haciendo un ademán en la dirección de su propia habitación.

—Aquí. En mi cama. Conmigo. Igual que antes.

Mitch deseaba decir que no. Establecer los cimientos de lo que

debía suceder inevitablemente. Pero no le salían las palabras.

—Siempre has sido una regateadora de categoría.

Clancy esbozó una sonrisa que le tocó el corazón. Mitch casi podía sentirla.

—Todavía no has visto nada.

Pero sí que lo había visto, pensó Mitch. Había visto algo maravilloso. Se había abandonado a la luz que poseía Clancy. Y, por un tiempo demasiado breve, ella había conseguido que se sintiera un hombre completo. Era casi una ironía.

Tomando su silencio como aceptación, Clancy se abrazó a su pecho como una gata satisfecha, tan suave. Suspiró y los ojos comenzaron a cerrársele.

Mitch deslizó un brazo protector a su alrededor, suspirando a su vez, y se recostó sobre la almohada. No iba a pegar ojo; estaba demasiado agitado. Pero tampoco le importaba mientras tuviera a Clancy a su lado.

«Esto es una locura insensata, Clancy. Ambos lo sabemos. Pero supongo que tampoco pasa nada por hacer la vista gorda esta noche».

El amanecer se presentó sigiloso, caminando sobre piececitos blandos y mullidos, invadiendo el espacio de Mitch con demasiada precipitación. Y con el amanecer, llegó la realidad.

Mitch sabía que no podía permitir que se repitiera lo sucedido.., por el bien de Clancy. Pertenecían a dos mundos diferentes, y él es taba demasiado acostumbrado al suyo como para cambiar por ella.

Además, no sabía cómo cambiar.

Y esto implicaba que debía mantener las distancias con ella a nivel emocional. Se preguntaba si sería posible, pero sabía que debía ser así.

Miró a Clancy y los labios se le curvaron en una sonrisa sin su permiso. Estaba destapada, y él tenía la sábana enredada en la cintura y las piernas como un sacacorchos. Era tan inquieto en el sueño como estoico en la vigilia. Mientras dormía, no podía mantener la guardia sobre sí mismo.

Debería levantarse. Tenía que arreglarse para trabajar y preparar el desayuno. Aun así, se quedó un rato Contemplando el cuerpo de Clancy, dorado por los rayos del sol.

Incapaz de resistir la tentación, deslizó una mano sobre tas caderas de Clancy, descendiendo hacia los muslos. La suavidad lo ex- citó.

«Menuda fuerza de voluntad la tuya, Mitcheil», se dijo.

Los ojos todavía cenados, Clancy posó una mano sobre la suya.

—Hum... me haces cosquillas —susurró llena de satisfacción. No pares.

Pero Mitch paró.

—Qué has dicho?

—He dicho que no pares.

De mala gana, Clancy abrió los ojos.

Mitch se incorporó y la miró, la ansiedad apagando el deseo que comenzaba a crecer en su interior.

—Antes de eso.

Clancy se quedó pensativa por un momento. Medio dormida, todavía tenía la mente nublada. Había soñado con Mitch, que hacían el amor sin cesar en un campo de dientes de león.

—Hum?

Mitch sacudió la cabeza, todavía asombrado.

—No. Has dicho que te hacía cosquillas.

Apoyando los codos en el colchón, Clancy se incorporó parcialmente. Por aquel entonces ya se había espabilado por completo, pero ni siquiera pensó en su desnudez. Maravillada, se miró las piernas.

—Es cierto. Lo sentí —dijo, volviendo la mi rada hacia Mitch—. Hazlo otra vez.

Mitch lo hizo mientras Clancy observaba Sintió un leve hormigueo y la esperanza s abrió paso en su corazón.

—En la otra pierna. Acaríciame la otra.

—Qué mujer más mandona —dijo Mitch, ¿ simulando con el curioso comentario la excitación creciente que sentía, y deslizó los de dos sobre la piel de Clancy—. ¿Y bien? Clancy se mordió el labio, llena de excitación.

—No es demasiado, pero algo, sí. Definitivamente, siento algo —dijo y, Sintiéndose ligera como una pluma, comenzó a reírse—. Deberías haberme hecho el amor mucho antes, Mitch. Al parecer, tiene grandes efectos medicinales.

Sobrecogido por lo que acababa de presenciar, Mitch se las arregló para disimular las emociones cuando estrechó a Clancy entre sus brazos.

—Tú también los tienes —afirmó.

Clancy lo miró con expresión interrogante.

—Eres como una droga —le explicó Mitch—. Nunca puedo saciarme de ti.

—No me importaría demasiado si quisieras seguir probando.

No, sería mucho mejor para ambos que pusiera fin a la situación en aquel mismo momento Lo importante, se recordó Mitch, era y estaba comenzando a recuperarse incorporó bruscamente y llevó los pies el suelo.

--Sabes que sería mejor para ti que no lo hiciera—afirmó.

¿Qué estaba diciendo? Aunque viviera una eternidad, jamás llegaría a comprender cómo funcionaba la mente de Mitch.

—Yo no pienso de esa manera. En absoluto—replicó, adoptando un tono grave—. A menos que tú te arrepientas de lo que ha sucedido esta noche.

Mitch volvió la cabeza para mirarla.

—Estoy arrepentido.

Clancy sintió que se le helaba el corazón en el pecho. Se tapó con la sábana. Pero nada podía ocultar su dolor.

—Oh.

Mitch no podía soportar la expresión que veía en su rostro.

—Porque sólo hace que te desee más y más.

—Entonces, lo de anoche no lo has hecho por compasión.

Mitch se volvió hacia ella.

—Anoche, si había alguien digno de compasión, ése era yo. Me sentí como un hombre que se ahogaba sin posibilidad de salvación.

Clancy observó su cuerpo fuerte y musculoso. Recordó cómo se había moldeado contra el suyo hacía unas pocas horas.

—Para ser un hombre que se ahogaba, fuiste verdaderamente impresionante.

Clancy tenía los dedos entrelazados con los suyos. Mitch sabía que debía marcharse, pero no hizo ningún esfuerzo por apartarlos.

—Clancy. Tengo que ponerme en movimiento.

Clancy lo miró, llevando la mirada hacia abajo, y esbozó una sonrisa

—A mí me parece que ya estás en movimiento...

Mitch dejó escapar una carcajada sin poderlo evitar.

—Eres incorregible.

—Entonces, considérame la misión de vida. Refórmame, agente Mitchell.

Rindiéndose, Mitch se tendió a su lado.

—No creo que pueda.

La sonrisa de Clancy se tomó erótica.

—Inténtalo —susurró.

Y Mitch supo que no saldría de aquella habitación hasta que la hubiera tomado una vez más. No valía la pena pretender lo contrario.

—Llegaré tarde al trabajo.

—Pero feliz —afirmó Clancy, dándole un beso en el hombro—. Es una promesa. Te pro meto que serás feliz.

Mitch sintió que se le calentaba el cuerpo. Clancy era como una fiebre, pensó. Una fiebre que hacía hervir la sangre en sus venas.

—No me cabe la menor duda —replicó, acariciándole los senos.

Era difícil concentrarse cuando le asaltaban mil sensaciones gozosas, pensó Clancy, sin tiendo que se le endurecían los pezones bajo las caricias.

—Y además, ya estamos vestidos para poner manos a la obra —dijo, haciendo un esfuerzo para articular las palabras de modo coherente.

Mitch se echó a reír, un sonido vibrante que subió la adrenalina a Clancy.

—Y quién sabe? —añadió con voz ronca de ansiedad, entrelazando los brazos alrededor del cuello de Mitch—. Tal vez no haya límite para tus poderes curativos. Quizás a continuación podrás hacer que anden los cojos y resuciten los muertos.

Mitch sacudió la cabeza.

—No, ésa es tu especialidad. Yo creía que tenía el alma muerta sin remedio y, sin embargo, tú has conseguido meterte dentro de ella, dándole vida.

Mitch no pretendía halagarla. Simplemente, estaba diciéndole la verdad. Era lo mínimo que le debía.

Clancy se sentía arrastrada bajo el embrujo que sólo Mitch podía trenzar.

—Te diría que siguieras hablando, pero está interponiéndose en el camino.

Esta vez sonrió Mitch.

—En el camino, ¿de qué?

—De esto.

Atrayéndole hacia abajo, Clancy lo besó en los labios. Los fuegos artificiales explotaron al instante.

Mitch le rozó los labios con la lengua y oyó sus gemidos de placer. Y perdió otra batalla. Inevitablemente. De muy buena gana.

De acuerdo, se prometió a sí mismo, tal vez dos veces, pero no más. Después de todo,

aquella mañana era sólo una continuación de la noche.

Racionalizando. Sólo estaba racionalizando.

Mitch sabía que haría cualquier cosa con tal de volver a saborear su cuerpo, de hacer el amor una vez más

En esta ocasión fue menos delicado, más apremiante. No estaba seguro de que se debiera a que ahora sabía que no podía hacer ningún daño físico a Clancy, o a que sabía las maravillas que podían gozar. Pero le daba igual.

Tan sólo sabía que hacer el amor con y era como cabalgar sobre los rápidos en

una balsa de goma. El viaje era veloz, emocionante y excitante a

más no poder.

Y mientras duraba, parecía que no tendría fin.

Incluso fue más maravilloso que la vez anterior. Por la noche, casi fue una unión etérea. En esta ocasión, la luz del sol parecía estampar en el acto el sello de la realidad.

Y sin embargo, seguía siendo un sueño, pues nunca formaría una parte permanente de su vida. No podía hacer a Clancy esa faena. Ella se merecía mucho más de lo que podía ofrecerle.

Pues sólo podía ofrecerse a sí mismo, el hijo de un ladrón. Un hombre que ni siquiera era fiel a sus principios. Parecía una oferta muy pobre a cambio de la pasión y abandono que le ofrecía ella a cambio.

Clancy se abandonó a la magia, a los sabores salvajes y eróticos que bebió recorriendo la piel de Mitch con los labios. A la sensualidad que la bañaba por todas partes, tragándola, envolviéndola.

Enredó las manos entre el cabello de Mitch, jadeando más y más cuando la tomó, llevándola al límite de la locura

Casi tenía la sensación de que ninguna otra cosa había sucedido en realidad a lo largo de su vida. No había existido Stuart, ni el accidente, ni todo el tiempo perdido.., nada había ocurrido. Siempre había sido así, con Mitch en su cama, amándola, haciendo que se sintiera maravillosamente bien, como un hilo sutil que jamás había llegado a romperse,

Y lo más importante, se prometió a sí misma, era que de alguna manera iba a asegurarse de que dicho hilo no volviera a romperse jamás.

Porque sabía que seguía amando a Mitch.

Capítulo 12

ESTABA sucediendo. Exactamente lo que no quería que sucediera.

Clancy estaba absorbiéndole la vida. Desde que habían hecho el amor por primera vez unos cuantos días atrás, todo lo demás había pasado a un segundo plano.,

Se suponía que las cosas no debían ser de esa manera.

Mitch frunció el ceño, girando para tomar una carretera privada. McAffee y él estaban respondiendo a una llamada de uno de los hogares más exclusivos de Beverly Hills, si una mansión de veinticuatro habitaciones podía considerarse un hogar.

Una sirvienta muy nerviosa les abrió la puerta y les condujo al interior. La última víctima del Amante del Arte les recibió en un espacioso salón. El hombre en cuestión se volvió hacia ellos, observándolos con frialdad. A sus espaldas unas cortinas de terciopelo negro enmarcaban, un espacio de la pared sospechosamente vacío. Por su expresión debía tener mucho canijo a la pintura que, probablemente, ahora se hallaría en posesión de su padre, pensó Mitch, el cual no se molestó en ofrecer la mano al hombre.

—Señor Wade, soy el agente Mitchell. El es el agente McAffee. Venimos a tomarle la declaración.

Hamilton Wade dirigió la mirada hacia la puerta, esperando que apareciera alguien más, cosa que no sucedió.

—Solicité que vinieran inspectores.

Mitch ignoró el tono despectivo.

-Y vendrán.

—Nosotros venimos a tomarle una declaración preliminar —añadió McAffee.

McAffee había percibido la irritación que reflejaron los ojos de Mitch por un instante. Aquel no era un buen día para bromear con su compañero. Cada vez que daba un golpe el ante del Arte, Mitch se ponía de malhumor Se preguntaba la razón.

—Entonces, si puede hacernos una descripción general —dijo McAffee al señor Wade, Sacando su libreta de un bolsillo dé la chaqueta. Pude verlo, saben —comenzó Wade, y resplandeció el anillo de diamantes que llevaba cuando se mesó el cabello con mano algo temblorosa—. Estaba de vacaciones con mi familia. En Hawaii.

La expresión desdeñosa que adoptó revelaba lo que pensaba de la isla turística.

—Allí sólo hay arena, agua y souvenirs, y decidí volver a casa. Por tanto, dejé a la familia en Hawaii y regresé. Tenía trabajo pendiente.

Reviviendo la pasada hora, al señor Wade se, le aceleró la respiración.

—Cuando entré, el bastardo estaba a punto de descolgar el Warhol de la pared —explicó, haciendo un ademán hacia el cuadro en cuestión.

Mitch había dejado de escuchar justo después de que el hombre pronunciara la primera frase.

—Qué aspecto tenía? —gruñó más que habló.

Wade había estado dirigiendo sus palabras a McAffee y, cuando se volvió hacia Mitch, se encogió un poco al ver su expresión.

—Era delgado. Muy delgado. Y alto. Pero llevaba un pasamontañas y no pude verle la cara —explicó Wade, la indignación en el rostro—. A plena luz del día. ¿Dónde vamos a parar, maldita sea? La casa casi nunca está vacía. ¿Cómo lo sabría?

Uno de los principios sagrados de Sam era estudiar el terreno antes de actuar. Conocer las idas y venidas de sus víctimas para no llevarse sorpresas desagradables.

—Es su negocio —dijo Mitch con sequedad—. Y aparentemente, es muy meticuloso. Bueno, exactamente, ¿qué se ha llevado?

Wade abrió el cajón central de un escritorio muy lustroso y sacó un sobre que contenía varias fotografías. Un par de ellas eran del cuadro robado.

—El Monet —respondió Wade, pasando una foto a Mitch, el cual se la pasó a McAffee—. Es una obra poco conocida, pero aún así es muy valiosa.

Pasaron media hora más en la mansión, interrogando a Wade y reuniendo toda la información posible Una vez concluida la declaración, McAffee dio a Wade una tarjeta, diciéndole que telefoneara si se le ocurría algo más. También le aconsejó que se pusiera en contacto con su agente de seguros y que estarían en contacto.

Wade se olvidó de preguntar por los inspectores.

McAffee siguió a Mitch hasta la salida, donde bajaron por la escalinata de piedras blancas y relucientes que, sin duda, alguien limpiaría cada semana.

—Bueno, al menos sabemos que se cuida de no acumular grasas ni colesterol —observó McAffee cuando se acercaban al coche patrulla.

Mitch estaba distraído, pensando en quién podría contactar para descubrir el paradero de su padre. Abriendo la puerta del conductor, miró a su socio por encima del techo.

—Cómo?.

—Alto y delgado —le recordó McAffee, acomodándose en el asiento-.De gustos refinados y, probablemente, tendrá un título en informática o alguna materia similar.

-No hace falta título-Sólo experiencia-le dijo Mitch con sequedad.

-Este asunto te tiene muy fastidiado, ¿verdad?¿O se trata de Clancy?

Mitch iba a ignorar la pregunta, pero recordó que McAffe le dejaba usar su jacuzzi. Le debía un favor.

Conducía lentamente por una calle flanqueada de árboles, dejando que el ambiente tranquilo penetrara en su sistema nervioso.

-Ambas cosas.

McAffee repasó lo que sabían respecto al esquivo ladrón.

—Bueno, parece que el tipo está tomándose las cosas con más calma. Este es el primer golpe que da en más de dos semanas. Tal vez se ha vuelto cauteloso y está pensando en trasladarse a otra zona.

Sin saberlo, McAffee había acertado. «Nunca te quedes más tiempo del conveniente», solía decir, con el significado de que nunca daba a la policía tiempo suficiente para seguirle la pista.

—O quizás está haciéndose viejo —dijo Mitch sin pensarlo.

McAffee se quedó pensativo por un momento.

—Crees que es viejo?

Mitch no quería decir nada en un sentido ni en el otro. Todavía no tenía pruebas definitivas de que los robos fueran obra de su padre.

—Desde luego se trata de un experto, y la experiencia se adquiere con los años.

McAffee tenía sus dudas.

—No sé, a veces se nace con ella. Hay pira s informáticos que hacen maravillas con un

ordenador y apenas han dejado de usar pafia El sobrino de Alicia tiene diez años y sabe «gramar el video mucho mejor que yo.

Mitch soltó una carcajada.

—Hasta un chimpancé sabría programar un video mejor que tú.

McAffee se ofendió por el comentario, aun que sus conocimientos sobre el tema se limitaban al botón de encender y apagar el aparato.

—Gracias por el cumplido.

Mitch no lo escuchó. Había tomado una de cisión. Si su padre era el autor de los robos, no podía hacer otra cosa. Lo arrestaría, aunque le pesara en el alma. Si no tenía nada que ver en el asunto, sentiría un gran alivio. Al fin y al cabo, era su padre, y este hecho tenía su peso.

Ahí también tenía algo que ver Clancy. Es taba ablandando su carácter.

Miró de reojo su reloj. Y también le hacía anhelar la vuelta a casa.

McAffee advirtió la mirada y miró su propio reloj.

—No va siendo hora de que la llames?

Mitch se irritó. El condenado McAffee no pasaba por alto el menor detalle.

—Qué se supone que eres, mi ángel de la guardia?

Un recién nacido no podría haber adoptado una expresión más inocente.

—Sencillamente, no quiero que te retrases—dijo McAffee, poniéndose serio—. Es una mujer especial, Mitch. No lo estropees.

—No hay nada que estropear. Le debo algo y voy a pagar la deuda. Eso es todo.

Había mucho más que eso y ambos lo sabían.

—Claro —dijo McAffee, mirando al frente.

La sencilla palabra era más burlona de lo que podía parecer.

—Muy bien, suéltalo. ¿Qué estás pensando?

—Nada, nada -dijo el hombre más joven, encogiéndose de hombros en un exagerado ademán de inocencia—. Excepto que hasta un ciego podría ver que, por su manera de mirarte, ella piensa que hay algo entre vosotros, aunque tú digas lo contrario.

—Yo no lo digo. Lo pienso. ¿Comprendido?

McAffee torció los labios. Estaba riéndose sin hacer ruido.

-Claro.

—Sabes, yo también podría solicitar otro compañero de patrulla.

Esta vez McAffee se rió en voz alta.

—Nadie querría patrullar contigo —replicó, haciendo un ademán hacia la esquina que tenían por delante—. Hay un teléfono público ahí al lado.

Mitch le dirigió una mirada fulminante, a pesar de que comenzó a pegarse a la derecha para detenerse.

—Conozco la zona, McAffee.

—Sólo pretendía ayudar.

Cuando habló con ella, Clancy parecía cansada, pero muy animada. Se había pasado casi toda la mañana trabajando.

—No traigas nada de cenar —le indicó alegremente.

Mitch solía llevar cada noche cena preparada.

—Por qué?

—Porque tengo una sorpresa para ti.

—No me gustan las sorpresas.

Era cierto. Rara vez eran buenas. Esta idea se la había pegado su padre, suponía.

—Esta te gustará —le prometió Clancy—. Sólo date prisa y ven a casa cuanto antes.

A Mitch le gustó cómo sonaba la última frase, y sabía que no debería gustarle. Era parte de la trampa. Era demasiado fácil

acostumbrarse a ciertas cosas con Clancy.

—Haré lo que pueda. ¿Has hecho los ejercicios?

—Sí, maestro.

A Mitch le dio la impresión de que lo en volvía el cariño que impregnaba su voz. Se sacudió de encima la sensación.

—Muy bien. Continuaremos donde lo dejamos cuando llegue.

—Prometido?

Mitch sabía exactamente lo que estaba pensando y esbozó una sonrisa sin querer.

—Me refiero a la terapia.

—Yo también —afirmó Clancy, haciéndose la inocente—. Hasta luego.

Mitch procuró no pensar en lo mucho que deseaba estar con ella.

—Hasta luego.

Mitch colgó el teléfono y contuvo la sensación que estaba rodeándole con sus largos y poderosos tentáculos. Satisfacción. Sería de masiado fácil acostumbrarse...

Y aquella situación era sólo temporal. Estaba más seguro que nunca de este hecho.

Clancy estaba haciendo grandes progresos. En L cuestión de semanas volvería a caminar. Y entonces, ya no lo necesitaría más y no habría i razón para permanecer a su lado.

Y así lo quería. Aquella extraña sensación agridulce, como espinas de cactus que le pinchaban, no tenía ningún sentido.

Y la culpa en este caso también era de Clancy. Había convertido en un auténtico caos sus emociones, y él no estaba acostumbrado a tener sensaciones de ninguna clase

Aquellas subidas y bajadas de ánimo que padecía se debían sólo a Clancy. Y estaban alterando su vida.

El aroma dio la bienvenida a Mitch antes de que tuviera tiempo de sacar la llave de la cerradura. No lo situaba exactamente, pero era maravilloso. Lo que implicaba que bien había alguien más en el apartamento, bien estaba cocinando Clancy.

—Qué estás haciendo —preguntó, acercándose a ella.

Clancy llevaba dos platos en el regazo. Ya había puesto el resto de la mesa. Volvió la cabeza, sobresaltada. Estaba tan absorta en preparativos de la cena que no había oído entrar a Mitch.

—Cocinando —afirmó, los ojos c de orgullo.

Poco a poco estaba recobrando su vida. Gracias a Mitch.

Mitch dirigió la mirada hacia los la cocina y pensó en todas las cosas podían haber ocurrido. Como mínimo, se habría podido quemar.

—No tenias por qué haberlo hecho.

Que el júbilo de Mitch no se equiparase al suyo, molestó un poco a Clancy. Pero así era Mitch. El júbilo no entraba dentro de su repertorio.

—Sí tenía que hacerlo. Y quería hacerlo —replicó, dejando los platos sobre la mesa, y luego, hizo un ademán hacia la cacerola que había en el centro. No hacen tetrazzini de pollo decentes para llevar.

Clancy había tardado el doble de lo habitual en prepararlos Parte del problema se debió a que le faltaban un par de ingredientes. Lo había solucionado telefoneando al supermercado que frecuentaba antes del accidente. Siendo Clancy, había hecho buenas migas con el personal , y la mujer que respondió a la llamada conoció su nombre y se encargó de que le llevaran a casa el pedido.

Cuando por fin metió la cacerola en el horno, se sintió como si acabara de alcanzar la de una montaña

Trabajo de equipo, pensó henchida de orgullo. Todo podía conseguirse con trabajo de equipo. Sólo tenía que mirarse a sí misma y a Mitch. Sin él, no habría progresado tanto. El la había empujado, siempre dándole ánimos para que se esforzara con más brío en salir adelante.

Mitch observó la mesa. Además de la cacerola, había panecillos calientes y una fuente de verdura cocida al vapor.

—Tú has hecho todo esto?

Clancy literalmente resplandecía, igual que solía, pensó Mitch.

—Sí.

El no acababa de asimilarlo. Clancy había progresado mucho y podía mantenerse en pie sin ayuda durante unos segundos. Pero toda vía no podía caminar.

—Sola?

—Bueno... Dios hizo el pollo, pero yo me encargué de todo lo demás.

Mitch le ayudó a acomodarse en la silla. Notó que ya no se agarraba tan fuerte a su brazo. Otra indicación de sus progresos. Y cada paso alejaba a Clancy un poco más de él.

—Entonces, supongo que tendré que comer.

Clancy no sabía si estaba bromeando, pero le gustaba pensar que sí. De alguna forma, era algo íntimo, como si Mitch fuera sólo suyo.

—Después de lo que me ha costado preparar la cena, o te la comes, o te la llevas puesta.

Mitch se acomodó en la otra silla, a su lado.

—Vaya carácter.

Clancy hizo un gesto hacia la cacerola, indicando a Mitch que se

sirviera.

—Todos los chefs más famosos son temperamentales.

Conteniendo el aliento, observó la cara que ponía Mitch cuando probó el primer bocado.

El asintió cuando el sabor se extendió por la lengua.

—Bueno.

Mitch nunca fue demasiado hablador. Según su rasero, aquél era un gran halago. Clancy movió los hombros, sacudiéndose la tensión que la oprimía.

—Bueno, ya que no te has puesto morado, creo que probaré un poco.

Mitch dejó de comer para servirle un plato, pero Clancy le apartó las manos.

—Puedo hacerlo yo.

Mitch siguió sirviéndole el plato.

—No hay nada de malo en permitir de vez en cuando que hagan las cosas por ti —afirmó, dejando el plato frente a ella—. La única parte de ti que no funciona es la cabeza. Clancy alzó la barbilla.

—Mi cabeza funciona bien.

Mitch le dijo con una mirada que estaba de acuerdo.

—Entonces, estás bien.

Clancy había dejado que brotara su irritabilidad y lo miró con expresión arrepentida. Mitch no se merecía que le gritara.

—Sí, estoy bien —afirmó.

Entonces se echó hacia atrás y, los ojos chispeando maliciosos, le indicó la fuente de verduras.

—Pásame la verdura, por favor.

—Tampoco te tomes demasiado en serio lo que te he dicho —le dijo Mitch, acercándole la fuente.

—Oh, no sé. Pensándolo bien, que te sirvan tiene sus ventajas.

Clancy puso el plato frente a ella y miró a Mitch. Bromear era divertido, pero le apetecía hablar de algún tema más sustancioso que no estuviera relacionado con su terapia.

—Mitch, ¿por qué no hablas nunca de tu trabajo?

La pregunta le pilló desprevenido y no la respondió de inmediato.

—A una persona como tú, no le gustaría oír hablar de mi trabajo.

—Alguien como yo —repitió Clancy, procurando no precipitarse a dar significado a sus palabras—. ¿Y cómo soy yo?

—Ya lo sabes.

—Sí, pero me gustaría oír tu versión. Tal vez no coincidamos.

¿Se creería Mitch que era una esnob en el fondo, a causa de su educación?

—Refinada —dijo Mitch, tomando otro bocado, pero su apetito estaba flaqueando, a pesar de que la comida estaba buena—. Acostumbrada a las mejores cosas de la vida.

A Clancy no le gustaba la imagen que es taba pintando.

No vivía encerrada en una casita de cristal. ¿Acaso no se lo había demostrado?

—Tú deberías saber que no soy ninguna muñeca de porcelana, que no me rompo —le dijo, y posó una mano sobre la de Mitch, sintiendo que algo no marchaba bien—. Háblame de tu trabajo, Mitch. Quiero saberlo.

El se encogió de hombros y, minimizando la importancia del caso, le ofreció una versión resumida.

—De acuerdo. Estamos investigando una serie de robos en Beverly Hills. El ladrón sólo se lleva cuadros. Sólo de los autores más cotizados. Hoy mismo ha robado un Monet.

Clancy nunca consideró a los ladrones selectivos, sino simplemente codiciosos

—No debería ser demasiado difícil pescarlo Hay muy poca gente que posea cuadros de

tanto valor.

Mitch dejó escapar una carcajada. De alguna manera, su padre se las arreglaba muy bien para eludir a la ley. A veces daba la impresión de que realmente era un fantasma.

—Más de la que piensas. Y el ladrón, además de selectivo, conoce los sistemas de seguridad como la palma de su mano. Es su hobby.

A Clancy le intrigó la conclusión de Mitch.

—Cómo lo sabes? ¿Acaso se trata de un ladrón famoso? ¿Sabes quién es?

El rostro de Mitch se ensombreció.

—No. Es sólo una suposición —dijo, apartando el plato—. Ha sido un día muy largo y caluroso. Voy a ducharme antes de que nos pongamos a trabajar.

Clancy asintió, observando su marcha. Mitch había dejado su plato en la mesa, algo extraño en él. Le había irritado.

¿Qué habría dicho para enfadarle? Descuidado, pensó Mitch cuando se metió en su habitación para cambiarse. Estaba volviéndose descuidado. Antes jamás se le habría escapado nada Era un policía, y un policía no podía bajar la guardia, pues en este caso no serviría para nada.

Esperaba poder librarse del embrujo de Clancy antes de que fuera demasiado tarde

Capítulo 13

DESPUÉS de ducharse, Mitch se frotó con tanta energía que se le enrojeció la piel, pero sus preocupaciones no se disolvieron con el agua.

Irritado consigo mismo, con todo, se anudó la toalla a la cintura de cualquier manera y se dirigió a su habitación.

Frenó en seco al encontrarse a Clancy, exigiendo en silencio una explicación de su presencia. Sólo les separaba la cama.

—Háblame.

Ciertamente Clancy elegía momentos muy oportunos para hablar, pensó Mitch, haciendo un ademán hacia el armario.

—Te importaría que me vistiera primero?

—Me da igual que te pongas una armadura o una hoja de parra. Siempre y cuando me hables.

A Mitch no le gustaba que invadieran su espacio Procurando contener la imitación, sacó

del armario una camiseta y la arrojó sobre la cama, junto a sus vaqueros desteñidos favoritos.

¿Clancy quería hablar? Vale, muy bien, hablarían.

—Crees que lloverá? —preguntó, sacando un calzoncillo de un cajón.

Clancy lo miró con expresión grave de solemnidad.

—Háblame, Mitch. Pero háblame de verdad.

—Acerca de qué?

—Acerca de lo que te preocupa.

—No poder vestirme tranquilo. Eso es lo que me molesta.

—Estás cerrándome el paso, Mitch.

Mitch le lanzó una mirada fulminante. ¿Porqué no podía la condenada mujer dejar las cosas como estaban? ¿Por qué se empeñaba en presionar? Hizo un ademán irritado con la mano, señalando hacia la puerta de la habitación.

—Si eso fuera verdad, habría echado el cerrojo a la puerta.

—Sabes que no me refiero a eso.

Clancy se apoyó sobre el brazo de la silla con una mano y se incorporó a la altura suficiente para tocarle el pecho con la otra.

—Me refiero a tu corazón. No me dejas entrar ahí.

Mitch no dijo nada. Se desvaneció la irritación de su mirada, sustituida por la tristeza. Si realmente fuera cierto que le había cerrado las puertas de su corazón, no estaría todavía a su lado.

Pero no valía la pena explicárselo.

—Creo que deberías contactar con tu empresa para que te asignen algún trabajo. Un proyecto a plazo fijo a ser posible. Así te distraerás y

no acabarás de volverte loca del todo.

—No es mala idea. Me sentiría útil otra vez. Pero ahora no estamos hablando de mis problemas.

—No. Estamos hablando de los tuyos.

—Yo no tengo ningún problema.

«Oh, claro que lo tienes», pensó Clancy, alzando la barbilla, decidida a resistir diez asaltos si era necesario

—Entonces, ¿por qué te enfadaste durante la cena y te quedaste callado como un muerto? Y por qué te levantaste de la mesa bruscamente para ducharte?

--Estaba sucio.

Clancy entornó los ojos, mirándolo fijamente.

—Estabas evitando el tema.

El genio de Mitch entró en erupción.

—De qué demonios estás hablando? ¿De qué tema?

Clancy no iba a dejarse intimidar. Había pasado por demasiadas cosas como para amilanarse ahora. Casi parecía que estaban descendiendo otra vez por la misma pendiente, hacia la disolución. Parecía que, cuanto más mejo raba su estado, más se alejaba Mitch de ella. Sólo que esta vez había conocido una nueva faceta de Mitch, la de su ternura. Y no estaba dispuesta a permitir que se volviera a marchar. No sin saber la verdadera razón.

—Yo también puedo gritar, Mitch —dijo, elevando la voz—. Tan alto como tú.

Mitch iba por su camisa, pero Clancy le bloqueó el paso.

—No soy la única inválida potencial que hay en la habitación. Tú no has permitido que me escondiera tras esa etiqueta. Bueno, pues yo tampoco permitiré que lo hagas.

Mitch respiró profundamente, procurando tranquilizarse un poco

—Estás preocupándote por nada, Clancy. No tengo la menor idea de lo que estás hablando.

Eso no se lo creía ni él, pensó Clancy. Debía encontrar el modo de conseguir que se abriera.

—Las piernas no son la única cosa que se puede paralizar, Mitch. Y dentro de ti hay algo congelado. Algo de lo que no hablas. ¿Qué dije en la mesa que te tocó un nervio?

Clancy había dado muchas vueltas al asunto mientras esperaba a que saliera de la ducha. Y nada tenía sentido.

—Qué es lo que te preocupa sobre los robos?

—No haber resuelto el caso.

—Hay algo más que eso. Cuando te pregunté si conocías al ladrón, pusiste una cara muy rara.

Clancy enmudeció. ¿Estaría protegiendo a alguien? ¿Mitch? No parecía posible.

—Sabes quién es?

Mitch permaneció en silencio.

—Lo conoces, ¿verdad?

De súbito, Mitch sintió que no tenía sentido seguir peleando con Clancy. No le quedaba el menor asomo de voluntad. Se sentó en el borde de la cama, la toalla ceñida a los mus los, y sacudió la cabeza.

—No. No estoy seguro.

—Pero sospechas.

Mitch volvió la mirada hacia Clancy. Dios, había tantas cosas que ignoraba, cosas que él no deseaba contarle.

—Sí.

—De quién?

Mitch la conocía y sabía que no se rendiría hasta que se lo contara. A lo mejor no sería tan malo. Tal vez así comprendería la razón por la que no tenían ningún futuro. Tal vez así comprendería con quién estaba tratando exactamente.

—De Sam Mitchell. Mi padre.

Clancy se quedó estupefacta.

—Cómo?

—Sospecho que el ladrón es mi padre.

Le produjo una sensación extraña pronunciar las últimas dos palabras. No había tenido demasiadas ocasiones de emplearlas a lo largo de su vida.

—Me tomas el pelo.

Mitch soltó una carcajada hueca, carente de humor.

.—Eso te parece?

Inquieto, Mitch tenía ganas de moverse, de levantarse. Pero, sobre todas las cosas, quería mirar a Clancy a los ojos, quizás por última vez, y sentado era más fácil de hacer.

—Sam Mitchell es la razón por la que me convertí en policía. Siempre he creído en el sistema de la balanza. Tanto debes, tanto pagas. Mi padre era un ladrón y, por consiguiente, yo debía colocarme al lado de la ley para compensar.

Era increíble, pensó Clancy. Siempre había supuesto que los padres de Mitch habían muerto y que su relación con ellos no había sido demasiado buena. Nunca se habría imaginado la razón por la que él nunca le habló de ellos.

—Y qué te hace pensar que es el autor de los robos? ¿Encontraste sus huellas?

—No, pero sí encontré otros detalles tan re veladores como las

huellas. Cuando no estaba complicado en alguna estafa, le gustaba trabajar en el campo del arte. Tenía dos pasiones que le consumían la vida. La electrónica y los cuadros caros. Todos los robos llevan su sello.

—Si eso es cierto, ¿por qué no le detienes para interrogarle?

—No tengo la menor idea de dónde puede estar.

Eso por sí solo ya era terrible, pensó Clancy, imaginando lo que sentiría si desconociera el paradero de sus padres. Aunque les separase medio mundo, siempre se mantenían en contacto con ella, y sabía que siempre podía contar con su cariño y apoyo. Algo que Mitch nunca había tenido.

Mitch extendió las manos sobre las rodillas, procurando adoptar una actitud de ligereza, intentando disimular que le dolía recordar.

—Se marchó cuando yo tenía doce años. Lo he visto un par de veces más tarde, pero puede decirse que, desde entonces, no forma parte de mi vida, básicamente. Según la última noticia que tuve, se había marchado a la Costa Este porque necesitaba un cambio de aires. En los pasados diez años, no he sabido nada de él.

Clancy deseaba abrazar a Mitch para con solarle, pero sabía que a él no le gustaría el gesto. Sufría por él, por el terrible dilema que afrontaba.

—Qué harás si localizas su paradero?

—Arrestarlo. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Clancy le dio un apretón en la mano.

—Lo siento.

Mitch no deseaba su compasión. Quería que todo fuera igual que seis años atrás. Que ría pasar por la vida sin sentirla.

—Sí, yo también.

Clancy percibió que estaba cerrándose y, desesperada, buscó algún modo de conseguir que siguiera hablando.

—Debe haber sido muy duro para ti, crecer de esa manera.

—Me las arregle para salir adelante Para mi madre fue más duro.

Mitch no se dio cuenta del tono amargo que había adquirido su voz, pero Clancy sí que lo notó.

—Era la personificación de la rectitud. De pequeño, una vez robé una barra de regaliz de una tienda. Ni siquiera me gustaba el regaliz, pero fue un impulso. Ya sabes, como hacen todos los niños.

—Yo nunca robé nada.

No había tiendas de chucherías donde había crecido Clancy. Y nunca le habían dejado ir sola a ninguna parte.

—Por qué será que no me sorprende? —dijo Mitch, y por un instante fugaz, la miró con ojos encendidos de cariño mientras la

observaba—. Eres diferente. En todo caso, mi viejo se rió y dijo que era el hijo de su padre. Mi madre se quedó horrorizada, pensando que iba camino del infierno. Sólo tenía cinco años y me obligó a devolver el regaliz y pedir perdón. Tenía miedo que acabara cómo mi padre.

Mitch hizo una pausa, recordando.

—Siempre tenía miedo. Nunca se reía como mi padre

Casi podía verlos, sentados a la mesa. Su madre diciendo a su padre que iba a condenarse. Su padre gastándole bromas para no llevarse un sermón.

—Mi padre siempre parecía feliz.

—Lo querías.

Mitch se irguió y los recuerdos se desvanecieron. La culpabilidad le roía las entrañas.

—Era un ladrón. No se puede querer a un ladrón.

—Sí, cuando es tu padre.

Mitch se encogió de hombros y se puso en pie. No quería seguir hablando. ¿Cómo se las habría apañado Clancy para sonsacarle tantas cosas?

—Has acabado ya el interrogatorio?

Clancy asió una de sus manos.

—No estaba interrogándote, Mitch. Quiero formar parte de tu mundo, Mitch. Necesito que me dejes entrar.

—Mi mundo —repitió Mitch, intentando apartar la mano, pero Clancy la aferraba con demasiada fuerza—. No es un lugar bonito.

¿Por qué se empeñaba en comportarse como si pensara que ella era una criatura frágil que se asustaba de su propia sombra, cuando le había demostrado todo lo contrario?

—Pues tú estás dentro de él.

Mitch sintió que se le curvaban los labios de manera automática.

—Como ya te he dicho, no es un lugar bonito.

Percibiendo que menguaba la tensión de Mitch, Clancy entrelazó los dedos con los su-

—Es muy bonito. Igual que tú. Mitch se echó a reír por culpa de la imagen que presentaba Clancy

—Nunca me habían llamado bonito.

—Me alegra saberlo. Así no tendré que sacar los ojos a nadie.

Mitch observó el rostro de Clancy, hinchiéndose de orgullo sin poderlo evitar. Tenía emociones peligrosas, pero no encontraba el modo de librarse de ellas.

—Eres una cosita muy violenta, ¿verdad?

Clancy esbozó una sonrisa.

—Sólo cuando se trata de ciertas cosas.

Mitch sacudió la cabeza, sintiendo que quedaba sin defensas otra vez.

—Oh, Dios, Clancy, ¿qué voy a hacer contigo?

Ella recorrió el cuerpo de Mitch con la mirada antes de alzarla hasta sus ojos.

—Tengo una sugerencia muy buena.

Mitch la asió con fuerza de las manos y la puso en pie, estrechándola entre sus brazos. El calor de Clancy hacía que se sintiera seguro.

—Puedo adivinar?

—Es necesario? Creía que ya lo sabías.

—Sí, creo que lo sé —afirmó Mitch, alzándola entre sus brazos—. ¿Mi cama o la tuya?

Clancy hizo todo un espectáculo del gesto de mirar hacia la cama de Mitch.

—La tuya —respondió, la malicia danzando en su rostro—. De vez en cuando, me gusta

cambiar de escenario.

Con delicadeza, Mitch la dejó sobre la cama y luego se tendió a su lado, deslizando un brazo por debajo de ella.

Impaciente, Clancy asió el borde de la toalla de Mitch y la desanudó, extendiendo las manos sobre sus caderas y sintió que se le tensaba el vientre, a la vez que su propia ansiedad comenzaba a florecer y palpitar dentro de ella.

En su interior todo gritaba «deprisa, de prisa», como si debiera anticiparse a algo Como si temiera que Mitch fuera a marcharse.

Mitch se dio un festín en la boca de Clancy, como si fuera la primera vez que la saboreaba, como si, durante todos esos años hubiera bebido sólo agua y ella fuera vino. Sin dejar de besarla en los labios, le quitó la ropa con i nos impacientes, queriendo sentirla, queriendo estar dentro de ella.

Una y otra vez la besó en los labios, en las mejillas, en el cuello. Debía poseerla, enseguida, antes de que el mundo explotara.

Clancy se agitó debajo de Mitch, arqueándose para frotarle el pecho con los senos. El gemido fue suyo. O tal vez de Mitch.

Daba igual, pensó. Ambos eran un solo ser. Uno solo incluso antes de que se unieran físicamente.

Contuvo el aliento cuando Mitch descendió para llevar la boca sobre sus senos, sobre su vientre, mordisqueándola y lamiéndola, enloqueciéndola de excitación, estremeciéndola mientras bajaba más y más, siempre más.

Clancy pensó que no iba a poder soportarlo, pero Mitch continuaba aumentando su excitación, haciendo que sollozara, que suplicara en silencio.

Y entonces, alcanzó el núcleo más erótico de su ser.

Mitch llevó la lengua a su interior. Fue como un rayo resplandeciendo en un cielo estival. Clancy gimió, asombrada. Eufórica. Sintiendo mil alfileres en las venas

Clancy se revolvió, jadeando. Estaba resbalando, cayendo, volando Buscando un ancla Se agarró al cabello de Mitch, apretándose Contra él.

Las erupciones no dejaban de estallar, floreciendo una tras otra, los fuegos artificiales iluminando el cielo oscuro. Mitch la elevó a otro clímax, y luego a otro. Y otro.

—Mitch, no puedo más —dijo entre jadeos, casi sollozando de júbilo—. No puedo...

Mitch alzó la cabeza, los ojos ensombrecidos de deseo.

—Claro que puedes —susurró, su aliento acariciándola entre los muslos.

Apoyándose sobre los codos, Mitch extendió la longitud de su cuerpo contra el de Clancy, encendiéndola.

Ella lo miró a la cara, enmarcada en una aureola de deseo que no podía borrar de sus ojos. No había nada excepto Mitch. Sólo él.

—Haz el amor conmigo, Mitch.

Se sentía increíblemente suave debajo de Mitch. El sonrió al mirarla

—Creía que estaba en ello.

—No, no. Ahora.

Clancy quería sentirlo dentro de su ser antes de que volviera a caer de nuevo por el precipicio.

—Por favor, ahora. Siento que voy a explotar.

Clancy siempre le hacía sonreír, pensó. Era la luz del sol que nunca tuvo.

—No sin mí —murmuró.

¿Eran imaginaciones suyas?, se preguntó. O Clancy había separado las piernas sin darse cuenta?

No era momento para preguntar. Podía dejarlo para más tarde. Pero era evidente que Clancy estaba progresando más rápidamente que antes.

Muy pronto todo aquello sólo sería un recuerdo borroso. Un recuerdo maravilloso y agridulce.

Como si estuviera negando lo que sabía que era un hecho, Mitch penetró en su interior, el corazón palpitante. Aferrándola por las

nalgas, alcanzó las dulces y húmedas profundidades de su interior. El éxtasis llegó con bordes mellados y afilados, con un precio casi demasiado duro de pagar. Pero lo que contaba era el momento y debía agarrarse a él antes de que se disolviera.

Un gemido de Clancy acrecentó su excitación, avivando el fuego que sentía en las venas. Susurrándole su nombre al oído, Mitch comenzó a moverse, inventando un ritmo atemporal, un ritmo que sólo les pertenecía a ellos dos.

Justo antes de que Clancy sintiera el maravilloso estremecimiento que se apoderó de ella, podría haber jurado que oyó a Mitch decir algo. Sus palabras resonaron en su mente. una y otra vez.

Te amo.

¿Lo había dicho? O tan sólo eran ilusiones suyas?

Yo también te amo, Mitch. Siempre te amé.

Clancy lo abrazó con todas sus fuerzas cuando la explosión borró el resto del mundo.

Capítulo 14

SOBRE LA mesa, Cynthia puso derechos los papeles que le había pedido Clancy. La sala había sufrido una transformación radical desde la semana que pasó allí. Todo estaba cambiado de sitio, y además habían incorporado unas barras paralelas en un extremo del cuarto, y en el opuesto un escritorio en forma de herradura presidido por el ordenador que le enviaron diez días atrás. Clancy estaba conectada con la oficina y les enviaba el trabajo desde allí.

Aunque sonaba animada por teléfono, había tenido cierta aprensión cuando fue a verla. Y se llevó una alegría tremenda al comprobar que la vieja Clancy estaba en plena forma.

—No puedo creer que tengas tan buen aspecto —le dijo por tercera vez, sin dejar de maravillarse—. Sabes, debo reconocer que me tenías muy preocupada.

Clancy se echó a reír.

—Yo también estaba muy preocupada conmigo misma.

—Me alegra ver que has vuelto a ser la misma de siempre.

—Todavía no, pero estoy trabajando en ello.

Cynthia miró alrededor, en busca de algún indicio de que Mitch siguiera viviendo en el apartamento.

—Hablando de trabajo, ¿qué tal te va con el ángel paternal?

Clancy esbozó una sonrisa íntima y cálida. Cynthia pensaba que Mitch y ella estaban hechos el uno para el otro. Bueno, pues ya eran dos.

—Poco a poco. Muy lentamente. Algunos días pienso que por fin estamos en el camino correcto. Otros, me parece que todo es pasajero. Que sólo se quedará hasta que me recupere.

—Entonces, tómate tu tiempo —le aconsejó Cynthia—. Dale largas.

—No puedo. No sería justo. Le debo honestidad.

—Le debes felicidad —interpuso Cynthia.

Clancy era una mujer inteligente, pero en asuntos de hombres, podía ser tan ingenua como una niña. El hecho de que hubiera estado a punto de casarse con Stuart lo demos traba.

—A veces tienes que mentir a los hombres por su propio bien. Créeme.

Tal vez funcionara en el caso de Cynthia, pero a Clancy no le gustaba andarse con juegos. No iba con su carácter. Para ella la honestidad era vital.

—Sólo sé que, de no ser por .Mitch, probablemente no estaría aquí.

—Clancy! —exclamó Cynthia, asombrada por la revelación.

—Es verdad. Mitch Consiguió que me diera cuenta de que me faltaban ánimos para sobre ponerme. Y, desde entonces, todo comenzó

a marchar bien. Y te diré algo más. Aunque nunca pueda levantarme de esta maldita silla, creo que sobreviviré.

Cynthia dejó escapar un profundo suspiro.

—Parece que es un hombre muy especial—afirmó con un leve indicio de envidia en la voz.

—Sí —convino Clancy, recordando la expresión de Mitch cuando le habló de su familia—. Sólo que no lo sabe.

Cynthia no veía el problema.

—Entonces, díselo.

—Tengo todas las intenciones de hacerlo.

Cynthia asió la carpeta que contenía el trabajo que había hecho Clancy.

—Tengo que darme prisa —dijo, agachándose para dar a Clancy un beso. en la mejilla, y entonces esbozó una sonrisa maliciosa—. Llámame si necesitas algo, aunque tengo la sensación de que no lo necesitarás. Y vuelve a la oficina cuanto antes. Todos te echamos de menos.

—Diles a todos que yo también les echo de menos.

Clancy dirigió la mirada hacia las flores que le habían regalado sus compañeros de trabajo. Mitch las había colocado sobre la televisión y estaban comenzando a marchitarse, pero permanecerían en su corazón mucho tiempo.

—Me pondré bien, Cynthia.

Su amiga sonrió desde la puerta.

—Jamás me cupo la menor duda. Hasta pronto.

Clancy pulsó una tecla del ordenador y e ordenador emitió un zumbido, indicando estaba almacenando su trabajo.

Había llegado la hora de preparar la cena. El trabajo pendiente habría de esperar hasta el día siguiente. Mitch no llegaría hasta una hora después por lo menos, pero le gustaba hacer las cosas con tiempo de sobra.

Dándose margen de sobra para un error, pensó, esbozando Una sonrisa.

Sobresaltándose, volvió la cabeza brusca mente al oír el sonido de una llave girando en la cerradura de la puerta, y en el siguiente segundo el giro del picaporte. Se acercó a la entrada.

Eran sólo las cuatro pasadas. El jueves era el día que Mitch pasaba por su apartamento para recoger la Correspondencia ¿Por qué habría regresado tan pronto?

—Mitch?

Él sacó la llave de la cerradura y cerró la puerta.

—Si ¿Quién más tiene llave de tu apartamento?

Clancy esbozó una sonrisa juguetona.

—Mi otro amante. No habrás tropezado con él en la calle, ¿verdad?

Clancy lo miró, incapaz de adivinar si estaba preocupado por algo.

—Ha ocurrido algo malo?

Mitch se desabrochó la pistolera y la dejó e la nevera. A Clancy le parecía un lugar extraño para dejarla, pero nunca le preguntó sobre el tema.

—No. ¿Por qué?

Clancy se encogió de hombros.

—Has vuelto muy temprano. Los jueves no sueles llegar antes de las cinco.

Clancy no dejaba de observarlo. ¿Ocurría algo malo? Deseó que Mitch se mostrara un poquito más abierto con ella.

Mitch sacó un bote de soda de la nevera, lo abrió y bebió un trago antes de responder. Por una vez, estaba divirtiéndose.

—Me he tomado un poco de tiempo libre por un asunto personal.

Estaba dándole evasivas a propósito, pensó Clancy.

¿Qué asunto personal?

Mitch le dedicó una mirada maliciosa, aparentemente disfrutando de lo lindo con el juego.

—Un asunto personal.

Clancy se irguió sobre la silla.

—Tendré que sacártelo a golpes o vas a decírmelo claramente de una vez por todas?

Mitch dejó el bote de soda sobre la mesa y sacó de un bolsillo de la camisa dos billetes, dejándolos junto al bote.

Clancy miró los billetes, los ojos de Mitch a continuación. Incluso para ser él, estaba comportándose con excesivo misterio.

—Qué es eso?

Mitch puso los billetes uno junto a otro, alineándolos con la yema del dedo, una sonrisa risueña jugueteando en las comisuras de los labios.

—Puedes decirme cuánto te paga tu empresa de informática? A mí me parece que más de lo debido, teniendo en cuenta tus dotes de observación son entradas.

Mitch empujó los billetes azules hacia Clancy, la cual no hizo ademán de tomarlos en la mano. Aquel comportamiento no era típico de él.

—Eso ya lo he visto.

Mitch hizo una reverencia.

—Bien por ti.

—Entradas, ¿para qué? —preguntó Clancy, casi a gritos.

Sin esperar a que comenzara otro asalto, se inclinó sobre la mesa y examinó las entradas, y se vio afrontando más preguntas que res puestas. Eran para una reposición aclamada por la crítica de El Hombre de la Mancha, uno de sus musicales favoritos.

No tenía sentido. Clancy miró las entradas, luego a Mitch.

—Pero tú odias el teatro, sobre todo los musicales.

Las sospechas ensombrecieron el rostro de Clancy. Había dos entradas. ¿Para quién sería la otra? Hizo una suposición nada plausible.

—Vas a venir conmigo?

—Sí, te acompañaré.

Mitch lo dijo como un hombre resignándose a una sentencia de muerte.

—Por qué?

Mitch debería haberse imaginado que Clancy haría una montaña de un grano de arena Bueno, al fin y al cabo, ¿no era ése el objetivo? ¿Hacerla feliz? Eso llevaba consigo hacer una montaña de algo, de cualquier cosa.

—Porque te gustan los musicales, aunque sea algo que jamás podré comprender.

Clancy cerró la mano sobre las entradas.

—Yo tampoco puedo comprender por qué lo haces.

La mujer no podía aceptar ninguna cosa en silencio.

—Porque necesitas salir, ver a más gente aparte de fisioterapeutas, médicos y a mí.

A los primeros los soportaba con estoicismo. Respecto a Mitch, desde luego, no le molestaba su presencia. Esbozó una sonrisa.

—Yo no he protestado.

Mitch deseó que Clancy no estuviera mirándolo de esa manera tan suya. De la manera en que a un hombre le gustaba que lo mirasen. Como si fuera algo especial. Clancy le hacía muy difícil recordar que todo aquello era pasajero.

—Quizás éste sea tu premio —afirmó, musitando una maldición para sus adentros—. Bueno, ¿vas a quedarte ahí sentada hablando por los codos, o a arreglarte?

—A arreglarme —respondió Clancy de inmediato.

Clancy giró la silla hacia un lado, pero de repente la volvió hacia el otro y estuvo a punto de dar a Mitch un golpe en la espinilla.

—Qué pasa ahora?

—Se me olvidaba una cosa.

Apoyándose en los brazos de la silla, Clancy se incorporó y se agarró al cuello de

Mitch con una mano Luego levantó la otra y la entrelazó con la primera. Sonriendo, besó a Mitch en los labios.

—Gracias.

Mitch la estrechó entre sus brazos, saboreando la sensación hormigueante que le producían aquellos labios tan suaves y alados.

—No me des las gracias todavía. Tendrás que soportar mis quejas por tener que aguantar sentado en el teatro tanto tiempo.

Podía quejarse todo lo que quisiera, pero Clancy veía a través de su fachada.

—Podré resistirlo —afirmó, acomodándose de nuevo sobre la silla.

Y entonces salió de la sala, tarareando una canción del musical.

La independencia de Clancy era exacta mente lo que anhelaba Mitch. Sin embargo, sentía cierto vacío al mismo tiempo. Un presentimiento de lo que vendría, pensó.

—Necesitas alguna cosa?

Clancy empujó la puerta de su habitación y la cerró tras pasar.

—No, tengo todo bajo control —gritó alegre-

—Sí, lo sé —musitó Mitch para sus adentros, encaminándose a su propia habitación para arreglarse.

Llegaron al Dorothy Chandler Pavilion ante de lo que había previsto Mitch. Para ser un jueves por la tarde, el tráfico en la autopista era muy fluido.

Clancy no paró de hablar ni un momento todo el viaje. En vez de filtrar sus palabras, como solía hacer con McAffee y los demás, Mitch le prestó toda su atención. La exuberancia de Clancy le divertía, hacía que se sintiera cómodo, como si estuviera junto a una hoguera en una fría noche de invierno.

Así era Clancy, pensó… un fuego conforta Sin pensarlo, Mitch asió una de sus manos.

Clancy dejó de hablar, sorprendida por el gesto íntimo e inesperado. Dios, estaba enamorada sin remedio de aquel hombre.

—Te encantará, ya lo verás —dijo llena de entusiasmo.

—Lo dudo.

Pero, si así hacía feliz a Clancy, todo lo de más le importaba un comino. Clancy era lo único que le importaba de verdad.

Clancy se sorprendió cuando Mitch frenó junto a la cabina del aparcamiento privado.

—Creía que no te hacía ninguna gracia dejar las llaves de tu coche en manos de extraños.

Y no se equivocaba, pensó Mitch, que siempre prefería tener el control de sus pose

—Estoy haciendo una excepción. Por saquí se llega antes a la

entrada.

Estaba pensando en ella. A Clancy le asaltó una cálida sensación.

Mitch dio las llaves al aparcacoches que se acercó a la ventanilla y luego rodeó el coche y, tras abrir la puerta del pasajero, asió una de las manos de Clancy. Confundida, ella volvió la mirada hacia la silla de ruedas, plegada en el asiento trasero.

—No te olvidas de una cosa?

Mitch sacudió la cabeza, asiéndola con más firmeza de las manos.

—Tú odias cómo te mira la gente cuando vas sentada en ese chisme.

Y era cierto. Inevitablemente, sentía las mi radas de todo el mundo dirigidas hacia ella cuando iba en la silla de ruedas.

Miradas compasivas que no podía soportar. Clancy asintió, sin comprender qué se trae ría entre manos.

—Sí, lo sé. Es demasiado llamativo. Pero tampoco puedo caminar hasta el teatro.

—Sé cómo solucionar ese problema.

Entonces, antes de que Clancy pudiera preguntar nada, Mitch la alzó entre sus brazos. Ella entrelazó los suyos alrededor del cuello de Mitch de manera automática. La escena no podía ser más romántica.

Clancy miró alrededor y vio sonrisas en las caras de varias personas.

—Y esto es menos llamativo?

—No. Pero, conociéndote, probablemente es menos molesto para ti.

Clancy se acurrucó contra su pecho.

—Tienes razón. Me siento como una damisela en apuros, rescatada por su príncipe azul.

Clancy sonrió al ver la cara perpleja del aparcacoches cuando pasaron junto a él.

Mitch no era hombre dado a explicar ninguna de sus acciones, pero en aquel momento no era el único implicado en la situación, y se encogió de hombros en ademán despreocupado, como si la cosa fuera de lo más natural.

—Se le ha torcido el tobillo esta tarde —dijo al aparcacoches- pero no quiere perderse el musical por nada del mundo.

El joven asintió vigorosamente, haciendo que botara la coleta que llevaba contra la chaqueta roja.

—Es una obra magnífica —afirmó, poniéndose al volante del coche blanco.

—Estamos montando un número —murmuró Clancy, sonriendo—. ¿No te importa?

—No me había dado cuenta. Tengo los brazos ocupados.

Y desde luego, Mitch se comportaba como si ignorase por completo la sensación que estaban causando. Todas las miradas se volvieron hacia ellos cuando entraron al vestíbulo.

Clancy sabía que nunca olvidaría aquel momento.

La gente se echaba a un lado para abrirles paso. Clancy sentía el corazón henchido de emoción. Jamás se había sentido tan conmovida por un gesto, y jamás sintió a Mitch tan dentro de su corazón.

—Cómo es que me conoces tan bien? —le susurró al oído.

—Algunas cosas se me ocurren sin más. Llámalo instinto si quieres.

Aunque nunca le hubiera dicho nada, Mitch sabía muy bien cómo se sentía Clancy siempre que salían. El también podía ver la compasión en las miradas de la gente. O peor aún, las miradas desviadas de los que no podían so portar la imagen de una mujer tan joven y llena de vida en una silla de ruedas.

Ver el musical significaba mucho para Clancy, y no iba a permitir que ningún detalle le estropeara la velada.

Sacó las entradas cuando se aproximó a ellos la acomodadora.

—Dos de pasillo.

La mujer de mediana edad tomó las entra das y miró el número de sus asientos. Luego miró a Clancy con cara intrigada.

--Está herida?

—Se ha torcido un tobillo —respondió Mitch, anticipándose—. Pero no pude convencerla de que nos quedáramos en casa. Le vuelven loca los musicales.

La acomodadora les guió hasta sus asientos, y Clancy advirtió que esbozaba una son risa de oreja a oreja.

—Yo diría que aquí tenemos a un hombre muy especial —murmuró la mujer.

Clancy miró a Mitch. El mantuvo la mirada recta, ignorando el comentario solemnemente. Clancy sonrió.

—Sí, lo sé —susurró.

—Es aquí mismo, señor.

La acomodadora se echó hacia atrás para permitir que Mitch instalara a Clancy en la butaca. Luego se alejó para acomodar a otros espectadores.

—Y yo que creía que lo había visto todo —se dijo a sí misma, dejando escapar una breve carcajada.

Mitch se acomodó junto a Clancy, consciente de que no se sentiría cómodo hasta que saliera de allí. Se tiró de la corbata. No podía creer que la gente se divirtiera realmente con aquella clase de rollos.

Clancy miró alrededor. Estaban en la quinta fila. Las entradas

debían haberle costado un ojo de la cara.

Cuando se lo preguntó, Mitch se encogió de hombros.

—Uno de los compañeros de la comisaría tenía las entradas y, debido a un imprevisto, no podía utilizarlas y me las vendió.

Mitch no se molestó en añadir que había comprado las entradas a Slattery por el doble de su valor cuando le oyó decir que iba a ver el famoso musical.

Clancy sabía que Mitch se callaba algo. También sabía que no tenía intención de contárselo ni de darse ninguna importancia.

—Aun así, sé que son caras y que preferirías estar en casa en lugar de estar aquí sentado, maravilloso vestido de esmoquin.

Mitch se removió sobre la butaca, incómodo. «Maravilloso» no era un apelativo adecuado para un hombre, según su parecer.

—No me lo recuerdes. Me figura que me compensarás de alguna manera este sacrificio

De todo corazón. Clancy posó una sobre la de Mitch.

—Haré cualquier cosa que me pidas.

Y lo haría, pensó Mitch. Sin pensar en sí misma, haría cualquier cosa que le pidiera. Porque Clancy se preocupaba por él. Una carga muy pesada que debía soportar. Una carga que no se merecía en su opinión.

La sala se oscureció y se abrió el telón. Clancy apoyó la cabeza sobre el hombro de Mitch, intentando recordar cuándo se había sentido tan satisfecha, tan emocionada. Había visto cantidad de obras a lo largo de su vida. Sus padres le habían inculcado el gusto por las artes desde muy temprana edad. Y, en su memoria, ninguna producción podía compararse con ésta.

Mitch había hecho muchas cosas por ella, pensó. Aquel último detalle era sólo una muestra. Aquel hombre que intentaba a toda Costa guardar las distancias con ella tenía muchas facetas. Justo cuando creía que comenzaba a conocerlo, Mitch volvía a desconcertada, mostrándole alguna otra faceta de su carácter que había mantenido oculta hasta entonces.

La cabeza todavía apoyada en su hombro, Clancy entrelazó los dedos de una mano con los suyos

—Te amo, Mitch —susurró

El simuló no haber oído nada

—Chisss... Te perderás el espectáculo

Mitch la había oído, pensó Clancy. Podía lo porque se tensó el contorno de su mandíbula. Su amor era algo alo que el hombre habría de acostumbrarse...

El cielo estaba oscuro y sin estrellas cuando regresaron a casa. Mitch todavía podía oír la música latiendo en la cabeza, aunque habían salido del teatro casi dos horas antes, deteniéndose a cenar en un restaurante.

Clancy iba tarareando la obertura.

El sacudió la cabeza, asombrado.

—Sigo sin comprender qué es lo que te gusta de esas cosas.

—A ti no te emocionó?

—Vaya...

Se había emocionado, de acuerdo, pero tampoco iba a decirlo a voz en grito. Había tantas cosas que Clancy ignoraba sobre él. Tantas cosas que no deseaba que supiera. Era mejor así.

Clancy se sonrió. Sabía que ciertas escenas le habían gustado, pero tampoco deseaba hacerle pasar el mal trago de reconocerlo, teniendo en cuenta su carácter.

—Eres como un crocanti. Duro por fuera, blando por dentro.

A Mitch no le hizo ninguna gracia la comparación y la rechazó, aunque sólo fuera por cuestión de imagen.

—Estás muy equivocada, Clancy. Soy duro por fuera, y más duro aún por dentro. No me ha quedado otro remedio para sobrevivir.

Podía decir lo que quisiera, pero Clancy no lo creería

—Y lo de esta noche?

—Terapia.

Los requiebros que podía dar para negar la verdad fascinaban a Clancy.

—Y eso?

—El cuñado de McAffee me dijo que no de jara de animarte. Por alguna extraña razón, a ti te encantan estas cosas sin sustancia. Te llevo a una y, mira, estás burbujeante como una botella de champán agitada.

Y era cierto, pero no por la representación de El Hombre de la Mancha, aunque hubiera sido extraordinaria.

—Eso es porque has hecho algo maravilloso, y lo has hecho por mí.

Mitch suspiró, y Clancy le rozó los labios con los dedos, silenciando la negativa que se olía en el aire.

—No quiero oír tus explicaciones, quitando importancia a la cosa. Has hecho algo maravilloso y tendrás que sufrir las consecuencias.

Mitch arqueó las cejas.

—Qué son?

—Para empezar, la destrucción de ese álter ego tuyo, tan insensible como una piedra. Tú no eres un hombre duro, Mitch. Tan sólo te gusta

pensar que lo eres.

No valía la pena discutir con ella. Sabía que no cejaría en su empeño hasta que le diera la razón.

—Lo que tú digas.

El tono de Mitch era despreocupado, pero Clancy no estaba dispuesta a morder el anzuelo.

—Sí, lo que yo diga.

Clancy se recostó en el asiento, sonriéndose. Estaba en lo cierto. Sólo debía encontrar el modo de hacérselo ver a Mitch, de hacerle ver todo lo bueno que tenía, igual que podía verlo ella misma. Era un desafío que no le daba ningún miedo. Mitch había resucitado su viejo espíritu luchador. Y sabía que podía con seguir cualquier cosa que se propusiera.

Capítulo 15

ALGO MARCHABA mal. Mitch lo advirtió en el instante que giró la llave en la cerradura y no oyó el chasquido habitual. Habían forzado la puerta.

Había alguien en su apartamento. Dejó caer al suelo la correspondencia que acababa de recoger y desenfundó la pistola.

Muy lentamente, abrió la puerta.

—De niño te encantaba jugar a los vaqueros. ¿Recuerdas el revólver plateado de juguete que te compré en Cheyenne?

Perplejo, Mitch enfundando la pistola. Se agachó para recoger de nuevo la correspondencia moviéndose como si estuviera sumergido en un tanque de agua, los ojos. clavados en la figura delgada que había sentada en el sofá de la sala.

Después de diez años, su padre se había materializado de repente. Mitch dejó la correspondencia sobre una mesa, sin apartar la mirada del hombre que lo había abandonado.

—Qué haces aquí? —preguntó con frialdad, aproximándose a su padre con recelo, como si no acabara de convencerse de que estuviera realmente en la habitación.

—Oí que estabas buscándome. Por lo tanto, he venido a verte. Como todavía no habías llegado, decidí entrar por mis propios medios para esperarte aquí. Lo siento, viejas costumbres.

—Cómo me has localizado?

Sam dejó escapar una breve carcajada.

—Por favor, no me ofendas. Tal vez sea viejo, pero no he perdido del todo mis cualidades. Y vigilar sin ser visto siempre se me ha dado muy bien.

Eso explicaba la sensación extraña de ser observado que había tenido Mitch. No se había equivocado. Era su padre el que lo vigilaba.

—Robar obras de arte también se te ha dado muy bien.

Sam extendió las manos, mirando a Mitch, su astucia innata reflejada en los ojos.

—Me he reformado.

Mitch había visitado algunos bares que frecuentaba su padre, y estaba seguro de que sus

amistades le harían saber que estaba buscándolo. Pero, desde luego, no esperaba encontrárselo sentado en el sofá de su casa.

Mitch se acomodó en una silla frente a él, observándolo. Su padre le Sostuvo la mirada. Debía reconocer que el hombre tenía sangre fría.

—Se ha producido una oleada de robos en Beverly Hills.

Sam asintió.

—Sí, lo sé. Los he seguido por la prensa. Hace que me sienta

nostálgico.

Mitch le dedicó una mirada escéptica.

—Pero tú no los has cometido. Aquella sonrisa inocente parecía un pecado en la cara de su padre.

—Ya te lo he dicho. Me he retirado. Hace varios años.

Sam miró alrededor. La habitación era casi espartana, sin decoraciones de ninguna clase. Era la casa de un policía honesto. Pero eso ya lo sabía.

—Pensé que debía contártelo en persona. ¿Después de tanto tiempo le daba por aparecer de repente? Mitch no se lo tragaba.

—Por qué ahora? ¿Por qué no antes?

Sam se encogió de hombros.

—Nos hacemos viejos, tenemos remordimientos —comenzó, animándose con el tema—. Mi vida ha sido magnífica, Alex, y he disfrutado de cada momento. Tan sólo siento haberte dejado atrás.

A Mitch nunca le había agradado la vida de su padre, desde su más tierna infancia.

—Yo no habría podido formar parte de tu vida.

—Lo sé, y por eso precisamente te dejé atrás.

De haber sido las cosas diferentes, se habría llevado a Alex con él, iniciándole en el negocio. Siempre le dolió dejarlo con Polly.

—Pero te has convertido en un buen hombre. Jamás me cupo la menor duda de que así sería.

Parecía absurdo, pero a Mitch le pareció notar cierto asomo de orgullo en la voz de su padre.

—Sí, así es. Y no gracias a ti precisamente.

Sam agachó sus delgados hombros bajo la camisa negra de cuello de cisne que llevaba. Su expresión indicaba claramente que opinaba de otro modo muy distinto.

—Bueno, tal vez un poquito, sí.

La caradura del hombre no tenía límite.

—Y cómo se explica eso? —le preguntó Mitch.

—Muy fácil.

Su padre esbozó la clase de sonrisa que inspiraba confianza a la gente con la que trataba. Sam Mitchell tenía su propio código de honor.

—Tenerme metido en la cabeza te empujó hacia delante, te ayudó a esforzarte más, a mejorar, sólo paras negar lo que considerabas mis malas influencias.

Por nada del mundo habría sido policía, pero a su hijo aparentemente le iba muy bien.

—Por tanto, en cierto sentido perverso, te ayudé.

Mitch se cruzó de brazos.

--Y ahora se supone que debo creerte?

La cólera tanto tiempo acumulada en su interior surgió a la superficie. A Mitch le costó grandes esfuerzos contenerla.

—Vienes aquí, como si se tratara de una cordial reunión familiar, y supones que yo voy a decir: «No, mi viejo no ha robado los cuadros. Se ha retirado»?

Sam asintió, nada impresionado por el tono de su hijo.

—Algo así.

—Y por qué iba a creerte?

—Porque nunca te he mentido. Ni una sola vez.

Sin perder la sonrisa, Sam adoptó un aire solemne. Un hombre debe ciertas cosas a su hijo. Entre ellas, la verdad.

Mitch no iba a discutir ese punto, quizás porque no podía. Pero había otros asuntos. El papel de santo no le pegaba a su padre.

—Mentiste a mamá.

—No, ni siquiera cuando me conoció.

Sabía que a su hijo le costaría aceptar lo que iba a contarle, pero ya tenía la madurez suficiente para afrontar la verdad.

—Tu madre sabía en lo que estaba metiéndose desde el principio.

Mitch miró a su padre con cara de incredulidad. Podía recordar las palabras de su madre como si las hubiera oído ayer. «Tu padre me engañó. Me hizo creer que procedía de una familia adinerada. Yo no sabía que era un ladrón».

¿Se habría engañado a sí misma? ¿O serían simples mentiras? Mitch miró a su padre con expresión de escepticismo.

—Ella decía que tú la engañaste.

La sonrisa no alcanzó los ojos de azul acerado de su padre. Sam comprendía la manera de pensar de Polly, a pesar de que le hubiera robado un trozo de su vida. Pero había aprendido a encajar golpes. No valía la pena lamentarse por el pasado.

Con todo, quería que Alex supiera la ver dad.

—Eran cuentos que se inventó tu madre para aliviar su conciencia. Era muy difícil para una mujer como tu madre, religiosa y de vota, reconocer que iba a casarse con un ladrón. Que se había dejado llevar a una Unión impura impulsada sólo por los sentimientos, abandonando el camino que siempre había seguido.

La Sonrisa que atravesó los labios de Sam era genuina.

—Tu madre era de armas tomar. Ojalá la hubieras conocido tan bien como yo. Durante algún tiempo, le excitaba todo lo que hacía yo, se emocionaba. Había risa en sus ojos. Sí. Me nuda era tu madre.

Sam soltó una carcajada al ver la cara incrédula de su hijo.

—Hablas como si tu vida hubiera sido maravillosa. Y no es así. Has llevado la vida de un ladrón.

Había desdén en la voz de Mitch.

Si era una condena, Sam no se la tomó como tal. Sabía perfectamente el hombre que había sido y que era. Y se sentía en paz con el mundo. Excepto con su hijo.

—Sí, pero buena —replicó.

—Nos abandonaste.

Sam lo miró sorprendido. Pero se dio cuenta de que no podía esperarse otra cosa. Polly tenía mucho que ver en el asunto.

—Eso es lo que piensas?

—No es lo que pienso. Es lo que sé.

—Ella me puso en la calle, chico. Me dijo que no quería seguir viviendo conmigo. No me dejó ninguna alternativa.

—Y te marchaste sin el menor remordimiento.

—Claro que tenía remordimientos, Alex. Y os envié dinero con regularidad.

—Pues yo sólo conocí la pobreza.

—Lo sé. Supongo que tu madre lo daría para obras de caridad. Ella estaba obsesionada con la idea de que debía purgar los pecados de su vida.

Sam Mitchell se puso en pie, estirándose para apoyar una mano sobre el hombro de su hijo, que le sacaba casi una cabeza.

—A mi manera, me sentía muy orgulloso de ti.

—Y te sentirías igual si te arrestara?

Sam dejó caer la mano.

—Ya te he dicho que no tengo nada que ver con esos robos. Sería tan estúpido como para venir a verte en caso contrario?

El argumento de su padre era bastante lógico, pensó Mitch, dejando pasar por alto el asunto.

—Y, si tú no lo hiciste, ¿sabes quién fue?

—Si te lo dijera, ¿me creerías?

—Tal vez.

El chico tampoco mentía. Tenían eso en común. Antes de responder, Sam dio un par de vueltas por la habitación.

—Puedes considerarlo como un regalo. No me gusta que me imiten.

Sabía que el imitador suyo lo hacía para despistar a la policía. Obviamente, aquel tipo se había limitado a imitar su estilo porque no tenía uno propio.

—Conoce perfectamente las idas y venidas de los dueños de las casas que roba, así como los sistemas de seguridad, por lo que resulta

evidente que tiene acceso a una información casi imposible de obtener si no se tienen con tactos en los organismos legales.

Mitch le lanzó una mirada de reojo.

—Un policía?

Sam ladeó la cabeza, dedicando a Mitch una sonrisa burlona.

—No te parece lógico? La gente que se marcha de vacaciones suele informar a la policía de su ausencia. Nuestro hombre es joven, rápido, decidido. Astuto. En resumen, podría ser un calco de mí en mis buenos tiempos.

Mitch no acababa de convencerse.

—Podría ser mucha gente.

Sam asintió.

—Podría ser. Podría ser Richard Slattery. Podría ser otra persona.

Mitch sabía que su padre no había pronunciado aquel nombre por casualidad.

—Slattery?

Slattery tenía buena reputación en el cuerpo, y tenía recomendaciones de un par de altos cargos. Era simpático y extrovertido. Mitch, de repente, cayó en la cuenta de que había comprado las entradas para el musical a Slattery. Y aquella misma noche se había perpetrado otro robo.

Y además, encajaba con la descripción del ladrón.

Y su padre también.

Alex evidentemente tenía muchas dudas, pensó Sam. No se esperaba otra cosa. Si estuviera en su lugar, probablemente pensaría lo mismo.

—Por qué no le haces una visita? Tal vez encuentres algo interesante en el trastero de su casa. Una tubería envuelta en plástico. Parece qué se ha tomado mucho trabajo para envolver un trozo de latón.

Sam sonrió. Había tenido que remover el cielo y la tierra para obtener aquella información, pero los viejos contactos seguían siendo los mejores.

—El último comprador se ha rajado.

Su padre era muy astuto. Eso no lo había olvidado.

—Y cómo sé que no has dejado el cuadro en el trastero de Slattery?

Sam asintió. Tenía una última carta que jugar antes de retirarse de Ja partida.

—Buena pregunta. Slattery se ha interesado mucho últimamente por la mansión de los Monroe, en Wainut. Los Monroe están de vacaciones en Europa y no volverán hasta fina les de mes. Si estuviera en tu lugar, vigilaría la casa. Ya estamos casi a finales de mes.

Mitch metió las manos en los bolsillos del pantalón. No podía comprender nada.

—Por qué me cuentas todo esto?

—A lo mejor quiero mejorar nuestras relaciones. Ahora vivo en Atlantic City. Sólo estoy de visita para ver a los viejos amigos.

Y porque le habían dicho que Alex estaba buscándolo.

—Si alguna vez vas a la Costa Este, ven a yerme.

Había llegado la hora de marcharse, pero tenía una cosa más que decir a su hijo.

—Yo amaba a tu madre, chico. Con todo mi corazón. Y a ti. Sólo que las cosas no salieron como debían. Eso es todo.

Estaba ante la puerta, cuando Mitch lo llamó.

—Papá?

A sus propios oídos, la voz le sonó como la de un niño. Mitch se sentía como un niño... el niño que había visto alejarse a su padre.

Sam se volvió, la mano sobre el picaporte.

—Sí?

Había tantas cosas que decir. Y ninguna manera de decirlas.

—Gracias.

Sam sonrió. El parecido entre padre e hijo era muy evidente. Lo comprendía y asintió.

—No digas nada.

Clancy percibió la excitación de Mitch en el momento que le vio traspasar la puerta.

—Algo ha pasado —dijo, acercándose a él sobre la silla de ruedas —. ¿Qué es?

Cómo podía saberlo? se preguntó Mitch

Había procurado adoptar una expresión sobria. Pero, ya que Clancy podía adivinar sus pensamientos, no veía ninguna razón para no contárselo Al menos en parte.

—He visto a mi padre.

Mitch se sentía como una lavadora, con sus emociones rebotando como camisas en el ciclo de centrifugado No había dejado de dar vueltas al asunto durante todo el trayecto hasta el apartamento de Clancy.

Su padre no lo había abandonado por completo Ni a su madre. Se había marchado Porque causaba demasiada aflicción a su madre. Y había intentado ayudarlos a su manera, enviándoles dinero. Su madre nunca le había hablado de este asunto. Se lo había Ocultado, haciendo

que se sintiera como un huérfano

Recordó la expresión en los ojos de su madre cuando le hablaba. Confundida se había imaginado que lo aborrecía porque era el hijo de su padre y, sin embargo, según sus creencias, era pecado odiar a tu propio hijo. Por eso había existido siempre esa distancia entre ellos, ese hueco imposible de superar. Por eso se había sentido siempre completamente solo.

Al final, su madre se había dejado llevar a la locura por su propio dilema. Y había renunciado a la vida porque era el único modo de encontrar paz que tenía.

Clancy casi dio un salto de la silla de me das, pero se contuvo. Todavía no, pensó. Todavía no.

—Dónde? —preguntó, llena de impaciencia—. ¿Cuándo?

—En mi apartamento. Estaba esperándome.

—Qué te ha dicho?

Mitch debía hacer una llamada, pero necesitaba unos minutos para aclarar las ideas. Hablar con Clancy siempre ayudaba. Equilibraba las cosas.

—Que no era el autor de los robos.

Clancy no podía saber si Mitch creía a su padre o no.

—Qué más?

No tenía tiempo. No podía demorarse un minuto más. En un impulso, Mitch besó a Clancy, sorprendiéndola, sorprendiéndose a sí mismo

—Luego te lo cuento.

Mitch se acercó al teléfono y marcó el número de McAffee.

«No te quepa la menor duda de que me lo contarás, Mitch. Con pelos y señales. Nunca

más consentiré que me ocultes nada. No, si quieres seguir adelante con lo nuestro».

—Te tomo la palabra.

Clancy se había pasado todo el día dando vueltas a un par de cosas que quería decir a Mitch. Pero dichas cosas no podían decirse de repente y Mitch ya se había llevado bastantes sorpresas aquel día. Podía guardar las suyas para un momento más oportuno

Que Mitch no se mostrara evasivo con ella, que le hubiera hablado de sus preocupaciones, de por sí constituía un gran paso hacia delante.

Había otros pasos que quería discutir con él, pero eso podía esperar. Algunas veces, se dijo a sí misma, la espera mejoraba aún más las cosas.

—Hola, Alicia? Soy Mitch. ¿Puedo hablar con Simon?

La mujer le dio una respuesta que reflejaba su sorpresa antes de

pasar el teléfono a su marido. McAffee parecía tan asombrado como ella. Era la primera vez que Mitch los llamaba por teléfono

—Algo anda mal, Mitch?

—Puede que sí, puede que no.

Mitch se frotó la nuca, impaciente Aquel asunto era demasiado delicado como para recurrir al capitán. Y no podía contar con el sargento, que sin duda sacaría a relucir los antecedentes de su padre. Por otro lado, tampoco podía acudir solo al escenario del robo. Necesitaba ayuda de alguien en el que pudiera confiar. Y sabía que podía confiar en McAffee.

Mitch volvió la cabeza para mirar a Clancy. No se había movido un solo centímetro. Si no se hubiera sincerado con ella, no estaría ha blando con McAffee. Sólo por ella había sido capaz de dar el siguiente paso. El paso necesario.

Mitch respiró profundamente.

—Me acaban de dar un soplo respecto a nuestro ladrón. ¿Puedes salir esta noche para investigar el asunto? ¿De manera extraoficial?

McAffee guardó silencio por un momento.

—El jefazo no lo sabe?

Mitch se preguntó si se habría confundido al juzgar a McAffee.

—No. La cosa no está nada clara. No quiero meter la pata.

Mitch le contaría los detalles, le hablaría su padre, si aceptaba. Pero no antes. Y sólo cuando estuvieran solos.

McAffee confiaba en Mitch. Sabía que debía existir alguna razón para que no siguiera los cauces reglamento.

—De acuerdo. ¿Dónde y cuándo?

Mitch antes se moriría que meter a su compañero de patrulla en un buen lío. Quería dejarle bien claro que las cosas podían complicarse.

—Paso a buscarte y te lo cuento

Mitch colgó el teléfono. Cuando se volvió, vio desilusión en los ojos de Clancy.

—No tienes tiempo para cenar?

Mitch sacudió la cabeza.

—Quizás más tarde. Puedes dejarme caliente, pero no sé cuándo volveré

—Yo estaré caliente para ti —le prometió Clancy, sonriendo ¿Tiene algo que ver con tu padre?

—En cierto modo. Es una larga historia. Ya te la contaré después.

Al menos algo le había dicho, pensó Clancy. Iba a salir a vigilar Inquieta, se acarició con la mano el vientre revuelto

—Buena suerte.

Mitch asintió a modo de réplica, y entonces se detuvo por un

momento antes de marcharse. Volviendo junto a Clancy, enmarcó su rostro entre las manos y la besó.

—Gracias.

La sencilla palabra flotó sobre la piel de Clancy.

Clancy estaba despierta, mirando al techo. Hacía horas que Mitch se había marchado. Había estado levantada hasta las diez esperándolo y luego se había rendido.

Pero acostarse no había servido de nada. Llevaba más de tres horas en la cama y estaba enloqueciendo, sobresaltándose cuando le parecía oír algún ruido.

¿Y si le habían herido?

Procuró calmarse. Mitch era policía y así era su vida. Si iba a permanecer a su lado, debía acostumbrarse a estas situaciones. En caso contrario, sin duda acabaría loca de remate.

Oyó que se abría la puerta principal y se preguntó si no serían imaginaciones suyas. No sería nada extraño que se hubiera confundido por enésima vez.

En cualquier caso, comenzó a palpitarle el corazón.

Si era Mitch, ¿se iría a su propia habitación? Contuvo el aliento, cruzando los dedos.

Unos segundos más tarde, vio la silueta de Mitch en el umbral de la puerta Estaba quitándose la camisa. No llevaba la pistola. Probablemente la habría dejado encima de la nevera, como de costumbre.

Entornando los ojos, observó su silueta, quitándose los pantalones antes de acostarse a su lado en silencio. Esbozó una sonrisa.

«Te he pillado!»

Clancy volvió la cara hacia Mitch.

—Qué tal te ha ido?

Sin duda, estaba perdiendo facultades, pensó Mitch. Creyó que podría acostarse sin molestar a Clancy, y se había equivocado. También había considerado la posibilidad de dormir en su propia habitación. De hecho, se había encaminado hacia ella, pero luego había vuelto sobre sus pasos. No quería dormir sin ella. Muy pronto no le quedaría más remedio.

—Lo siento. No quería despertarte. Vuélvete a dormir.

Clancy se estiró, rozándolo con los brazos.

—No me has despertado. No he pegado ojo en toda la noche. Ya no puedo dormir sin ti. Vamos, cuéntame, ¿qué ha pasado?

—El ladrón no apareció.

Mitch sofocó un bostezo.

Demonios, había sido un día muy largo. Y el resto de la noche iba

a ser también muy largo para McAffee. Después de contarle toda la historia, había dicho a su socio que durmiera unas horas antes de ir a relevarlo a las dos. Acababa de dejarle aparcado junto a la casa de los Monroe. McAffee tendría los ojos legañosos cuando salieran a patrullar, pero tal vez fuera por una buena causa. Quizás su joven socio atraparía al ladrón.

—McAffee está encargándose del segundo turno de guardia.

Mitch estaba compartiendo sus problemas con ella. Clancy se sonrió en la oscuridad.

—Mañana por la noche también saldrás?

—Sí.

Hasta que hubiera cumplido con su trabajo. Mitch era de esa clase de hombres. Clancy se acurrucó contra él, decidida a hacerle cumplir su promesa.

---Háblame de tu padre.

Mitch estaba agotado y debía levantarse unas pocas horas más tarde. Pero había hecho una promesa y la cumpliría. Sofocando otro bostezo, estrechó a Clancy entre sus brazos.

—Nunca me dijiste que te gustara escuchar cuentos para dormirte.

Clancy se echó a reír.

—Nunca te he dicho muchas cosas. Pero lo haré. Lo que quieras saber, cuando quieras saberlo.

Eso se debía a que no tenía secretos, pensó Mitch. No como él.

—Te tomo la palabra —murmuró.

Poniéndose cómodo, comenzó a relatarle la visita de su padre. Estaba demasiado absorto en la historia como para darse cuenta de lo bien que se sentía compartiendo sus preocupaciones con alguien.

Capítulo 16

LA FAROLA proyectaba una laguna de luz en medio de la oscuridad. La monotonía de estar allí sentado hora tras hora, esperando, sin hacer nada, pesaba como una losa en el interior del coche.

Era la tercera noche que Mitch pasaba de guardia, sólo por lo que le había dicho su padre. Al aburrimiento lo agravaba la frustración. No soportaba dejar sola a Clancy.

Acaso fuera una estupidez creer a su padre. Tanto si era un ingenuo como si no, aquélla era la última noche que pasaría junto a la mansión de doce habitaciones de los Monroe. Según decía Sam, los Monroe regresarían pasado mañana. Y a la mañana siguiente un ejército de limpieza ocuparía la casa, eliminando hasta la última mota de polvo acumulada durante la ausencia de los Monroe.

Mitch miró por el retrovisor. El coche de McAffee, las luces apagadas, estaba aparcando detrás de él. Se apeó, preguntándose si debía decir a McAffee que se olvidara del asunto y que se fuera a casa. No se había pasado a registrar el trastero de Slattery. Para hacerlo necesitaba una orden de registro. Y, sin un buen motivo, no se expedían órdenes de registro. Y la palabra de su padre no constituía un buen motivo.

Estirándose, se acercó al Coche beige de McAffee. Su Socio bajó la ventanilla.

—Alguna novedad?

Mitch sacudió la cabeza. Por puro hábito, desvió la mirada hacia la casa, sin observar nada extraño.

—Comienzo a pensar que ha sido un empeño inútil. Lo Siento.

McAffee volvió los ojos hacia el termo lleno de café que llevaba sobre el asiento a su lado. Parecía que, después de todo, no iba a necesitarlo.

—Oye, al menos has confiado en mí. Y me da igual haber perdido unas horas de sueño.

McAffee sonrió. Tenía la sensación de que por fin eran socios de verdad.

—Y puedo recuperar las horas perdidas durante el fin de semana.

Se encogió de hombros en un ademán bonachón.

—Puedes empezar a recuperarlas ya —le dijo Mitch, volviéndose hacia su coche—. Nos ve remos mañana por la...

Mitch enmudeció de repente. Le había parecido ver algo moviéndose en la oscuridad, por el jardín de la casa. Una sombra.

McAffee se puso alerta de inmediato.

—Dónde?

—No estoy seguro. Tal vez sólo fuera una sombra —dijo Mitch.

Pero pensaba de otra manera. Se encaminó hacia la casa.

McAffee asomó la cabeza por la ventanilla.

—Pido refuerzos?

—Para cazar una sombra? No, deja que eche un vistazo primero.

Oyó que McAffee salía del coche y se dio la vuelta.

—Quédate por aquí, cubriendo la salida.

Rápidamente, Mitch corrió a través de la pradera y saltó la verja con facilidad. Había heredado parte de la agilidad de su padre, pensó distraídamente.

La alarma no sonó.

No se había equivocado; había alguien en la propiedad y, quienquiera que fuese, había desactivado el sistema de seguridad.

Así que su padre no le había engañado.

Aquella casa era el siguiente objetivo del ladrón. Mitch se preguntaba si su padre tampoco se habría equivocado respecto a la identidad del ladrón y se trataría de Slattery.

Había sido sencillo descubrir a quién empleaban los Monroe. Armado con un nombre, Mitch había hecho una visita a la sirvienta. Una mirada a su placa y la mujer le había contado todo respecto a los cuadros que Maxwell Monroe guardaba en su estudio. También le había dado un plano de la primera planta. El estudio se hallaba en la parte trasera, anexo al salón de juegos.

Como un aparato detector el plano grabado en la mente, Mitch se dirigió a la parte trasera de la casa. Se moría de ganas por resolver el asunto. Quería volver a casa, junto a Clancy.

A casa. Era el apartamento de Clancy, se reprendió a sí mismo, no el suyo.

Mitch sacudió la cabeza, como para despejarse. En aquel momento no debía pensar en Clancy. Debía concentrarse en su trabajo.

Utilizando la luz de una linterna fina como una pluma, se encaminó hacia el estudio. Con sigilo, de la forma que el instinto le había enseñado a moverse.

De la forma que se habría movido su padre, pensó con sarcasmo.

Se detuvo ante la puerta del estudio. No se oía el menor ruido en la habitación. Mitch sentía la presencia del ladrón más que oírla.

Desenfundando el revólver, lo asió con ambas manos acercándose a la puerta lentamente, la espalda pegada contra la pared. El cuerpo tenso como un muelle a punto de saltar, se asomó a la habitación.

Sólo la luz de la luna iluminaba el estudio. La luz de la luna y la de una pequeña linterna que había en el suelo. Suficiente para que distinguiera una figura alta junto a una pared. De espaldas a la puerta,

la figura acababa de cortar la pintura, separándola del marco.

Bingo.

Mitch entró al estudio, separando las piernas, y encañonó al ladrón.

—Pon las manos sobre la cabeza. Estás arrestado.

Desasosegada, Clancy miró el reloj. La es pera estaba desquiciándole los nervios. Que ría contárselo a Mitch. Pasara lo que pasara, se lo diría aquella noche. Iba a explotar si no lo hacía.

Aquel día había acudido a una cita con el médico. No se lo había mencionado a Mitch.

Decidida a ser independiente, telefoneó a un servicio de transportes para minusválidos estrictamente La llevaron a la consulta del doctor y luego, dos horas después, fueron a recogerla. El asunto le habría llevado menos tiempo si Mitch la hubiera llevado, pero él estaba muy ocupado y no podía perder tiempo. Ni siquiera se lo había pedido.

Era algo que quería hacer por sus propios medios.

El diagnóstico había sido positivo. El doctor Kleinschen estaba asombrado. Asombrado y encantado.

—Has hecho unos progresos increíbles, querida —le había dicho el médico, dándole una palmadita en la mano—. A veces, el amor constituye una medicina que los pobres médicos no podemos proporcionar, ¿eh? ¿Cómo es que no te ha traído tu galán?

Su galán. A Clancy le encantó cómo sonaba el apelativo.

—Está trabajando. He venido por mi cuenta. Una furgoneta...

—Sí, conozco los servicios sociales que ofrece este condado —la había interrumpido el doctor, sonriendo. Nos veremos dentro de dos semanas. ¿Quién sabe? Quizás por aquel entonces puedas venir conduciendo tu propio coche, teniendo en cuenta el ritmo de tus progresos. La espina dorsal casi ha recobrado la normalidad por completo. Los ejercicios están haciendo maravillas. Ojalá todos mis casos acabaran como el tuyo.

El doctor había pronosticado su completa recuperación, y Clancy se moría de ganas por darle la buena noticia a Mitch.

Entonces, ¿dónde estaba?, se preguntó, mirando el reloj de nuevo, con la impresión de que las manecillas no corrían.

Se le cerraban los ojos, y Clancy se debatía contra el sueño. Era muy importante para ella permanecer despierta.

Cuando entró al apartamento, Mitch encontró a Clancy dormitando en la silla de ruedas.

Había estado esperándolo, pensó, asaltándole una sensación de calidez. El sentido común dictaba que estuviera en la cama, descansando como es debido. Pero Clancy nunca se guiaba por el sentido común, sino más bien por las emociones. Tal vez fuera eso lo que le hacía sentir de aquel modo respecto a ella.

Clancy se despertó en el momento que Mitch cerró la puerta después de pasar. Pestañeó, rotando los hombros. Entonces advirtió que la pose de Mitch era diferente.

—Solucionado el caso?

Mitch asintió, desabrochándose la pistolera.

---Solucionado.

Clancy percibió el alivio en su voz.

---Y no era tu padre.

No era una pregunta; sólo quería una confirmación.

—No. Era un policía del cuerpo.

Odiaba que sucedieran cosas así. Le hacía sospechar del compañero que tenía más cerca. De hecho, cuando su padre le dio el nombre de Slattery, se preguntó si McAffee estaría complicado en el asunto, pues Slattery y él aparentemente hacían buenas migas. Pero McAffe se quedó tan sorprendido como él por la revelación. Quizá más.

Como de costumbre, dejó la pistola sobre la nevera. Se sentía agotado y tenso al mismo tiempo.

—Qué haces levantada?

Clancy Sonrió. Habría cientos de noches como aquélla. Miles. Siempre esperaría el regreso de Mitch.

—Esperándote

—Deberías estar en la cama.

—Está muy vacía —replicó Clancy, entrelazando los dedos con los de Mitch—. Además, quería enseñarte una cosa.

Mitch sabía que era una bruja con los gráficos, desarrollando programas increíbles con el ordenador. Probablemente querría enseñarle algún programa que había desarrollado. Y él no podía tenerse en pie.

—No podemos dejarlo para mañana?

—Llevo esperando tres días. Ahora que has resuelto el caso, creo que podrás soportar una pequeña buena noticia.

—Como por ejemplo?

Clancy no respondió. En lugar de eso, se puso en pie con movimientos inseguros. Mitch se acercó para sostenerla pero Clancy se lo impidió, haciendo un ademán con la mano.

—No. Quédate ahí.

Confundido, Mitch retrocedió un paso.

—No. Más lejos. Más lejos.

Mitch se detuvo a un par de metros de Clancy, clavado al suelo, el corazón palpitante.

Como un bebé que da sus primeros pasos, Clancy avanzó hacia él, los brazos extendidos para mantener el equilibrio, observando la cara de Mitch mientras se aproximaba.

Tal vez fuera la luz, pero le pareció ver un brillo especial en los ojos de Mitch. O puede que sólo se tratara de que tenía sus propios ojos llenos de lágrimas.

Mitch la estrechó entre sus brazos. Clancy podía percibir los fuertes latidos de su Corazón.

Podía caminar Dios santo, podía caminar. A Mitch le embargó un júbilo de una intensidad que no había sentido en la vida. Y, sin embargo, dicho júbilo tenía una cara oscura donde habitaba una profunda tristeza que no tenía derecho a sentir.

Una tristeza ante el futuro que se cernía sobre él.

—Esta era la buena noticia —afirmó Clancy, echándose a reír.

Mitch no podía dejar de abrazarla La abrazaba como si fuera la cosa más preciosa de su vida. Porque lo era.

—Por qué no me lo dijiste?

—No quería decírtelo. Quería demostrártelo Puedo caminar, Mitch. Puedo caminar. Y sólo gracias a ti.

Mitch pensaba que no podía comparar aquel momento de euforia. Era sólo de Clancy.

—Yo no he tenido nada que ver.

Clancy no podía creer lo que estaba oyendo.

—Has tenido todo que ver. Yo estaba hundida, resignada, pero tú no me dejaste.

Mitch no dijo nada. No podía. Tenía un nudo en la garganta y se limitó a abrazar a Clancy durante un prolongado momento.

Sentía lágrimas formándose en su interior. Lágrimas de alivio, de felicidad y de amargura. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para evitar que las emociones afloraran a la superficie.

Lentamente, se separó de ella. Clancy sintió frío, como si una ráfaga de viento helado hubiera entrado en la habitación de repente. Aunque Mitch no había retrocedido un solo paso, se había distanciado.

—Parece que ya no me necesitarás más.

Clancy lo miró como si estuviera hablando en chino. Desapareció la sonrisa de sus labios.

—De qué estás hablando?

Mitch se encogió de hombros, procurando adoptar un tono despreocupado.

—Bueno, ahora que puedes caminar otra vez, volverás a trabajar muy pronto. Casi te has recuperado por completo. Es sólo cuestión de tiempo que vuelvas a llevar la vida de siempre.

A Clancy le daba vueltas la cabeza, intentando comprender el significado de sus palabras. Se negaba a creer lo que parecía que es taba diciendo.

—Qué estás diciéndome, Mitch?

Maldita sea, ¿por qué no era más fuerte?, se lamentó Mitch. ¿Por qué sentía tanto dolor? ¿Por qué no podía dar media vuelta y marcharse sin más, como había hecho antes? La Situación era la misma que entonces. Y él era el mismo hombre.

—Que me marcharé —afirmó, la voz carente de emoción.

—Así de fácil? ¿Puedes dejarme así, sin más? —preguntó Clancy con voz ronca, entre cortada—. ¿Después de lo que hemos pasado juntos?

Clancy lo agarró por un brazo, forzándole a mirarla.

—Maldita sea, Mitch, te amo.

«No, Clancy. Así de fácil, no. Esto es duro para mí. Muy duro».

Mitch aferró los hombros de Clancy.

—No. No me amas, Clancy. Lo que sientes es sólo gratitud. Se te pasará con el tiempo.

Clancy le dedicó una mirada que echaba chispas.

—No me digas lo que siento. Tú no estás dentro de mí. Yo, sí. Y no se me pasará.

Clancy estaba poniéndole las cosas difíciles. ¿No se daba cuenta de que era mejor así? ¿Que lo hacía por su propio bien?

—Ambos sabíamos que sólo se trataba de una situación temporal.

Clancy se mordió el labio inferior, conteniendo las lágrimas.

—Así era al principio.

—Nada ha cambiado.

—Claro que ha cambiado. Tú has cambiado. Yo también he cambiado. Hay algo entre nosotros. Algo mucho más grande que la otra vez.

Clancy dejó escapar un suspiro tembloroso. Tal vez porque presentía algo así., había demorado la noticia. A pesar de la emoción producida por su recuperación, en el fondo de su corazón, sabía que podía significar el fin de lo que tenían.

Hizo un esfuerzo para poner un poco de orden en sus ideas.

—Todavía ni siquiera sé por qué me abandonaste hace dos años.

—Ya te lo dije. Ante todo soy policía y…

—Yo nunca te pedí que fueras otra cosa —interpuso Clancy.

—No me lo pediste, pero tendría que serlo. Por ti.

Clancy no comprendía nada. «Déjame entrar en esa cabezota tuya, Mitch. Por favor».

—Porqué?

—Porque te mereces algo mejor.

—No te parece que yo sé muy bien lo que me merezco?

—Lo mejor.

—Sí. Lo mejor —afirmó Clancy con fiereza—. Lo mejor. Y lo mejor eres tú.

Clancy podía decir eso, incluso creérselo. De momento. Pero volvería a su mundo, a sus amistades. Las comparaciones serían inevitables. Y, a la larga, acabaría odiándolo.

—Mi padre es un ladrón. Mi madre era una mujer consumida por la vida que limpiaba oficinas cuando no estaba arrodillada pidiendo perdón al cielo por haberme tenido. Tus padres se tratan con las más altas personalidades.

Clancy veía dolor en su mirada. Había sufrido de niño. Se juró darle toda la felicidad que no había tenido.

—A mí me parece que tu vida ha sido mucho más colorida que la mía. La hierba siempre es más verde al otro lado de la valla.

—No estamos hablando de hierba.

Clancy dejó de sonreír.

—Y tampoco estamos hablando de familias. Mitch, no importa lo que tus padres fueran o dejaran de ser. Sólo importa lo que tú eres, lo que podemos llegar a ser.

Clancy lo miró fijamente, el amor encendiendo sus ojos.

—Y tú eres bueno, honesto y maravilloso. Y, lo más importante, te amo.

Lentamente, extendió una mano sobre la camisa de Mitch, alisándola.

—A mi modo de ver, nuestros hijos tendrán un abuelo muy serio y otro muy pintoresco.

—Hijos?

—Sí. Esta era la otra sorpresa.

Temerosa de su reacción, Clancy bajó la mirada hacia el suelo.

Mitch la aferró por los hombros con más fuerza de la que se proponía. Cuando ella hizo una mueca de dolor, disminuyó la presión de sus manos.

—Estás embarazada?

—Sí. Ayer me hice la prueba y dio positivo.

Embarazada. Llevaba un hijo suyo en las entrañas. Suyo. Mitch la miró con cara de asombro.

—Por qué no me lo dijiste?

—Porque antes quería saber lo que sentías por mí. Quería que te quedarás a mi lado por mí, no por el bebé.

Y obviamente, Mitch no quería quedarse a su lado. Saberlo dolía más que todo lo que había soportado después del accidente.

Clancy seguía sin comprender, a pesar de que se lo había explicado.

—Clancy, iba a marcharme por ti, por tu propio bien.

Ella apretó los labios.

—Vaya, eso hace que me sienta especial—afirmó con sarcasmo.

Mitch la estrechó entre sus brazos, sacudiendo la cabeza. Las cosas no marchaban nada bien.

—Porque eres especial —dijo, enmarcando su rostro entre las manos—. Para mí, eres el ser más especial que hay sobre la tierra.

Clancy pestañeó, los ojos llenos de lágrimas. Había ganado, pensó. Había ganado. Tragó saliva antes de hablar.

—Entonces, no veo nuestro problema. ¿Tú lo ves?

—Estás tergiversando las cosas.

Mitch ya no protestaba. La deseaba demasiado. A ella y al bebé. Era una locura pero, al fin y al cabo, la cosa podía funcionar. Si ambos se esforzaban. Quizás, sólo quizás, en el mundo de Clancy, el amor pudiera conquistarlo todo.

—No, estoy dejándolas claras —replicó Clancy, llevando las manos sobre las de Mitch—. Siempre te he amado, Mitch, desde el momento en que entraste a mi apartamento, balanceándote como John Wayne para tomarme la declaración.

—No me balanceaba —observó Mitch, y entonces esbozó una sonrisa—. Tan instantáneo?

—Tan instantáneo —respondió Clancy, la sonrisa bañando todo su rostro.

Antes del accidente, iba a casarse con otro, recordó Mitch.

—Y qué me dices de Stuart?

Clancy frunció el ceño.

—Cuando me abandonaste tan bruscamente, pensé que no podría soportarlo. Stuart apareció, diciendo todas las palabras correctas. Yo creí que se parecía mucho a mi padre. Serio, estable. Pero me equivoqué. Tú sí que eres como mi padre.

--Yo?

Mitch soltó una breve carcajada. Esta vez sí que se había pasado.

—Sí, tú. Has permanecido a mi lado a pesar de lo mucho que me empeñé en echarte. Ahora me toca a mí impedir que te vayas, por mucho que te empeñes.

Clancy intentó ponerse de puntillas y sólo lo consiguió en parte.

Otra cosa que debía trabajar.

—Porque creo que probablemente soy lo mejor que te ha pasado en la vida, Alexander Mitchell.

Mitch no iba a discutir este punto.

—Lo eres.

Uno a cero a favor de ella.

—Y, como yo te amo, no voy a permitir que hagas una estupidez, como dejarme.

No era justo para Clancy, pero, ¿a quién es taba engañando? A pesar de todas sus buenas intenciones, todavía no era capaz de marcharse. Era como pedirle que dejara de respirar. No podía existir sin ella.

Probablemente ni siquiera habría llegado a la puerta.

Una sonrisa brotó en la comisura de sus labios cuando enredó los dedos entre el cabello de Clancy.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad?

—Digamos que, en cierto modo, sí. Pero hay una cosa que no he conseguido todavía. Nunca me has dicho que me amas.

Clancy miró a Mitch fijamente. Quería oírselo decir mirándola a los ojos, no susurrándolo al viento cuando pensaba que ella no es taba prestando atención.

—Eso es lo que quieres? —murmuró Mitch. Clancy asintió.

—Oírlo. Ya lo siento.

Ella estrechó entre sus brazos.

—Te amo, Clancy.

Ella estaba disfrutando. Había esperado mucho tiempo.

- Y dices lo que sientes.

—Y digo lo que siento —afirmó Mitch, mordisqueándole los labios, excitado por su sabor—. Siempre te amé. Sé que es una locura, pero cásate conmigo, Clancy.

Ni siquiera hubo un momento de vacilación.

---Sí!

A pesar de todo lo que había dicho Clancy, Mitch tenía la sensación de que estaba aprovechándose de la situación.

—No te arrepentirás?

—Por nada del mundo.

Entrelazando los brazos alrededor de su cuello, Clancy se apretó contra él, dándole un beso largo y duro, una promesa de lo que quedaba por llegar.

—Ahora llévame a la cama.

Deslizando los brazos bajo las piernas de Clancy, la levantó del suelo.

—Justo lo que estaba pensando.

Clancy apoyó la cara sobre el hombro de Mitch. Allí pertenecía. Había viajado por todo el mundo con sus padres, pero hasta aquel momento no había encontrado su verdadero hogar. En los brazos de Mitch.

—Cómo llamaremos al bebé?

Mitch soltó una carcajada. Clancy siempre tan dispuesta a afrontar la vida de cabeza. Gracias a Dios.

—Lo discutiremos por la mañana.

Mitch la miró a los ojos cuando cruzaron el umbral del dormitorio.

—Ahora mismo, tengo otras cosas en mente.

Clancy adoptó una expresión inocente, pero le bailaban los ojos.

—Qué?

Mitch bajó los labios hacia los suyos.

—A ti, Clancy. Sólo a ti.